



## LAS GRANDES EVOLUCIONES EN LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

### La fábula y el mito.

**ENERO.**—Si en Moisés, con el principio de la creación, empieza en realidad la historia del género humano, la sabia distribución de la ciencia moderna ha establecido como primer período aquel en que, ramificándose los hijos de Noé por todas las partes conocidas del planeta, dieron origen á las diversas razas, cultos y lenguas.

No se conservó la idea de un solo Dios creador del Universo sino en el pueblo judío: los dispersos por el Asia se entregaron al culto de la naturaleza celeste, del Sol y de los astros; los del Africa, Europa y acaso en los mundos remotos que quedaron, velados por largos siglos, ya adoraron á la naturaleza sensible en la más alta concepción de su perfección y belleza física, ya á los animales, ya á seres monstruosos é imaginarios, que simbolizaban el más alto grado del terror en el concepto del poder omnipotente y en el de la justicia inexorable de los que tenían los atributos de la eternidad. Fuera por lo tanto de la idea de un Dios creador, en todas las religiones, compuestas de fábulas que son símbolos y de mitos que son representaciones, no preponderaron más que dos ideas fundamentales: la de la suma belleza, que es la civilización, y la del sumo poder, que es la dominación.

### Las primeras sociedades y el patrocinado civil.

**FEBRERO.**—Mas desde que la historia se individualiza, surge la familia, que engendra la sociedad, para que la sociedad después constituya el pueblo, y el pueblo el Estado. La vida salvaje se regulariza, y antes de que la observación de los astros dé su primera luz á la ciencia, de que en la observación de la naturaleza viva se forme primer germen de la poesía y del arte y de que la observación de las cosas útiles enseñe los primeros rudimentos de la agricultura, de la industria, de las relaciones políticas de amistad y comercio entre las diversas familias, y la observación de la naturaleza moral forme los primeros conceptos de la autoridad, de la justicia y del Gobierno; el hombre, aun nómada, rigiendo sus ganados, colectando sus mieses, prolongando la existencia en la generación de la familia, se constituye en pequeñas sociedades, en las que el principio de autoridad y gobierno establece el patriarcado.

### Primeras civilizaciones.

**MARZO.**—Hay en la historia misma un período como de rivalidad y de lucha entre el cielo y la tierra. Es el período en que Nemrod, *venator coram domino*, funda el imperio babilónico en la margen del Eufrates; en que Nino funda á Nínive sobre la ribera del Tigris; en que Nabucodonosor realiza su expedición á Egipto, y en el que entre soberbios templos erigidos á Baal, el dios Sol, á Mylita, la diosa Luna, y á otras divinidades, se levantan aquellos palacios y construcciones de magnificencia deslumbrante, en los que el arte se pierde en ideas de colosal grandeza. De su concepción se desprende la idea de una magnificencia rival de la celeste, y como la lucha viva entre el cielo inenmovible y la tierra, émula de su inmortalidad.

### Grecia.—La belleza.—La civilización.

**ABRIL.**—Es preciso reconocer que el principio de nuestra civilización arranca del mundo griego. Grecia es para Europa el germen de su poesía, de sus artes y de su saber. En Grecia todo es belleza, y esta idea preside en los cuadros que aquí la representan, ya en el que sintetiza el concepto más sublime de sus ciencias filosóficas, en la cátedra de Sócrates, ya en el de las fiestas eleusinas ante el pórtico del Partenón. Hasta la fuerza impone este carácter á sus héroes. Orfeo, el héroe nacional de los tracios, no civiliza á este pueblo con el poder y la fuerza, sino con el canto y la lira.

### Roma, la fuerza, y los Galos, la idolatría.

**MAYO.**—Como á Grecia la individualiza el culto de la belleza, á Roma la caracteriza el culto del valor y la fuerza, símbolo del poder: por eso la síntesis de su historia se condensa en la dominación y el imperio universal. Mas en el vasto desarrollo de su continuo engrandecimiento, Roma, que todo lo fía al valor, todo lo consolida por el derecho. Este es el carácter de su gran evolución en la historia, aunque su representación principal sea la fuerza, y la fuerza llegue á ser el sello característico de sus costumbres. El gladiador es romano. No por eso dejaron alguna vez los romanos de hallar vencedores dentro de los muros de su ciudad

á los galos, que en las orillas del Allá los derrotaron enteramente; pero los galos, después que entregaron á las llamas la ciudad abandonada, volvieron con Breno, su caudillo, al misticismo idolátrico de sus selvas drúidicas para ser luego tributarios de Roma.

**Renovación social de Europa por las irrupciones bárbaras contenidas por la Iglesia.**

**JUNIO.**—Las irrupciones de los pueblos del Norte vinieron á renovar la vida física y moral de las costumbres corrompidas que la sangre romana había esparcido por su vasto imperio. La representación suprema de estas irrupciones se condensa en Atila y la falange bárbara de los hunos. No obstante, si los bárbaros trajeron la renovación de la sangre y el espíritu de individualidad á los pueblos, el triunfo moral procedió de su sumisión á la Iglesia de Cristo, que fué el único y verdadero Redentor de la humanidad.—Este triunfo se representa en la conversión de Clodoveo, rey de los francos.

**Bizancio, como éxodo de Oriente á Occidente.**

**JULIO.**—Sin embargo, á Clodoveo había antecedido Constantino. Su madre, Elena, le había convertido al cristianismo, sobre todo cuando, al dar la batalla contra el tirano Maxencio, bajo el lábaro de la Cruz, vió el sublime anuncio del *In hoc signo vinces*. Dividido el Imperio, sobrevino una nueva confusión en el ámbito de la naciente fe. Dividiéronse las opiniones sobre la doctrina de Cristo, y surgieron las herejías. Tal caos se produjo nuevamente para determinar el éxodo del Oriente al Occidente. Pero también venció la evolución del progreso civilizador en la historia. La civilización en aquel momento histórico era la unidad en la fe, en el dogma, en la disciplina, en la jerarquía suprema de la Iglesia, y estos principios de unidad salvaron á Europa y á la civilización. La historia de los Reyes de los longobardos determina este punto crítico, y sobre todo Rosamunda, la mujer de Alboino, y Teodolinda, la esposa de Agilulfo de Turingia, la fundadora de la catedral de Monza, donde desde entonces se conserva en depósito su corona de hierro.

**El castillo y el monasterio.**

**AGOSTO.**—No por eso allí acabó la edad de hierro. Aquel caos para convertirse en ambiente de claridad y pureza, había de necesitar largo período de luchas de reconstrucción. En este tiempo surgen las instituciones feudales: la Iglesia, conservadora de la civilización antigua, é impulsora de la nueva, y la Monarquía, sostenida por la cota de hierro del señor y el feudalismo y estableciendo los límites de las nuevas nacionalidades. De estas nieblas, de estos esfuerzos y de estas luchas, surgió al cabo el rayo de luz.

**Mahoma.**

**SEPTIEMBRE.**—El Oriente no se resignó al papel secundario á que le condenó el tránsito de la supremacía de la civilización y el progreso á Occidente, y del

interior de la Península arábiga, habitada por hordas de tendencias nómadas, salió inopinadamente un hombre nuevo, que tuvo la idea de organizar aquellas tribus indómitas, dándoles con un dogma de fe religiosa, un código de legislación y un régimen de vida moral y el impulso de entusiasmo y acción con que las condujo á irrupciones tan belicosas como las de los bárbaros en Europa, á las conquistas y fundaciones de nuevos imperios y á la fuerza creadora de una civilización particular, en la que encontraron formas nuevas la poesía, el arte, la ciencia y las costumbres. Este hombre fué Mahoma.

**Mundo Nuevo.**

**OCTUBRE.**—La empresa civilizadora del descubrimiento de América constituye, después del drama de la redención del género humano en la cima del Gólgota, la evolución más trascendental y sublime de toda la Historia. Su gloria se debe únicamente á España. El hecho portentoso en su propia temeridad, bastaría para darle todo el relieve que emana de su inconcebible magnitud. Pero, por encima del acontecimiento geográfico y por encima de las maravillas militares, resalta el éxito de poner en comunicación á los hombres de todo el planeta en el camino de una sola civilización.

**La protesta religiosa: el filosofismo.**

**NOVIEMBRE.**—La protesta de Lutero, que rompió la unidad de la fe religiosa cristiana empezó en rebeldía contra la autoridad de la Iglesia y acabó proclamando el libre examen y la independencia de la razón. Desde la confesión de Augsburgo y la Liga de Smalkalda, cuyos efectos trataron de contrarrestar la Liga católica de Nuremberg, la batalla de Mullberg y el Concilio de Trento, los progresos del protestantismo cada vez fueron más rápidos, sumiendo á Europa en los horrores y en la bárbara crueldad de una guerra religiosa. Entre tantas disputas y hecatombes, el libre examen engendró un nuevo filosofismo.

**La Revolución.**

**DICIEMBRE.**—La reunión de los Estados Generales en Francia y el suplicio de los reyes Luis XVI y María Antonieta, que representan los cuadros de este mes, son en realidad la síntesis de este período de extremada violencia contra toda autoridad y todo privilegio. En medio de sus horrores nacieron de una parte la libertad civil y la tolerancia religiosa, que han informado en el siglo XIX las constituciones de casi todas las naciones europeas, y de otra la adopción en las ciencias físicas y naturales de la experimentación como base del conocimiento, que ha producido el asombroso desarrollo de ciencias, artes é industrias. Con todo, ¿ha terminado aquí la eterna evolución de la Historia? ¡Felices las generaciones que empiezan la carrera de la vida! Ellas serán testigos é instrumentos de ese movimiento tenaz é incesante en que desde el principio de la humanidad ésta se agita en convulsiones de incesante perfección y de ilimitados progresos.



EL NUEVO DEPENDIENTE

Cuadro de Vibert.



DIBUJANDO AL CARBÓN

(De fotografía de Underwood.)



## DII MINORES

«ROMÁNTICO»

¿VIVE? ¿Ha muerto?

Sólo sé que, enterrado, lleva más de un cuarto de siglo.

Allá por los días de la República, en cierta Universidad española, muy parecida entonces á las alemanas, cursaba las últimas asignaturas de la facultad de Derecho.

Alto de voz, largo de manos, apuesto de figura, centelleante de ingenio, y poeta *verbo et opera*, realizaba estas prendas con la nada común de la alegría.

Son graves y opacos los que nacen en aquella ciudad de nobles monumentos y de casi perpetuas brumas. Dentro de sí mismos padecen ó gozan, y muy contadas veces se les distienden el rostro y el alma.

Reverso de la medalla era mi amigo, siempre regocijado y bullicioso, y que animaba las aulas y las calles con el fuego de su tierra natal; tierra de sol y de cepas, en donde las asperezas septentrionales se templan bajo una capa de jovialidad andaluza.

Radical en el pensar, se pasaba de ecléctico en el sentir, y si en ideas prefería las más extremadas, en amoríos envidaba llanamente con todos. Demagogo é iconoclasta, en las academias escolares, en los clubs políticos, en las femeninas tertulias, como que poseía el dón de las palabras encendidas, coloreadas y armoniosas, embelesaba por igual á sus oyentes.

La turba universitaria que repetía de memoria sus tiernos ó sarcásticos versos, comentaba con asomos de envidia sus amorosas fortunas. Pero quería de veras á *Romántico*, que así firmaba el

poeta, y detrás de él se iba, sin preguntarle á dónde.

Se licenció, y tornó á su linda villa, indeciso entre el propósito de abrir bufete y el de entrar en la jurisdicción administrativa, para invadir después la parlamentaria.

Al año justo, me sorprendió una noche con su inesperada visita. Traía en los ojos fiebre y en el semblante nubes.

—¿De dónde vienes? ¿Qué te pasa?

—Verás. Ayer, á las dos de la madrugada, bailaba yo en el Casino de mi pueblo. Unas grandes fiestas este año las de nuestro santo patrono. Oí el cascabeleo de las mulas y el estrépito de la diligencia que en el mesón de al lado cambia de tiro. Era lo que esperaba. Me despedí de las muchachas, dejando pendientes unos *lanceros*; bajé, encontré un asiento, lo pagué, lo ocupé, me dormí, y aquí he llegado hace apenas tres cuartos de hora.

—¿Y la maleta?

—Para el resto del viaje, ni ropa blanca ni ropa de color necesito.

—Pues, ¿adónde vas?

Sonriente declamó unos versos que juntos habíamos leído en el atrio de un monasterio abandonado, objeto predilecto de nuestras estudiantiles peregrinaciones:

Id, pobres, á San Francisco,  
Sin recelo á pedir pan,  
Que en cinco puertas lo dan.

—¿Qué significa eso? Cualquiera pensara que descabas trocar el papel de *Rex versusum* por el de *Frá Tranquilo*.

—Y estaría muy bien pensado, *hermano lobo*.

—¡Fraile, tú!

—Por ahora, nada más que novicio.

Grandes admiradores del pobrecillo de Asís—del descrito por Ozanam—habíamos sido los dos, no obstante el radicalismo de nuestras ideas; mucho habíamos soñado en el huerto del convento aludido, junto á la exótica palma que, al suponer de las leyendas, fué traída de Jerusalén por un trovador desengañado, amigo, consejero y tal vez padre de Isabel *la Católica*; pero de eso á tomar el hábito de San Francisco.....

Lo tomó *Romántico*, sin que á disuadirle valiesen ni razones ni burlas.

Antes me entregó papeles y cartas, con recomendación especialísima de que destruyese los unos y de que, sin escándalo devolviese las otras. Entre los papeles había unos versos, versos encantadores, ya por mí conocidos, pero que con la catástrofe adquirirían mayor precio, y no cumplí sino á medias el encargo.

Vistió su autor el sayal, testigo yo de la ceremonia, que se me antojaba entierro, y cayó de lleno y de golpe en el piélago del misticismo. Si bien á intervalos recobraba su alegría natural y permitía que los amigos llegásemos á su celda, las recaídas eran cada vez más frecuentes y más hondas.

No olvidaré nunca uno de los episodios de su inquieto noviciado.

Deseó un crucifijo de talla, y acudió á mí para que le realizase el deseo. Nada de adornos ni de pintura. En la madera lisa y tosca había de esculpirse la divina imagen.

Con ella me fui al convento, cuando el escultor, fiel á mis instrucciones, la hubo concluido.

El novicio la miró, la remiró, y lleno de displicencia, la puso nuevamente en mis manos.

—Muerto lo deseaba yo, y tú me lo traes vivo. Llévatelo, y que le cierren los ojos.

Entretanto, la Universidad y la ciudad no acababan de entender cómo y por qué se había hecho fraile aquel republicano empedernido, aquel panteísta escandaloso, aquel galanteador sin freno.

Válidas corrían las especies más absurdas. Unos achacaban la insólita conversión á pesadumbres de un amor desgraciado. Otros, á las de un amor

satisfecho, después del cansancio y de un villano abandono nueva é infecundamente reverdecido. Los más lo atribuyeron al grano de locura que en la familia de *Romántico* se había echado de ver en épocas anteriores.

Cesaron pronto los comentarios, se apagaron los ruidos, y allá se quedó en su santa paz el convento.

Profesó, cantó misa, obtuvo licencia para predicar, y conmovió y edificó á los que antaño se horrorizaban de su conducta. Fué enviado luego á las misiones de Palestina, y más tarde á las de Marruecos.

De cuando en cuando regresaba al convento en busca de curación y de reposo, y eran mayores á cada regreso la exaltación de su espíritu y la emaciación de su carne.

¿Contienen algún indicio de su tragedia interior las dos poesías, un romance y una silva, que, cual oro en paño conservo, y que ahora doy á la estampa, aun más prendado que entonces de su mundana hermosura? Creo sinceramente que no. Cierto que son personales, subjetivas, sangrantes: pero no responden, de seguro, sino á devaneos y tristezas juveniles.

Este es el romance:

¡Adiós, el verde camino  
Del valle de Santa Comba!  
¡De aquella ida primavera,  
Cuántas tardes, si hán memoria,  
Contarán cómo me vieron  
Hollar en tu húmeda alfombra,  
Con paso precipitado  
Las violetas olorosas!

Corría, porque la niña  
Del mirar azul de aurora  
En su huerto me esperaba,  
Sentada á una fresca sombra,  
Donde en pláticas y juegos  
Íbase la tarde toda.

El día en que descubrimos  
Una nidada de tórtolas,  
Cuando yo bajé la rama  
Y ella se empinó, curiosa,  
¡Qué dicha del cielo, oír,  
Pidiendo, como quien llora,  
Ver de los pájaros nuevos  
Las cabecitas medrosas!  
¡Adiós, el verde camino  
Del valle de Santa Comba!

Tiene mucho de *academia* el romance—no en vano en la tierra natal del poeta vivía y enseñaba un maestro que era, por el buen gusto y la solera clásica, émulo de Lista;—pero tiene más de humano, y lleva dentro la sangre, el nervio y el jugo que hasta veinte años después no se exhalaban de la musa española.

Ni en la copa ni en el vino aparece el rastro de Espronceda, de Zorrilla, de Bécquer, ídolos de la juventud cuando se vivió y se escribió el romance.

Más bello, más armonioso, menos semejante en la esencia y en el modo á los trozos que desde mediados del siglo XIX rellenan nuestras antologías, es el monólogo sugerido por la última tempestad que perturbó la vida y que determinó quizá la reclusión del poeta:

La tempestad se aleja. Ya á mi oído  
Del eco tembloroso de los truenos  
Alcanza apenas el rumor perdido.  
Renuévanse en el bosque los cantares,  
Y el nublado, rasgándose indolente  
Deja ver entre nácares y rosa  
La anciana majestad del sol poniente.  
Tus dos alas de luz crepusculares,  
¡Qué bellas son, eterna mariposa!  
Pero aun fué más hermosa  
Aquella dulce luz que ardió en mí mismo;  
Luz de amor, extinguida,  
Que alumbró unos instantes en mi vida,  
Fuego fatuo alumbrando en un abismo.  
¡Ay! El inquieto pensamiento gira,  
Las pretéritas brumas levantando,  
Y ante mi vista, esplendorosos, vivos,  
Los alegres recuerdos van pasando,  
Procesión de luceros fugitivos.  
Y el alma, estremeciéndose, los mira,  
Y camina tras ellos suspirando.

Sí; te conozco, imagen bien amada  
Que, por los amplios horizontes rojos,  
Atraviesas, volando apesurada.  
¿Cómo pudiera yo no conocerte?  
Te conozco, y mis ojos  
Se llenaron de lágrimas al verte.  
Tú eres aquella, como cierva esclava  
Tímida y dulce, cuya voz amante  
Trémula y congojosa se apagaba  
Cuando... Tristes memorias que, dormidas  
En mi marchito seno,  
Alzabais ya, turbadas por el trueno,  
Las cabezas queridas;

Cerrad los ojos y dormid de nuevo.  
Me atarazan los ayes que os escucho  
En el lecho doliente donde os llevo,  
Seca ya vuestra túnica de rosas,  
Y me hace llorar mucho  
Veros tan sin ventura y tan hermosas.

¿Conoce el lector algo que á esas estrofas se asemeje? ¿No era un poeta de primer orden el que las compuso? ¿No es obra de justicia desenterrar al anónimo que, vivo ó muerto, se pudre en un convento franciscano?

En la memoria guardo una cuarteta improvisada—maravillosamente improvisaba Fray Juan del Corazón de Jesús,—que me recitó el tercero en aventuras y discordias, á quien fué en un momento especial dirigida.

Á pie, y en compañía de otro fraile, iba cierta madrugada primaveral por una carretera adelante el antiguo galán del valle de Santa Comba.

En dirección opuesta vió llegar, tambaleándose sobre la cabalgadura, un jinete dormido.

Le reconoció á distancia. Era un camarada de la Universidad, buscador incansable de fortunas, artísticamente vicioso, y tipo cabal del *homme à femmes*, que dicen los franceses. Volvía de pasar la noche, sabe el diablo dónde, y, rendido de cansancio y de sueño, se había adormilado en la silla, tan á gusto como hubiera podido hacerlo en su cama.

Al emparejar con los religiosos, un extraño del caballo desazonó al caballero.

Fray Juan recogió en sus brazos al perdulario, y con benévola severidad, le dirigió esta profecía:

Algún día, á la vera de un camino,  
Tendido te hallarán,  
Y no causa de lágrimas tu muerte  
Sino piedra de escándalo será.

Años corridos, lo menos doce ó catorce, le encontré por casualidad en un balneario del Noroeste.

Tal me pareció de convertido en pavesa, que apenas si me atreví á abrazarle. Me contó una tierna historia, con voz opaca, que se apagaba de minuto en minuto, cortada por accesos de tos convulsiva.

Tras mucho tiempo de laborar en Tánger al

lado del insigne P. Lerchundi, había tenido que regresar á España, demolido y exhausto de fuerzas.

Al desembarcar en Cádiz, se acordó del Seráfico Padre San Francisco, de su heroica pobreza, de sus caminatas á pie descalzo por el mundo. Y en vez de tomar el tren, se echó á andar hacia el otro extremo de la Península, y pidiendo limosna llegó, con el espíritu lleno de Dios, pero con el cuerpo hecho añicos, al término de su viaje.

Allí estaba, en el balneario, procurando calafatearse los pulmones, más que por propia voluntad, por obediencia debida.

Besé las manos del santo, y contagiado súbitamente de su afonía, me despedí de él como pude: con un gesto.

No he vuelto á verle, ni á tener noticias suyas.

ALFREDO VICENTI.



RESTITUCIÓN

Cuadro de Remy Coghe.



UN MEETING  
Cuadro de Torrau.



EXPLORACIÓN

Cuadro de Gimm.



## BEATRIZ

(CON MOTIVO DEL HOMENAJE A DANTE)

Como la fresca brisa que al deslizarse leve,  
Mitigando el bochorno de las tardes de estío,  
Estremece las hojas y las ramas no mueve  
De los álamos blancos que festonan el río,  
Pasa Beatriz, la musa del divino poema;  
Es de arroyo su risa, es de ángel su aleteo,  
Es su mirada luz que alumbra y que no quema,  
Y aunque enciende en las almas una ansiedad suprema,  
Su hermosura en la carne no despierta un deseo.

Fuente por Dios sellada; luminosa centella,  
Desprendida del foco del amor infinito;  
Esperanza remota y eternamente bella;  
Capullo que, aun no abierto, por la muerte marchito,  
Sin convertirse en rosa se convirtió en estrella.

Beatriz es la ilusión errante y fugitiva,  
Que si huella un instante con sus plantas el suelo,  
Es para cobrar fuerza que la impela hacia arriba,  
Y volver á su patria inmortal; así estriba  
El pájaro en la rama para tender el vuelo;  
Así cae el incienso sobre la brasa viva,  
Para elevarse en nube perfumada hasta el cielo.

¡Oh Beatriz! ¡Oh sagrada ilusión! Los que erramos  
Á tientas y sin rumbo por esta obscura selva,  
Al sentir las heridas del dolor suspiramos  
Por que otra vez el tiempo de tu reinado vuelva.

Y al subir la pendiente y ver lejos la cumbre,  
Queremos que tu ardiente mirada nos alumbre,  
Queremos que tu risa celestial nos conforte...  
¡Y como en tí creemos, como en tí confiamos,  
Aunque nunca alcanzarte en la vida podamos,  
Si no eres nuestro puerto, podrás ser nuestro norte!...

¡Escucha nuestros ayes, mitiga nuestra pena!  
¡Haz que los desterrados, cuya existencia amarga  
El dolor que á infinita soledad les condena,  
Soporten, resignados y sufridos, su carga,  
*Al subir los peldaños de la escalera ajena!*

¡Acuérdate de aquellos que rendidos te adoran;  
Y, al pasar, con la fimbria de la ropa que vistes,  
Las lágrimas enjuga de los tristes que lloran;  
Escúchalos, sagrada ilusión, que te imploran  
Con la fe y el anhelo con que imploran los tristes!

¡Oh adorada de un Genio, á quien guardas y guías,  
No desprecies el ruego con que humilde te invoco,  
Desde la hidalga tierra que consagrara un Loco,  
Con las santas empresas de sus caballerías!

¡Desde la tierra hidalga de aquel que en la pelea  
Invocaba á tu hermana inmortal: Dulcinea!

¡Tu hermana, pues lo mismo que con sagrado fuego  
Tú enardeciste el alma del vate florentino,  
Ella inflamó la mente del hidalgo manchego!

.....  
Hoy tu patria y la suya, nobles pueblos hermanos  
Que su común origen y su común destino  
Reconocen gozosos, al estrechar sus manos;  
Proclamando sus glorias, que comparten ufanos,  
El laurel reverdecen del ingenio latino.

¡Y yo, cantor humilde de excelsos ideales,  
Con amante conjuro, oh sombras innortales,  
Beatriz y Dulcinea, á la par os evoco,  
Pues sé que, para el alma que sueña, son iguales  
La adorada de un Genio y la dama de un Loco!

MANUEL DE SANDOVAL.





# CURIOSIDADES LITERARIAS

## TRES JEROGLÍFICOS

Uno de los escritores más castizos del siglo XIX, que honró con su pluma las páginas de **La Ilustración Española y Americana** desde la fundación de ésta, y cuyos artículos de costumbres, firmados con el seudónimo *El Estudiante*, llegaron á alcanzar universal nombradía; en una palabra: Don Antonio María Segovia, secretario perpetuo de la Real Academia Española, invitado á una de las espléndidas cenas con que su compañero el Marqués de Molins, obsequiaba á la citada Corporación todas las Nochebuenas, tuvo la feliz idea de contestar en tres jeroglíficos que él mismo inventó, dibujó don Federico de Madrazo y litografió Urrabieta.

Segovia acababa de ser nombrado Cónsul de Nueva Orleans (año de 1855), y la ingeniosa manera de acusar el recibo á la invitación del ilustre prócer, fué tan aplaudida como celebrada.

Medio siglo hace de esto y ya no existen ni el espléndido Marqués, ni el ilustre Segovia, ni el famoso pintor D. Federico de Madrazo, ni el eximio Urrabieta, padre del que, con su genio pictórico y su prodigioso lápiz, alcanzó tantos triunfos entre los artistas franceses.

Hé aquí los tres jeroglíficos para la actual generación:



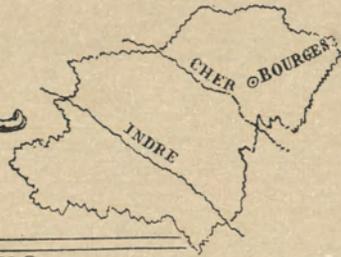


LE  
ATA

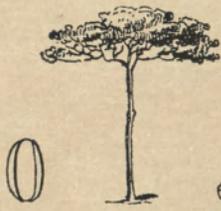
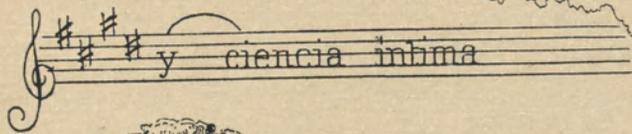
Súplica

del va

TCL



mo



O

en su

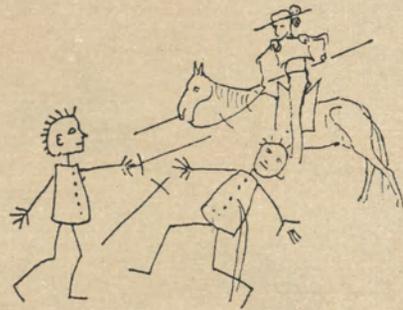


vor



una

jun



y



hímnos báquicos

KANT  
SE

LOOR  
TU

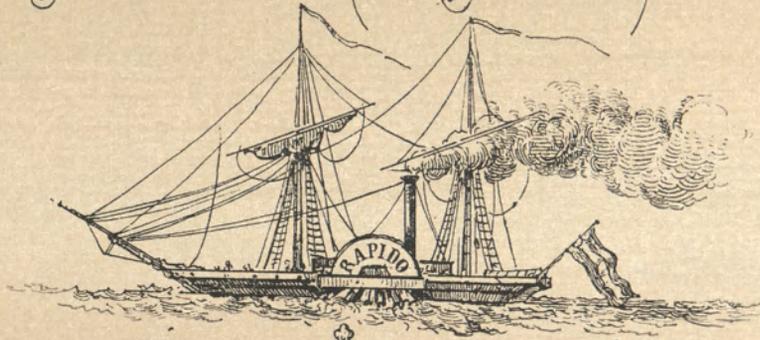
y pu



quiere



que



vaya al

á



ar

mis



antes



en el



espectáculo



XXX Shakspeare, Schiller, Goethe, Cervantes, Calderon.





del +



de los



oh



esplén



el

„Señor = pues que V.M.S. se digna pedirme parecer sobre  
„ la guerra que ha declarado á la Puerta Otomana  
„ le diré francamente que la tengo por injusta.”

y



me



basta no mas

cil cil cil



un



mo hayan de ser

## *Explicación de los jeroglíficos.*

---

Leí la atenta súplica  
Del vate celeberrimo,  
Y en mi conciencia íntima  
Opino en su favor.

Reunámonos, juntémonos,  
Señor Excelentísimo,  
Y alegres himnos báquicos  
Cántense en tu loor.

Y puesto que el Atlántico  
Quiere mi estrella, ¡oh mísero!  
Que en piróscabo rápido  
Vaya al punto á cruzar,  
Mis ojos antes gócense  
En el dulce espectáculo  
De treinta ingenios ínclitos  
Juntándose á cenar.

Tal es del más escuálido  
De los hispanos cónsules,  
¡Oh Mecenas espléndido!  
El franco parecer.  
Y te le da, perdóname,  
Escrito en jeroglíficos,  
Que para ti harto fáciles  
Aun temo hayan de ser.



**Sol.**—En el presente año continuará dejándose sentir la influencia del máximo de manchas que ha debido llegar á su apogeo á fines del pasado, siendo de esperar, por lo tanto, que persista muy acentuada esta manifestación de la actividad solar, en virtud de corresponder la actual recrudescencia á la que viene observándose cada treinta y tres años próximamente, sobre todo en 1837 y 1871, lo cual deja entrever una nueva ley de periodicidad, que sería relativa á los *maximum maximorum*, y comprendería la ya establecida en los máximos de ritmo undecenal. Desde luego merece consignarse, en confirmación de la presunta ley, que en Febrero de 1905 ha aparecido la mayor mancha conocida en el transcurso de los tres últimos siglos, ó sea desde que los astrónomos observan el Sol con anteojos, pues su superficie medía *trece mil millones de kilómetros cuadrados*, cifra hasta ahora no superada (1).

**Mercurio.**—Será estrella de la mañana, encontrándose en las circunstancias más favorables para la observación en los siguientes días: 5 de Enero, 2 de Mayo, 29 de Agosto, 18 de Diciembre; y estrella de la tarde en estos otros: 18 de Marzo, 15 de Julio, 9 de Noviembre. La mejor época en nuestras latitudes será el 15 de Julio.

**Venus.**—De Junio á primeros de Noviembre será estrella de la tarde, llegando á su mayor distancia angular con el Sol el 29 de Agosto, y al máximo brillo el 31 de Octubre, en cuyo día me-

dirá su diámetro aparente 44" y la distancia efectiva á la Tierra 27 millones de kilómetros. A causa de su grande declinación austral, se elevará á poca altura sobre el horizonte en nuestras latitudes, por manera que los habitantes de la América del Sur podrán observarlo mejor que los de nuestro hemisferio.

El astrónomo Slipher ha hecho nuevos estudios sobre el tan debatido período de rotación de este planeta, y obtenido una concordancia satisfactoria en los resultados que arrojan las observaciones visuales, las espectroscópicas y el cálculo, deduciendo en consecuencia una rotación de doscientos veinticinco días, igual al transcurso de revolución alrededor del Sol, de que se sigue que Venus dirige siempre hacia el astro central de nuestro sistema la misma cara, del propio modo que la Luna hacia la Tierra. Es un resultado que confirma las ideas que acerca del particular expuso hace años el ilustre Schiaparelli, y permite considerar como definitiva la nueva solución del problema.

**Marte.**—Por su proximidad aparente al Sol y su grande distancia á la Tierra, Marte no se hallará este año en buenas condiciones para ser útilmente observado.

**Júpiter.**—De Enero á Marzo se encontrará en la constelación de Tauro, al Sur de las Pléyades y al Este de las Hyades, á primeros de Abril á mitad de la distancia entre las Pléyades y *Aldebarán*, estrella principal del asterisco, y en los dos últimos meses del año al Este de la constelación de Géminis. Estará en oposición con el Sol,

(1) Adviértase que estas líneas se escriben en Abril de 1905.

ó sea en las mejores circunstancias para la observación, el 28 de Diciembre, en cuya época medirá su diámetro ecuatorial aparente 48''.

Ofrecerá mucho interés el estudio de las dos bandas ecuatoriales, á juzgar por las profundas modificaciones que han experimentado en estos últimos tiempos, lo cual parece obedecer, según Stanley Williams, á cierta ley de periodicidad. Las particularidades que ha presentado la ocultación de una estrella por el planeta, observada por Kobold, Kustner, Seeliger, Konstinsky, Wirtz y Banachiewicz, han venido á confirmar la previsión razonada del que abajo suscribe acerca de la acción absorbente de la atmósfera de Júpiter, consignada en su Nota inserta en el tomo CXXXII de los *Comptes Rendus* de la Academia de Ciencias de París. Otra de las novedades que al mundo jovial se refieren es el descubrimiento de un sexto satélite, más diminuto aún que el quinto, efectuado por Perrine en el Observatorio Lick al examinar las placas fotográficas impresionadas por el cielo estrellado de Diciembre de 1904.

La lista siguiente contiene los eclipses de los cuatro satélites principales y los pasos de sus sombras sobre el disco del planeta observables á horas bastante cómodas, contadas de mediodía y referidas al meridiano de Madrid. Se han omitido los pasos de la sombra del segundo satélite, por ser tan pequeña que reclama, para percibirse distintamente de un extremo á otro de su tránsito, un antejo cuya abertura no baje de 13 centímetros. Todas las sombras se proyectarán sobre el hemisferio antral del planeta, que será el más elevado sobre el horizonte, mirando con anteojos inversos. La del primero correrá sobre el borde externo de la banda ecuatorial, la del tercero á un poco más de dos tercios del semidiámetro polar, contados desde el centro del disco, y la del cuarto junto al borde polar.

Serán muy interesantes los eclipses y pasos de la sombra del cuarto satélite, cuya última serie terminó en Febrero de 1904 y volverá á reanudarse en el próximo Diciembre, comenzando los pasos de sombra el 30 de dicho mes, en cuyo día saldrá Júpiter á las 4 horas 21 minutos de la tarde, hallándose á la hora del fenómeno á altura suficiente sobre el horizonte, para que resulte sen-

siblemente exenta de centelleo la imagen telescópica.

ECLIPSES

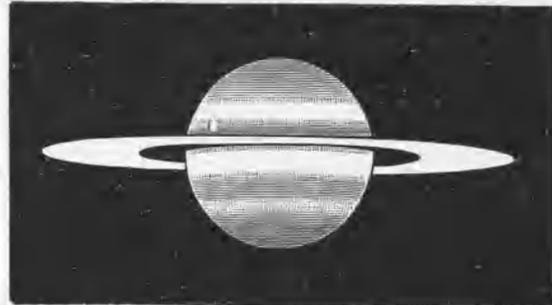
Enero	2	I á	9 <sup>h</sup> 48 <sup>m</sup>	4 <sup>s</sup>	emersión.
»	3	III á	9	11	inmersión.
			á 10	43	43 emersión.
»	11	I á	6	12	40 em.
»	18	I á	8	8	27 em.
»	25	I á	10	4	16 em.
»	28	II á	5	33	34 em.
Febrero	4	II á	8	9	43 em.
»	8	III á	5	6	50 inmersión.
			á 6	56	2 emersión.
»	10	I á	8	24	57 em.
»	11	II á	8	13	12 inmersión.
			á 10	45	59 emersión.
»	15	III á	9	7	38 inmersión.
			á 10	58	13 em.
»	17	I á	10	20	47 em.
Marzo	5	I á	8	41	13 em.
»	8	II á	7	53	54 em.
»	12	I á	10	36	13 em.
»	15	II á	10	30	43 em.
»	21	I á	7	1	26 em.
»	23	III á	7	9	50 em.
»	28	I á	8	56	56 em.
»	30	III á	9	12	39 em.
Noviembre	13	I á	8	33	44 in.
»	20	I á	10	27	34 in.
»	29	I á	6	49	51 in.
Diciembre	3	II á	8	26	47 in.
»	6	I á	8	44	7 in.
»	10	II á	11	1	41 in.
»	13	II á	8	39	21 in.
			I á 10	38	21 in.
»	22	I á	7	1	17 in.
»	31	I á	5	37	23 in.

PASOS DE LAS SOMBRAS

Enero	3	I á	4 <sup>h</sup> 50 <sup>m</sup>	entrada.
			á 7	3 salida.
»	10	I á	6	45 ent.
			á 8	58 sal.
»	14	III á	5	2 sal.

»	17	I	á	8	41	entrada.
				á	10	54 salida.
»	19	I	á	5	23	sal.
»	21	III	á	7	5	ent.
				á	9	4 sal.
»	26	I	á	5	5	ent.
				á	7	18 sal.
Febrero	2	I	á	7	0	ent.
				á	9	19 sal.
	9	I	á	8	55	ent.
				á	11	8 sal.
»	11	I	á	5	37	sal.
»	18	I	á	5	19	ent.
				á	7	23 sal.
»	25	I	á	7	15	ent.
				á	9	28 sal.
Marzo	4	I	á	9	10	ent.
»	5	III	á	7	9	ent.
				á	9	16 sal.
Noviembre	14	I	á	8	9	sal.
»	21	I	á	10	3	sal.
»	28	I	á	9	40	ent.
				á	11	56 sal.
Diciembre	7	I	á	8	19	sal.
»	14	I	á	7	56	ent.
				á	10	13 sal.
»	23	I	á	6	36	sal.
»	24	III	á	5	47	sal.
»	30	I	á	6	13	ent.
				á	8	30 sal.
»		IV	á	8	22	ent.
				á	9	58 sal.

**Saturno.**—Desde mediados de Agosto á fin de año, transcurso de su mejor visibilidad en la primera mitad de la noche, se dejará ver al NO. de la constelación de Aries, hallándose el 4 de Octubre al Sur y á corta distancia de la estrella  $\lambda$ , de cuarta magnitud, del expresado asterisco. Estará en oposición con el Sol el 4 de Septiembre. El plano de su anillo aparece de cada año más escorado para el observador terrestre, y disminuye por lo tanto el ancho de la cara boreal, que es la visible desde hace catorce años. Durante la segunda mitad del presente ofrecerá el aspecto representado en el grabado adjunto, supuesto el empleo de anteojos inversos.



Siete manchas que han aparecido en estos últimos tiempos sobre la zona media boreal de Saturno han sido objeto de detenido estudio para el astrónomo Denning, quien deduce de sus observaciones que el transcurso de rotación del planeta es de  $10^h 39^m 21^s$ , cifras que apenas discrepan de  $10^h 38^m$  precedentemente obtenidas por Barnard. El movimiento alrededor del planeta, del noveno satélite há poco descubierto en el Observatorio de Harvard College, se efectúa en sentido retrógrado en una órbita muy excéntrica, su período de revolución es de 546 días, y ha sido bautizado con el nombre de *Febé*, variante del nombre de Diana, hermana de Apolo.

**Urano y Neptuno.**—De Junio á Octubre, el primero de estos planetas se encontrará en la constelación de Sagitario, al Norte de la estrella  $\lambda$  de segunda magnitud, en el borde de la Vía Láctea, y su oposición con el Sol ocurrirá el 28 de Junio.

De Enero á Abril, y en los dos últimos meses del año, Neptuno estará en la constelación de Géminis, sensiblemente en medio de la recta que une las estrellas de tercera magnitud  $\delta$  y  $\eta$ , y en oposición con el Sol en las proximidades del primero y del último días del año. Según recientes observaciones de Wirtz, el diámetro de Neptuno mide 50.251 kilómetros.

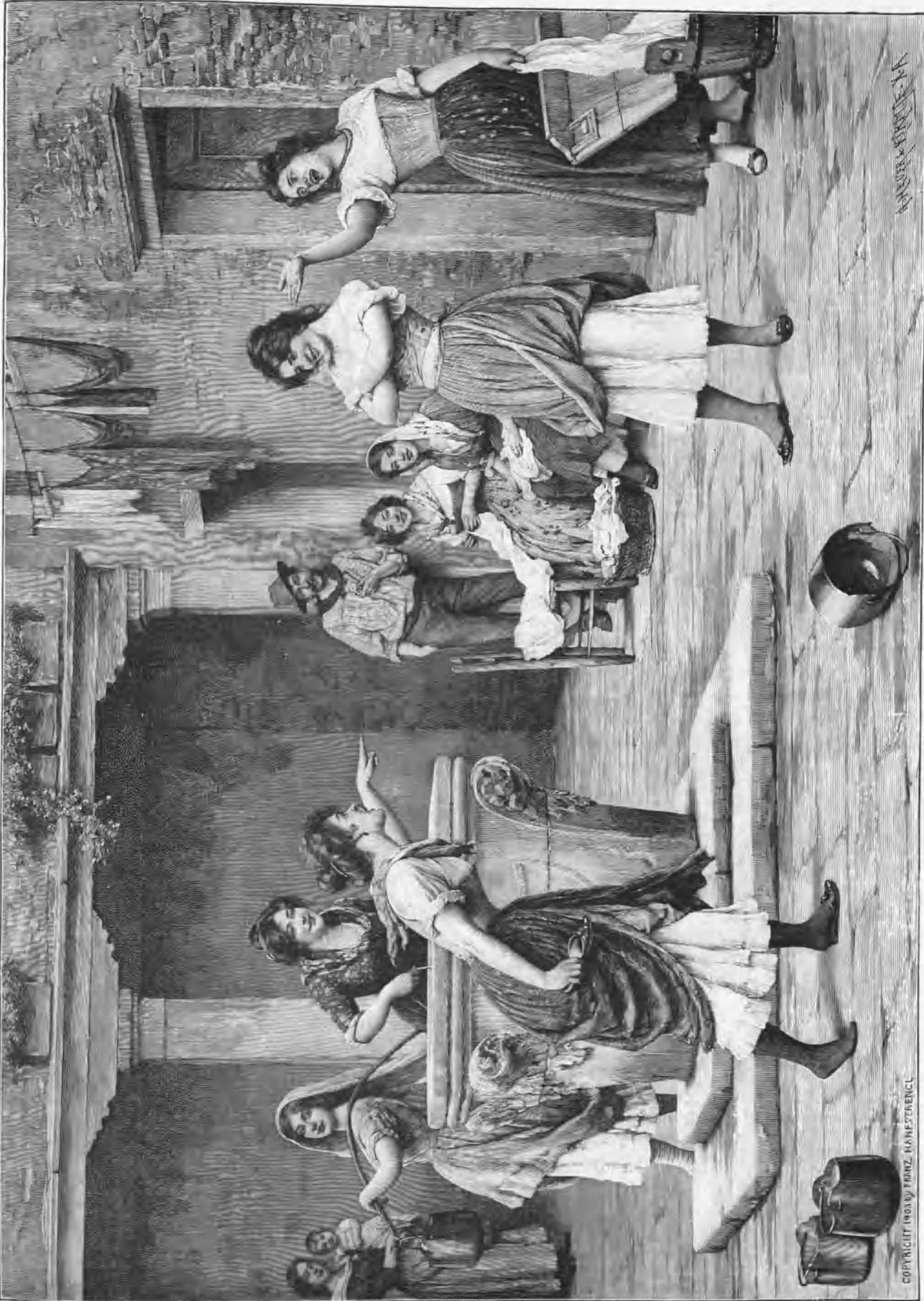
**Eclipses de Sol y Luna.**—No ofrecerán este año interés para los habitantes de la Península, pues si bien en el eclipse total de Luna del 9 de Febrero el primer contacto con la sombra ocurrirá á  $5^h 42^m$  de la mañana, y será por lo tanto visible en España, la fase más importante de la totalidad tendrá lugar cuando el astro se halle ya debajo del horizonte.

JOSÉ J. LANDERER.



UN CABALLERO

Cuadro de Hals.



DOS RIVALES  
Cuadro de Blas.

COPYRIGHT 1901 BY FARRAZ HANSEN ENCL



## El hombre del siglo XXV.

### (CUENTO CASI FILOSÓFICO)

CUANDO me encontré á solas con él en su celda, el loco me dijo, encendiendo un cigarro y sentándose en la mecedora:

— Lo que voy á contarle á usted no le parecerá extraño, pues sé que para ver y oír cosas raras é inauditas ha venido usted á esta casa: al contrario, estoy seguro de que lo va usted á juzgar absolutamente lógico y fundado, mucho más racional que la mezquina realidad en la cual andamos revolcándonos inconscientemente. Algo de ello le habrá anticipado á usted el doctor. Es un buen hombre, sabe cuanto se puede saber en estos tiempos de atraso y de barbarie. Además, posee unos sentimientos relativamente humanitarios; presiente y adivina en ocasiones lo que ha sido la humanidad en estados de cultura muy superiores y posteriores al presente. Culpa de él no es encontrarse todavía en el período en que los impulsos y las emociones logran, hasta en los pretensos hombres de ciencia, sobreponerse á los dictados de la razón. El pobre ha nacido demasiado pronto.....

Parece que le inquietan á usted algo estas afirmaciones. No obstante, yo le creía á usted hombre sosegado é intelectual de veras. Sentiría mucho equivocarme, habérmelas con un emocional, con uno de esos terribles impulsivos de que está poblado el mundo en estos comienzos del siglo.....; perdone usted, ¿no estamos aquí en los comienzos del siglo xx? Sí, es verdad. Bien. No le maraville á usted esta pequeña vacilación mía, porque me

enesta trabajo habituarme al retroceso. Ya ve usted. Como yo he nacido á últimos del siglo xxv de la Era cristiana.....

No esperaba yo que este simple dato cronológico le causara tanta sorpresa. Y, sin embargo, usted debe de haber leído á aquel gran precursor de la ciencia que se llamó Benito ó Baruch Espinosa. Ya sabe usted que era un hombre dedicado á pulir vidrios y á estudiar el pensamiento y la extensión. En alguna de sus obras, á pesar de hallarse escritas en una jerga bárbara, se entrevé la intuición del verdadero concepto del Tiempo, como hecho antitético al del Espacio. Claro está que siendo el Tiempo lo contrario del Espacio, es también la misma cosa, algo que se transforma evolutivamente en forma de series. En esta transformación, cuyas leyes nadie ha estudiado, ocurren á veces inexplicables anomalías, inverosímiles saltos atrás, idénticos á los ya comprobados en las transformaciones de la materia y conocidos concretamente con el nombre de *atavismos* por lo que hace á las leyes de la herencia fisiopatológica. De uno de esos saltos atrás soy yo víctima, y no otra es la causa de que me halle refugiado en este manicomio adonde, como le habrá dicho á usted el doctor, he venido voluntariamente y sin coacción ni dictamen facultativo.

Cómo ocurrió el fenómeno, es cosa que aun no he logrado explicarme; sólo sé que habiendo yo nacido y vivido más de cuarenta años, según

cálculo, en pleno siglo vigésimoquinto, me encontré de repente transportado, mejor diré, retrogradado á esta época tan triste y salvaje en que viven ustedes. En el trastorno psicológico que semejante cambio me produjo, perdí una gran parte de mis pasadas sensaciones y de mis antiguos recuerdos, se disociaron las ideas que en orden científico se agrupaban en mi cerebro de hombre hipercivilizado, y vine á quedar en una situación dolorosísima, que apenas si pueden concebir los que hayan pasado por todas la más tremendas y abrumadoras desilusiones, la de la tierra natal abandonada, la del sol apagado, la del cielo perpetuamente cubierto de nubes, la del espíritu que en definitiva perdió la fe y el amor.... y aun todo esto que le digo es poco, es un átomo en comparación con mis padecimientos al hallarme en tan distinto siglo y en tan inferior cultura como esta cultura y este siglo en donde me hallo metido sin querer. En fin, imagínese que ahora le convirtiesen á usted mismo en un siervo de la gleba y le hiciesen vivir como se vivía en el siglo décimo u onceavo de Jesucristo.... Pues aun mil veces, un millón de veces peor es mi estado: estoy mucho peor que el rey Sardanápalo, arrojado del trono al muladar, peor que los astros cuando se enfrían y pierden su atmósfera, peor que los dioses cuando se gastan y pierden su culto y se convierten ó los truecan en leños inútiles.

Y ahora usted preguntará cómo le digo estas cosas con tanta quietud y sin dar la menor muestra de esa desesperación á que se abandonan ustedes los hombres de la vigésima centuria en cuanto les sale mal un negocio insignificante ó sienten dolor de muelas. Esta duda que á usted le ocurre bastará para convencerle de la certeza de cuanto digo. Los hombres nacidos en el siglo vigésimoquinto somos, gracias á Dios, unos seres imperturbablemente serenos, para quienes los términos *felicidad* ó *desventura* á los cuales viven ustedes todos sujetos y esclavizados, tienen un valor puramente histórico, ó más bien, anecdótico. Entre nosotros se habla de «la época en que los hombres querían ser felices ó andaban en pos de la dicha», como entre ustedes se hablará de los siglos en que la humanidad andaba á gatas ó no conocía el fuego. Cerrado para siempre el ciclo emocional de la

Historia, con lo que han terminado los delitos individuales y también esos crímenes colectivos que se llamaron guerras, no existen para nosotros las pasiones, causas de todos los males de la humanidad: y los mismos dolores físicos que á veces nos aquejan por circunstancias fortuitas y eventuales, nunca porque nosotros mismos los busquemos, como hacéis vosotros con vuestros vicios y bajezas, constituyen un objeto de análisis curiosos y en alto grado instructivos. He oído á un loco literato, que vive aquí pared por medio, hablar de cierto Aristóteles para quien el espectáculo llamado tragedia griega, donde se exhibían los acaecimientos y trances más dolorosos, llenaba un alto fin social y educativo, el de purgar ó elevar el ánimo de los helenos, librándole de pasioncillas ruines. Para los hombres del siglo XXV, nuestros dolores pasajeros vienen á cumplir ese mismo bellissimo fin: los estudiamos atentamente, y de su estudio solemos deducir consecuencias muy provechosas para nuestra vida.

Habitado yo á esta manera de concebir, cuando, sin saber cómo ni por qué, me vi arrojado en un infecto camastro de fonda madrileña, respirando con indecible malestar una atmósfera impura y viendo, oliendo, oyendo, gustando y tocando en derredor mío, tan variadas muestras de una sendo-civilización, en la cual desde luego advertí que dominaban los más brutales impulsos, aunque profundamente asombrado, no tardé en reobrar sobre los dolores que experimentaba, producidos por el contacto con tanta grosería, malicia y estultez. Me dediqué á analizar racionalmente mi situación, y bien que mis primeras inducciones no fueron nada halagüeñas, no perdí la paciencia, porque nosotros estamos por cima de eso que vosotros llamáis *bueno* y *malo*.

— Esto — pensé — no puede consistir sino en un lamentable error en la marcha del tiempo; pero, tan inesperada circunstancia me va á permitir hacer una cantidad no despreciable de observaciones curiosas que trasladaré á mis contemporáneos, pues la verdad es que ellos tienen muy abandonadas, casi diré que arrumbadas, las divertidas é interesantes ciencias históricas, á causa de ser su estudio de todo en todo inútil para seguir viviendo racionalmente.

Al discurrir así, no contaba con las enormes dificultades que á la vida se oponen por dondequiera, en este siglo vigésimo; dificultades de respiración y atmósfera, en primer lugar; después de alimentación, de higiene general y particular, de instrucción y cultura, de transportes y facilidades comunicativas, etc., etc. Todo es pesado, triste, lento, como que todo va movido por intereses miserables de individuo contra individuo, de empresa contra empresa, de nación contra nación. Deseaba yo, para no aburrirme ni padecer más dolores de los que buenamente pudieran servirme como asunto de mis análisis, inculcar á los hombres unas ideas algo más elevadas y estimables que esos intereses que hoy les guían. Aprendí á escribir y á hablar en público, dos menesteres desconocidos en *mi* tiempo. Prediqué, peroré, propagué las fáciles enseñanzas de la razón á todos los hombres. Mis ideas, las de mi siglo, á nadie le parecieron atendibles ni siquiera originales; quién dijo que las había copiado de un tal Sócrates; quién aseveró que eran las mismas del Evangelio. Lo cierto es que nadie las siguió. Y lo peor fué que, infectado por el microbio de la tristeza, que en esta atmósfera vive á sus anchas inficionándolo todo, perdí, no la serenidad, pero sí la alegría. Todos los hombres á quienes trataba, teníanme por loco; aconsejábanme que me pusiese en cura. Me hablaron del doctor que dirige esta casa. Al cabo, llegué á interesarme en el asunto. Vine á ver al doctor, le expuse con precaciones mi estado. Me escuchó como ningún hombre me

había querido escuchar hasta entonces. No opto á mis afirmaciones ninguna objeción cicatera ó estúpida. Es más, en algunos momentos, creí ver brillar en sus ojos un claro y fugaz resplandor, como un vago reflejo de los rayos que arden de ordinario en los ojos de los hombres de mi siglo. Luego movió casi imperceptiblemente los párpados muy deprisa, como quien quiere salir, en cualquier forma, de una situación embarazosa para su ánimo. De todas maneras, este hombre, acostumbrado á tratar locos, era mucho más hombre que los habituados á manejar cuerdos. Le propuse quedarme á vivir aquí, y lo aceptó con gran amabilidad. Algunas veces hablamos de mi asunto; nunca me lleva la contraria, pero yo conozco que la brecha de las dudas no se ensancha en su espíritu. Me da lástima porque es un buen hombre. Usted también me lo parece, y por eso le he repetido mi historia, de la que ya nadie hace caso. Puede usted creerla ó no, como guste. Yo sé que la razón está conmigo.

Al decir esto, se le habían acabado el cigarro y las ganas de hablar. Me hizo un signo de cordial despedida, y me volvió la espalda.

—¿Qué tal mi hombre del siglo xxv?—me preguntó el médico, afable.—Es raro, ¿verdad?

—Muy raro, en efecto....., muy raro—contesté.—No sé qué pensar....

—¿Qué?—replicó el médico, mirándome fijamente.—Piense usted en tomar el tranvía y no volver por aquí en tres ó cuatro años.

F. NAVARRO Y LEDESMA.





EN CASA DE LA NOVIA

W. H. & G. S. 1854



### PERSONAJES

EL ABUELO.....	Setenta años.
VENTURA.....	Trece »
MANOLO.....	Doce »
JUANITO.....	Seis »
PEPITO.....	Cinco »

### ESCENA ÚNICA

ABUELO. ¡Vamos á ver! ¿Tenéis sueño?  
 JUANITO. ¡Quiá!  
 PEPITO. ¡No, señor!  
 MANOLO. ¡Qué tontuna!  
 Si es muy temprano, abuelito.  
 VENTURA. ¡Tempranísimo! Calcula  
 Que hasta las once lo menos...  
 ABUELO. ¿Tanto trasnocháis?  
 MANOLO. ¿Lo dudas?  
 VENTURA. ¡Es claro! A los lugareños  
 El trasnochar os asusta.  
 MANOLO. Ya te irás acostumbrando.  
 ABUELO. No lo creo. En Villaturbia  
 Me acuesto con las gallinas.  
 MANOLO. ¡Jesús! ¡Qué cosa tan sucia!  
 VENTURA. ¡Cómo te pondrás el cuerpo!...  
 ABUELO. ¿Qué dices?  
 VENTURA. ¡Lleno de plumas!  
 ABUELO. Chiquillos, si lo que digo  
 No es eso. ¡Cosa más chusca!  
 Digo que me acuesto siempre  
 Entre dos luces.  
 VENTURA. Yo á obscuras.

ABUELO. Vaya, no nos entendemos.  
 JUANITO. Si es que á esos tontos les gusta  
 Andar siempre con pullitas.  
 ABUELO. Bien, pues dejaos de pullas,  
 Y vamos á divertirnos.  
 Mientras que mamá se ocupa  
 En prepararme la alcoba  
 Y papá se va á esa junta,  
 Vamos nosotros los cinco  
 Á formar nuestra tertulia.  
 ¿A qué queréis que juguemos?  
 ¡Al toro!  
 Eso es de gentuza.  
 MANOLO. ¡A la pelota!  
 JUANITO. ¡Eso! ¡Eso!  
 ABUELO. No estáis buenos. ¡Qué locura!  
 ¿A la pelota en la sala?  
 ¡Se armaría buena bulla!  
 ¡Qué dirían los vecinos!  
 ¡Que se aguanten!  
 MANOLO. ¡Que lo sufran!  
 VENTURA. ¡Pero, niños!  
 VENTURA. ¡Sí, señor!  
 ¿No está esa chica feucha  
 Machacando en el piano  
 Desde las nueve á la una?  
 ABUELO. Esas cosas no se dicen  
 VENTURA. Pero...  
 ABUELO. ¡Calla! ¡Malas pulgas!  
 ¡A ver! Sentarse á mi lado.  
 ¡Silencio! ¡Pepito, aupa!  
 Tú aquí, sobre mis rodillas...  
 Hijo, por Dios, que me arrugas  
 La pechera... Quietecitos...

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN

- JUANITO. ¡Atención y compostura!  
Os voy á contar un cuento.
- VENTURA. Sí, sí, abuelito.
- JUANITO. ¿Es de brujas?
- VENTURA. De lo que quiera.
- VENTURA. De fijo
- ABUELO. Será alguna paparrucha.
- ABUELO. No, señor; va á ser un cuento  
Muy bonito. Se titula:  
*La Princesita cristiana*  
*Ó el moro de la laguna.*
- VENTURA. ¡Anda! ¡Vaya un titulito!
- PEPITO. ¡Calla, tonto!
- JUANITO. No interrumpas.
- ABUELO. Pues, señor, esto pasó  
Hace muchos años.
- VENTURA. ¡Nunca!
- ABUELO. Porque si es cuento es mentira  
Y no pasó en fecha alguna.
- VENTURA. Mira, niño, tú te callas.
- ABUELO. Pero...
- MANOLO. Dice bien Ventura.
- ABUELO. Y tú también, mequetrefe.
- JUANITO. Se dan tono porque estudian.
- PEPITO. Si son lo más fastidiosos...
- ABUELO. Pues, señor, hubo en Asturias  
En tiempo de Don Pelayo,  
Una princesita rubia  
Que cantaba como un ángel,  
Con muchísima dulzura,  
Y que tocaba el piano...
- VENTURA. ¡Qué barbaridad!
- MANOLO. ¡Mayúscula!
- VENTURA. ¿Piano en aquella época?
- ABUELO. Bueno, la lira ó la guzla  
O lo que fuere. Es lo cierto  
Que sabía mucha música.
- MANOLO. ¡Sí! ¡Tendría institutriz!
- VENTURA. ¡Es claro! O sería alumna  
Del Conservatorio.
- ABUELO. ¡Niños!
- VENTURA. ¡A callar!
- ABUELO. ¡Soy una tumba!
- MANOLO. ¿Sigo ó no sigo?
- VENTURA. Sí, abuelo.
- ABUELO. Sigue, nadie te importuna.
- MANOLO. Pues, señor, á la princesa,  
Que era sobrina segunda  
De Don Pelayo, por parte  
De su esposa Doña Obdulia...
- VENTURA. ¡Abuelito, eso no pasa!
- MANOLO. Eso es falta de cultura.
- VENTURA. Has dicho una atrocidad  
Espantosa.
- MANOLO. ¡Tremebunda!
- VENTURA. La esposa de Don Pelayo  
Fué Gaudosia.
- MANOLO. Esa es la única  
Que tuvo. Lo que es de Historia  
Andáis mal en Villaturbia.
- ABUELO. ¡Vaya! Pues que me perdonen  
Don Pelayo y la difunta,  
Pues no he querido ofenderles  
Y bien merezco disculpa.
- VENTURA. Sigue.
- ABUELO. Pues, señor, decía  
Que á aquella niña tan pura  
La requería de amores  
Un morito de alta alcurnia,  
Que todas las noches iba  
Con su jaique y su capucha  
A escuchar los dulces cánticos  
De la princesita rubia.  
Y sucedió que una noche  
Se vió á la luz de la luna,  
Que el morito y la princesa  
Se abrazaban con ternura.  
Supo eso el rey D. Pelayo  
Y se puso hecho una furia,  
Y ocultándose una noche  
De la torre en la penumbra,  
Apenas empezó el moro  
A trepar por las columnas,  
Agarróle por las piernas  
Diciéndole:—¡Só granuja!  
Y le pegó con tal ímpetu  
Un puñetazo en la nuca,  
Que el morito fué rodando  
Al fondo de una laguna.  
La princesa lanzó un grito  
Presa de terrible angustia,  
Y cayó muerta.
- MANOLO. ¡Caramba!
- VENTURA. ¡Esas cosas me espeluznan!

- ABUELO. Desde aquella horrible fecha  
Cuentan que en la noche oscura,  
En el fondo del barranco  
Se oyen gemidos que asustan.  
Y si alguien se acerca y grita:  
«¿Qué hay?», en las rocas retumba  
Un ¡ay! prolongado y triste...  
La voz del moro sin duda.
- MANOLO. Abuelito, eso es el eco.
- VENTURA. Un fenómeno de acústica.
- ABUELO. Lo será, pero es el caso  
Que sobre la sepultura  
De la princesa—donde hoy  
Hay un cementerio,—muchas,  
Pero muchísimas noches,  
Según la gente asegura,  
Se ve una luz misteriosa  
Que en el aire se columpia...  
¡Y aquella luz es el alma  
De la princesita rubia!
- MANOLO. No digas eso, abuelito.
- VENTURA. No digas cosas absurdas.
- MANOLO. Lo que ven son fuegos fatuos.
- VENTURA. Son emanaciones pútridas.
- MANOLO. Descomposiciones químicas.
- VENTURA. Componentes que se juntan...
- MANOLO. ¡Hidrógeno fosforado!
- ABUELO. ¡Basta ya, que me aturrulla  
Tanta ciencia! Si á vosotros  
Estos cuentos os disgustan,  
En cambio, estos dos pequeños  
Con gran atención me escuchan.  
Mas ¿qué veo? ¡Están dormidos!  
¡Ea! ¡Basta de tertulia!  
(¡Me he lucido!)
- MANOLO. Pero, abuelo...
- ABUELO. ¡A la cama!
- VENTURA. ¿Te enfurruñas?
- MANOLO. ¿Habrá otro cuento mañana?
- ABUELO. ¿Más cuentos? ¡No, criatura!  
¡Que os los cuente la abuelita!  
Yo me vuelvo á Villaturbia,  
Que allí los nietos que tengo  
De mis cuentos no se burlan...

VITAL AZA.



UNA PAREJA FELIZ

De una fotografía de Norris.



VISITA Á LOS POBRES

Cuadro de Hugo Oehmichen.



**C**omo el tren se detuviese al llegar á Talavera la Real, el repentino silencio que se produjo en torno del buen notario, adormecido durante la marcha estrepitosa, le hizo despertar.

Su órgano visual, acostumbrado al velo rojizo de los párpados sanguinolentos, recibió una impresión desagradable de blancura ante el paisaje polvoriento y seco asoleado por el astro rey, que en aquel día de Agosto resquebrajaba la tierra.

La parte de la estación que desde su asiento descubría estaba solitaria; nadie parecía decidido á aumentar el corto número de los viajeros que se achicharraban en los vagones, y D. Isaac Belicena felicitábase á sí mismo porque ninguno le obligaría con su presencia á observar una compostura menos fresca que la que había adoptado.

En la atmósfera enrarecida oíanse voces soñolientas de empleados, órdenes breves, ininteligibles; el pregón infantil de una vendedora de agua. A lo largo del convoy, un martilleo regular se acercaba golpeando sucesivamente bajo todos los coches en los ejes, llegaba al suyo y alejábase hacia la máquina.

Don Isaac se extendió dulcemente á lo largo de los almohadones, y ya el sueño había vuelto á apoderarse de su persona, cuando un ligero golpe en el codo le desveló.

Un señor que acababa de subir al departamento, al colocar dos enormes maletas sobre la red le

había rozado involuntariamente, y se inclinaba en aquel momento ante él, pidiéndole mil perdones.

Durante algunos segundos, experimentó el señor Belicena la duda de que tal vez seguía dormido y presa de una pesadilla. Restregóse los ojos con desesperación, y, por último, para convencerse de que estaba bien despierto, ó para despertarse, si soñaba, pellizcóse disimuladamente en diversas partes de la redonda persona.

No, no cabía dudar; aquel personaje, alto, fornido, tocado con una gorra de nutria, envuelto en un gabán de pieles, largo hasta cubrirle la mitad de las altas botas de agua de recio cuero; las manos ocultas por gruesos guantes de lana, no era una soñada imagen, ni menos una aparición del otro mundo, sino un hombre de carne y hueso como él, como el mismo D. Isaac Belicena, notario de Z..., que se freía debajo de su ligerísima y despecheretada camisa.

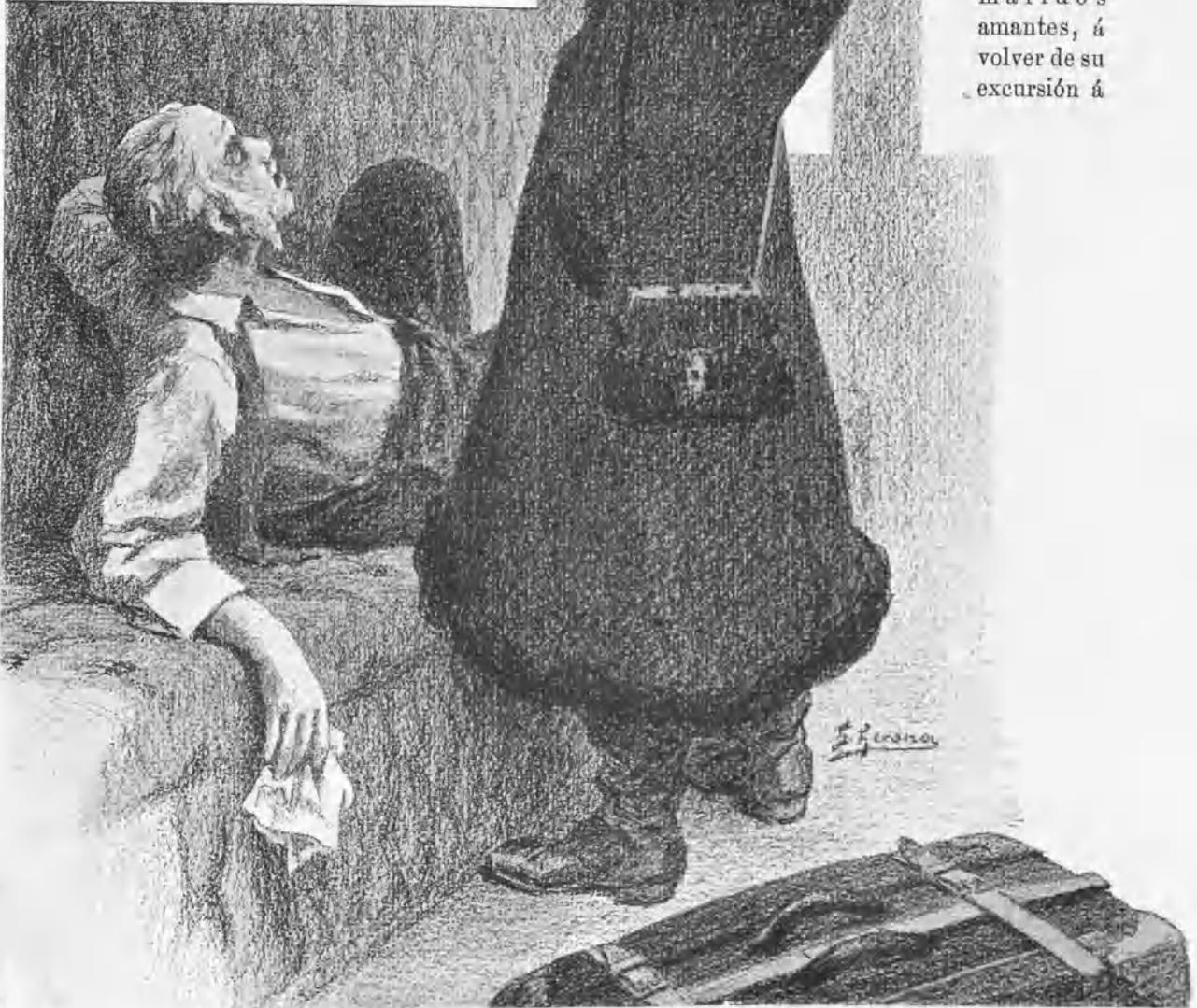
Y vió cómo aquel su semejante iba levantando uno tras otro los cristales de todas las ventanillas, desdoblaba una magnífica manta de viaje, con la cual se envolvió las piernas, é instalábase en el rincón del coche más castigado por el sol; todo ello sin que el sudor brotase de su rostro, sin dar muestras de sentir siquiera la elevada temperatura ambiente: por el contrario, interrumpía á cada momento sus operaciones para cogerse entre

las manos la nariz como si temiera que se le helase.

El notario llegó á temer por el estado de su propia razón. ¿No era el 5 de Agosto? ¿No se encontraban en el riñón de la calurosa Extremadura?

En aquel punto el tren emprendía de nuevo la marcha, y el nombre de la estación, escrito en muy grandes y negros caracteres, pasaba ante la vista del notario: «Talavera la Real». Sí, Talavera la Real, provincia de Badajoz, en cuanto á

que no fuera aquel día el quinto del mes de Agosto, tampoco se podía poner en tela de juicio, porque precisamente, desde hacía veinticinco años, acostumbraba el buen señor, modelo de maridos amantes, á volver de su excursión á



la capital—emprendida siempre la víspera—para adquirir golosinas y chucherías con que celebrar la fiesta onomástica de su esposa, que se llamaba Nieves.

No sabiendo qué pensar de la ya referida vestimenta en semejantes circunstancias, venciendo la poquedad de su carácter disponiase á preguntar cariñosamente al recién llegado qué enfermedad le obligaba á ir en aquella gnisa, y si podía servirle en cosa alguna, cuando, con gran sorpresa, oyó que se le preguntaba á él en esta forma:

—¿No teme usted coger así una pulmonía?

—¿Una.....?

—Una pulmonía, por lo menos. Usted ha oído, sin duda, decir que conviene irse preparando para más altas latitudes yendo desabrigado en un principio, pero es un error. Se lo asegura á usted quien conoce esto bien. ¿Es éste su primer viaje por las tierras árticas?

Tímidamente el interpelado observó el rostro del viajero, y vió fijas sobre las suyas unas pupilas azules, de un azul blancuzco, inmóviles, que hubieran parecido las de un muerto sin aquella luz trágica que brillaba en el fondo de ellas.

Don Isaac sintió un escalofrío por todo el cuerpo, y no tuvo fuerzas para contestar.

—¿Es usted explorador también?

—Sí, señor, sí; explorador completamente.

—Gran ventaja es para nosotros que la civilización haya conseguido hacer este camino de hierro, que nos conduce hasta el grado 74 de latitud, evitándonos una parte de las molestias que estos intentos traen consigo. Si Parry, Franklin, Kane, y tantos otros que han acometido la noble empresa de llegar al Polo Norte, hubieran contactado con empezar su expedición donde hoy puede hacerse, es muy probable que hubieran logrado su empeño. ¿No lo cree usted así?

—¿Que sí lo creo? ¡Estoy convencido!

—No lo estoy yo tanto; ellos se encontraban desorientados por algunos errores que la ciencia se ha encargado de desvanecer. Vea usted por qué tengo una confianza absoluta de realizar yo hoy el ideal que tantos han acariciado vanamente. En la bahía de Melville tengo á mi gente dispuesta, y hechos los preparativos del caso. Todo está presto, y sólo se aguarda mi llegada para partir. ¿Us-

ted proyecta marchar directamente hacia el Norte ó piensa desviarse algo hacia el Oeste, como es mi propósito?

—No; yo prefiero ir todo derecho—contestó el notario enjugándose la frente.

—Hace usted mal; tengo bien estudiado el pro y el contra, y visto que el tiempo que se pierde en dar ese pequeño rodeo se gana luego con creces en paralelos más elevados. Le aconsejo que siga mi plan.

—Sí seguiré; pues, á lo que veo, es usted perito en la materia.

El desconocido sonrió con desdén de vanidosa superioridad, y cayó en una, al parecer, profundísima meditación. Su interlocutor aprovechóse del espacio que se le ofrecía para colocarse el cuello postizo, los puños y la corbata; requirió después la cazadora de alpaca sutil; y encasquetándose el sombrero de paja, esperó ansiosamente á que el tren hiciera un alto para trasladarse á otro carruaje.

—Parece que va usted sintiendo ya fresquito, ¿eh?—preguntóle el del largo gabán.

—En efecto.

—¿Quiere usted algún abrigo? Llevo de sobra en mis maletas; verá usted.

Y sin esperar á más, ni hacer caso del funcionario, que se deshacía dando razones para rehusar tamaño favor, sacó un gran capote forrado de marta, y le obligó á ponérselo. Luego, tomándole de la cabeza el ligero jipijapa, le colocó un peludo casquete del que pendían dos especies de orejeras, cuyos cordones le ató por debajo de la barba.

El objeto de aquellas atenciones dejábale hacer sin atreverse á contradecirle en lo más mínimo. Ya el tren disminuía la marcha, pronto iba á detenerse, ya caminaba al paso de un hombre.... Al fin el edificio de la estación apareció detrás de las ventanillas.

Adoptando el aire más natural que pudo, acercóse D. Isaac á la portezuela, y ya se disponía á bajar el cristal para abrirla, cuando una mano hercúlea apretándole el brazo hasta descoyuntárselo casi, le impidió cumplir su designio.

—¿Está usted loco? ¿Quiere abrir para que nos helemos? Vaya, siéntese usted donde yo estaba;

al sol. Eso es. Haciendo ejercicio—¿sabe usted?— se resisten muy bajas temperaturas, pero quietos como estamos.... Y á propósito: ¿no lleva usted armas?

—No, señor; ¿para qué?

—¡Cómo! Para defenderse de los osos, para cazar focas y pingüinos.

—No había caído en ello.

El notario no apartaba su vista de la puerta que daba al andén; alentábale la esperanza de que alguien subiera y pudiese librarle de aquel suplicio. El calor iba haciéndose insoportable y el honrado hombre de ley sentíase desfallecer dentro de la pesada envoltura. Su rostro congestionado, transpiraba gruesas gotas, que se reunían en arroyos diminutos á lo largo de las arrugas; el pelo, empapado, pegábase lacio á sus sienes, sus fauces secas no le hubieran permitido gritar, caso de que el miedo mismo se lo consintiera.

Algunos minutos transeurrieron en el mayor silencio.

Luego una campanilla, un silbato, y ¡en marcha otra vez!

No había por el pronto esperanza; durante un cuarto de hora—¡un siglo!—había de aguantar el espantoso tormento de las pieles, del sol, de aquella mirada.... ¡Oh! Sobre todo de aquella mirada sin expresión, fija siempre en la suya, con una tenacidad que le enloquecía.

Sus ojos buscaron angustiados el timbre de alarma. Estaba allí frente á él, al alcance de su mano, casi; un ligero salto era suficiente; menos aún. ¡Una inclinación del cuerpo, y se había salvado!

Pero el hombre terrible no apartaba de él la vista, y bajo el peso de ella, sentíase anonadado, incapaz de todo, de contraer un solo músculo, hasta de pensar.

Repentinamente incorporose el desconocido, y alcanzando una de las maletas, se puso á abrirlas sobre el asiento.

—Debo confiar á usted que las armas por estas alturas tienen otra aplicación, además de la que antes le dije. Los esquimales, temerosos de las consecuencias que para ellos puede tener la creciente irrupción de los habitantes del Sur, se han organizado en cuadrillas—á veces verdaderas co-

lumnas volantes—que atacan los convoyes y se entregan al asesinato y al pillaje. Por eso es necesario ir prevenido. Con este rifle me comprometo á hacer frente, yo solo, á diez y seis hombres por lo menos; á hombre por bala. ¡Y qué ligero es! Nadie diría que tiene dentro sus diez y seis onzas de plomo, toda la carga. Yo lo manejo con una sola mano—la izquierda ó la derecha, indiferentemente—como si fuera una pistola. ¿Ve usted? Esto tiene la ventaja de que la otra mano queda libre. ¡Uno! ¡Dos!.... ¡Uno! ¡Dos!.... Fíjese usted en que siempre cae á tiempo y apuntando entre las cejas.

Don Isaac Belicena no sudaba ya, invadíale las venas un frío de muerte y se le autojaba que su corazón latía con menos frecuencia cada vez; que iba á paralizarse.

Luego que hubo evolucionado con su rifle demostrando una admirable destreza, el gigantesco personaje lo puso sobre sus muslos, y sonriendo cruelmente, habló de este modo:

—Es usted, señor mío, de una inocencia primitiva. Me ha confesado usted el propósito que le trae por acá, y cree que voy á dejarle marchar tranquilamente exponiéndome á que me tome usted la delantera y me arrebathe la gloria de ser el primero en posar la planta sobre el eje de la Tierra. ¡Ah! No soy hombre capaz de dejar perder así como así toda una vida de estudios y de sacrificios. Está usted en mi poder, me bastaría la opresión de un dedo para librarle de usted; pero como no soy un asesino, voy á proponerle una solución. ¿Quiere usted ser mi segundo de á bordo? Participará usted de la gloria que yo alcance y....

El Sr. Belicena aceptó emocionado, era una honra desusada la que se le proponía; desde aquel momento considerábale como su capitán.

En seguida comenzó á ser impuesto en los goces exquisitos que los hielos reservan á los exploradores. Desde su rincón iba contemplando silenciosamente los lugares señalados por el enguantado dedo del iniciador, sin perder palabra de las consideraciones hechas ante el paisaje que se desarrollaba á ambos lados de la vía férrea.

—Observe usted la magnificencia de ese enorme desierto de armiño que parece fundirse acá en el horizonte con el cielo inefable del largo día po-

lar. ¡Qué graciosa silueta la de aquel acantilado de hielo, sobre cuyas aristas, cortantes como puñales, revolotean las aves hiperbóreas! Ahora tocamos el límite de la planicie y entramos en uno de los más deliciosos lugares explorados; las estribaciones del Elisabeth. Excepción hecha de la ausencia de matices, en la que algunos encuentran monotonía, pudiera uno creerse en cualquier valle de nuestros países meridionales. Montañas que el deshielo no consigue socabar, formadas por las nieves de miles de años, abrigan la hondonada permitiendo que los témpanos desprendidos de su cumbre, sembrados acá y acullá y corroídos por la licuefacción, adopten esas formas extrañas y maravillosas — milagro de equilibrio — que semejan, ya el encaje de una arboleda, ya las agujas de una catedral gótica. La aglomeración de aquellos bloques podría creerse una gran villa con sus grupos de casas, su iglesia provista de una torre transparente, sobre la que volteasen campanas de cristal. ¡Oh! ¡Cuánta belleza!

El tren se detuvo nuevamente y volvió á arrancar sin que el notario pareciera darse cuenta de ello. El calor que derretía los fiambres y pastelillos dentro de la cestita, no arrancaba una gota de sudor de su frente.

Más de media hora transcurrió, hablando el uno, escuchando embebecido el otro.

En Z, á tiempo de entrar la máquina en aguas, una cabeza cubierta con la gorra galoneada de los empleados de ferrocarril, se asomó por el cristal del departamento contiguo, y luego de

contemplar un instante al explorador, que iba sentado en el asiento fronterero, se retiró recatadamente.

Poco después, las dos portezuelas se abrían á un tiempo; una pareja de Guardias civiles, seguidos de varios labriegos, se precipitaban sobre el vecino de D. Isaac, y antes de que aquél pudiera pensar en hacer uso del rifle — que conservaba sobre las rodillas — había quedado inerme y sujeto en poder de los asaltantes.

Disponíanse ya éstos á descender con su presa, cuando fijaron la atención en el otro viajero. Entonces hubo un momento de perplejidad. Uno de los guardias consultó con el jefe de estación, que estaba junto al estribo.

— El parte de Badajoz no se refería más que á uno y aquí va otro, vestido de la misma manera.

En la duda hicieron descender á los dos. Ya en el andén, alguien observando el rostro del más pequeño, exclamó asombrado:

— ¿Usted no es D. Isaac el notario?

Sin prestar atención el aludido se había acercado á su compañero.

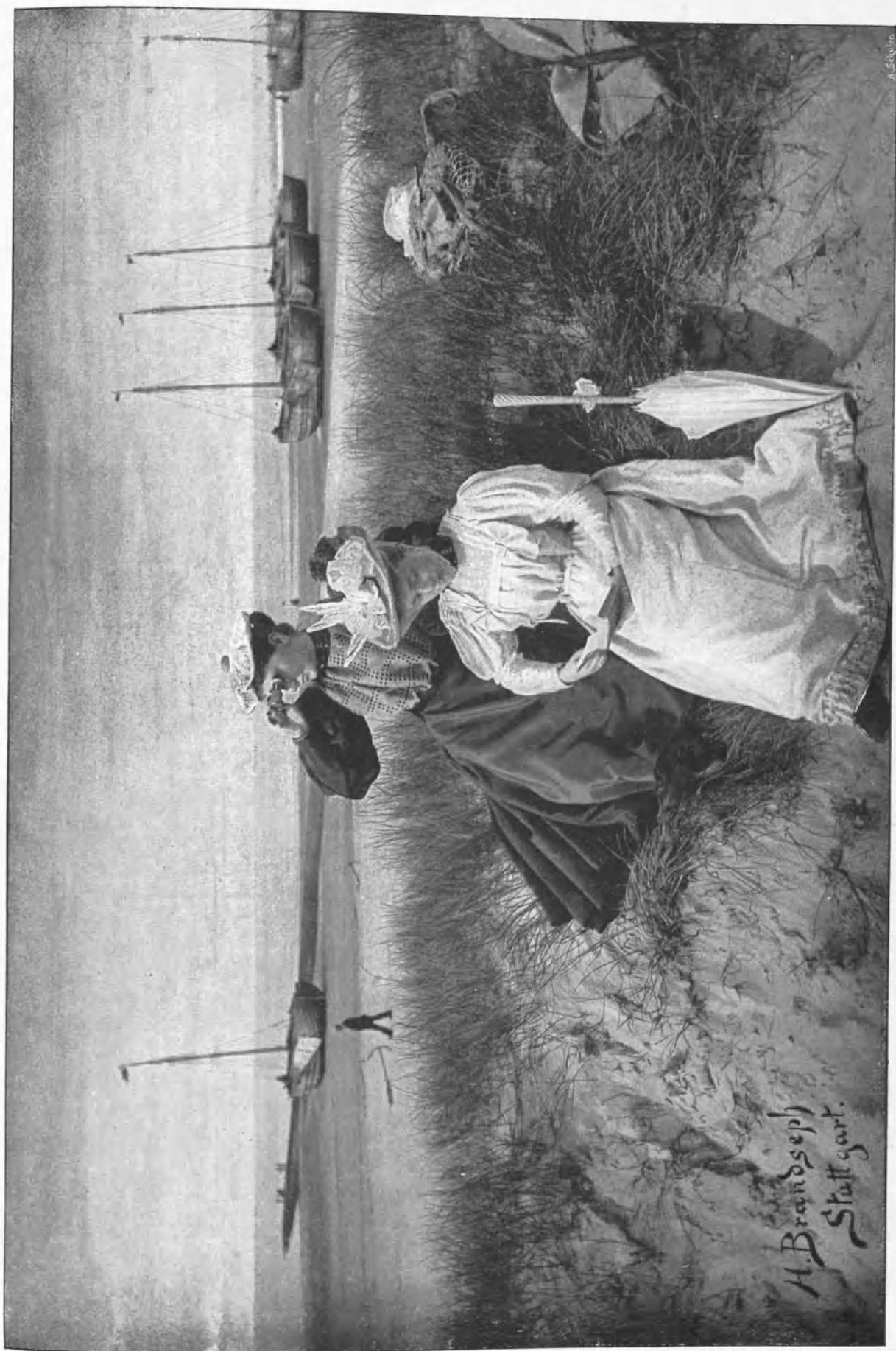
— ¿Son los esquimales, verdad? — le preguntó en voz baja.

Y como recibiera por respuesta un signo afirmativo, bajó la cabeza consternado.

El jefe de estación intentó distinguir en la mirada de los viajeros cuál de los dos era el loco; pero vió que en el fondo de las pupilas de ambos lucía la misma llama trágica.

J. SÁNCHEZ GERONA.





À ORILLAS DEL MAR

Cuadro de Brandseph.

H. Brandseph  
Stuttgart.



Á LA ESCUELA  
(Fotografía de Undervood.)

# El Implacable



Luis Fernández aspiraba á ser un actor célebre y dejar tamañitos á Máiquez, Latorre, Romea, Valero; los más prestigiosos nombres de la escénica española.

Sobrábanle agallas y entusiasmo artístico, pero no contó con el factor principal, con el que obliga á la Fama á glorificar á los elegidos, con el público,

Ese invariable público formado  
De mil inteligencias sin talento,

que dijo Campoamor.

La vez primera que Luis Fernández, tembloroso, presa del orgasmo que se apodera de todo actor novel, asomó las narices ante el público en el teatro Español, inauguró la serie de sus fracasos.

El público saludó al flamante racionista con una carcajada homérica, y el hombre quedóse perplejo, turulado, sin explicarse risotada tan extemporánea é incongruente, porque no era cosa de risa ver á un judío con tamañas barbas, anunciar á un caballero cristiano que habían arcabuceado á su señor padre.... Pero, el caso fué que el «respetable» lo tomó á broma: Fernández dió la fatal nueva trabucándose, é hizo mutis con un ridículo traspíés que redobló el regocijo de los espectadores.

No era hombre Fernández tan para poco, que retrocediese por una carcajada; con mayores bríos volvió al palenque, representando un insignificante papel de criado en una comedia de Egnilaz.

Salir Fernández, y gritarle un gracioso de la galería: «¡El oso! ¡El oso!», todo fué uno. El respetable rió de bonísima gana la ocurrencia, porque realmente, la peluca con que Fernández cubría su cabeza, no era una peluca; era un felpudo.

Nueva amargura, nuevo desconcierto del actor en agraz, que, enfurecido, metióse entre bastidores, dispuesto á vengar su desventura en la insignificante personilla del peluquero del teatro, causa inocente del chiste.

Fernández era como esos caballos de pura sangre que se crecen al castigo; siguió en sus trece con admirable tenacidad, y siempre que aparecía en escena, *obsequiábale* el público con siseos, risas y hasta con aplausos en son de zumba y pitorreo.

Fernández revolviase airado y tremebundo contra el «monstruo» — claro es que en las soledades de su cuarto.

— La culpa de todo lo que á mí me pasa — decía con la candorosa convicción de los que se creen malamente preteridos — la tienen estos infames «embolados», que le obligan á hacer á uno. Quisiera yo ver al gran Romea vestido de mamarracho por el guardarropa, como á mí me visten, salir á escena para anunciar que la sopa está servida ó que un caballero encubierto pide audiencia al señor conde. Y ya veríamos, ya veríamos, cómo le recibía el público y qué efectazos sacaba.... ¡Cómo no sacase, morena!.... Para lucirse hay que tener un papel de seis ó siete pliegos.... Y lo demás, es ser el hazme reir del público, que siempre guarda sus aplausos para el primer actor

y la primera dama.... ¡y á los demás de la compañía que nos parta un rayo!.... ¡Como si uno no fuese tan buen actor como el primero!....

El pobre Fernández, tras múltiples tentativas, seguidas de otros tantos fracasos, tuvo que emigrar de la corte; en ella cada vez le eran menos propicios los vientos que soplaban.

Sumóse á la falange murmuradora, triste é infortunada de los cómicos de la legua, y, con cortas variaciones, figuró, como en tiempos de Rojas, en bojigangas y farándulas; por excepción, en compañías de algún prestigio.

Lo mismo que en Madrid, en las capitales de provincia, el público saludó á Fernández con crueles vayas y ruidosas manifestaciones de desagrado; decididamente, los grandes públicos se daban la mano para eclipsar á aquel genio desconocido.... ¡Envidiosnelos!....

En cambio, los espectadores de las aldeas más miserables y escondidas, almas sencillas é inteligentes, recibían á los cómicos, al mismo Fernández, como agua de Mayo, y no escaseaban las palmadas ni los vitores para manifestar su entusiasmo. Fernández, en la escena improvisada, ora en la plaza pública, ora en un corral, ora en una cuadra, esponjábanse orgulloso y *se crecía* en su papel, y aquí de los desplantes, de decir las tiradas de versos con enfática entonación, preparándose el final con un latignillo emocionante, y aquí de mover los brazos como aspas empujadas por el huracán, poner los ojos en blanco, temer las palabras, y, si el papel exigía morir á vista del espectador, de un tiro ó de una estocada, «hacer» una caída despampanante, que luego le obligaba á friccionarse todo el cuerpo con vinagre. En esta vida aventurera de hambre y malestar continuos, consumió Fernández sus mejores años, representando siempre dramas y tragedias de la época romántica, y no quedó en ellas papel que no hiciera, y lo mismo servía para interpretar el galán más galán, que el barba más barba; desde el Manrique de *El Trovador*, hasta el padre de Marsilla de *Los amantes*.

Ya viejo y achacoso, con achaques de reumatismo y de gota, el pobre Fernández abandonó la

vida de aventuras y malandanzas del cómico de la legua, y pudo ver—¡al fin!—su nombre, entre los de los primeros actores del teatro Español, pero —¡oh ironía de las cosas!—leíase debajo del

LUIS FERNÁNDEZ,

PRIMER APUNTADOR.

¡Todas sus ilusiones de gloria acabaron en la estrechez de un cajón forrado de bayeta encarnada!....

Allí el público, el implacable, no le saludaría como antaño, con ruidosa y despiadada salutación.

Fernández instalóse definitivamente en la corte en casa de una señora viuda de un capitán y madre de una hermosa joven llamada Aurea.

Con lo que pagaba el cómico por el alquiler de una alcoba, y el pupilaje de un D. Periquito, comisionista de paños, ayudábanse madre é hija.

Entre estos cuatro seres, reunidos por el azar, pronto se estableció gran cordialidad de relaciones: D.<sup>a</sup> Joaquina, la viuda del capitán, era una alma de Dios que en nada se parecía á la clásica patrona de huéspedes; Aurea era el encanto de la casa, sobre todo para D. Periquito.

Fernández se hizo querer por su carácter bonachón y campechano; resultaba un viejo muy simpático, que sabía cosas extraordinarias de la vida, y que refería sus mil y una aventuras de cómico con un gracejo seductor.

Doña Joaquina decía de él en són ponderativo que era un demonio de hombre, más sabio que Merlín y con más conchas que un galápago.

Fernández, que vivió siempre solo, llegó á tomar grande afecto á las dos mujeres; encontraba en ellas ese calorillo de amistad, cariñosa y desinteresada que tan grata es á los viejos solitarios; con D. Periquito no simpatizaba gran cosa; encontrábase demasiado comisionista; parecíale hombre egoísta y frío, que todo lo supeditaba á su negocio y conveniencia.

En calma envidiable deslizábanse los días y los meses para el flamante apuntador, hasta que el Destino, deidad harto versátil, quiso que nuestro



amargura, contó á su huésped una historia de amor, seguida de una infamia, y recogiendo, con repugnancia manifiesta, la estrujada carta que había en el suelo, dióselá á leer á Fernández que masculló su contenido, interpolando á ratos un «¡Canalla!», dicho como se dice tal substantivo cuando la indignación se apodera de un alma honrada.

Por único comentario musitó en voz baja:

—Siempre me pareció ese D. Periquito un egoísta de la peor especie; pero ahora, al leer su carta, me parece un mal hombre, sin entrañas. Después de ocasionar el daño, huye, y aun hace más odioso su criminal abandono con sus injuriosas reticencias.... ¡De

excómico representara un papel más, el mejor que representó en su vida.

Sirvióle de escenario la modesta casa en que vivía de huésped.

Y la comedia, una más entre las múltiples que á diario se representan en la vida.

Fué el caso que, una mañana, al salir de su dormitorio, encontróse Fernández al entrar en el comedor con un inesperado cuadro de desolación; D.<sup>a</sup> Joaquina, sollozante, sostenía en sus brazos á Aurea, que parecía como muerta; á los pies de ambas mujeres había un papel de cartas estrujado.

Fernández acudió en socorro de la joven, presa de un accidente nervioso; ayudado por la madre, consiguió trasladar el inanimado cuerpo de Aurea á su cama; prestados los auxilios con la prontitud que el caso requería, la madre y el cómico tuvieron la satisfacción de ver que la joven volvía de su desmayo, y que un llanto benéfico obraba como sedante en su perturbado organismo.

Salió la madre de la alcoba, y allí, en el comedor, en voz baja, con voz de lágrimas, de honda

estas sabandijas no hay que esperar nada bueno, nada!....

Fernández prosiguió su charla con D.<sup>a</sup> Joaquina, procurando consolarla en su tremenda aflicción, y D.<sup>a</sup> Joaquina habló á su vez con el viejo, y el final del diálogo fué esta parrafada de Fernández, poema hermosísimo que inspiraba nobilísimo propósito:

—Vaya, vaya, D.<sup>a</sup> Joaquina, no hay que verlo todo tan negro, ni pensar en morirse, ni en tontearías por el estilo.... La cosa pasó porque así Dios lo dispuso, y no puede ya remediarse.... Lo que hay que hacer es reparar la falta y tapan la boca lo mejor posible á los maldicientes....

Yo, señora, soy solo en el mundo; no tengo familia ni nada. Mis padres murieron hace muchos años, y la perra vida que yo he llevado por los teatros con mis comiquerías no me ha dejado tiempo para buscar mujer y tener un hogar, como le tienen la mayoría de los hombres; así es que, vengo á ser como un cardo setero, más pobre que las ratas.... No tengo nada que dar, nada más que una cosa: mi nombre.... Y yo se lo doy al po-

brecito que esperamos, con toda mi alma, y aquí no ha pasado nada, nadita, señora..... El pitusín tendrá un nombre y un padre: todo lo que necesita..... ¿Estamos?..... Pues á no enfunebrearse ni lloriquear más y á cuidar á la infeliz niña y á darla alientos y á no hacer bobadas.

El pitusín nació hermoso como un sueño de amor, y su presencia disipó las nebruras que ensombrecían aquel hogar desventurado.

Fernández llegó á sentir por el lindísimo *bebé* un apasionamiento inenarrable: el candal inmenso de ternura que atesoraba, y del cual no hizo gran gasto en su ajetreada vida, fué para Luisito, para «su hijo», como decía con cariñoso énfasis.

Antes entretenía las horas libres que le dejaba su penoso oficio de máquina parlante, rodando por los cafés en donde había tertulias de la gente de su cuerda, ó bien murmurando como una comadre en los corrillos de cómicos sin contrata de la calle de Sevilla; ahora, desde que el chiquitín iba haciéndose un hombrecito, no salía de casa sino para ir al teatro á los ensayos por la tarde: acabados éstos, regresaba presuroso á su domicilio para jugar con el pequeñín: el viejo hallábase en sus glorias contándole cuentos, sirviéndole de caballo, jugando al escondite ó tomándole de brazos para besarle, como se besa á un nieto.

Fernández cobraba por decenas en el teatro; estos días eran los más deliciosos para Luisín, que aguardaba á su «abelo» con febril impaciencia: el abuelo siempre venía cargado con un paquete de bombones, un caballito, una caja de soldados ó cualquier otro juguete.

La abuela y la madre llegaron á querer á Fernández como si realmente fuera el abuelo de su adorado Luis.

Radiante de gozo penetró Fernández en el escenario aquella tarde de Navidad.

Traía de la mano á Luisín, que, con los ojos muy abiertos por el asombro, miraba á uno y á otro lado, infundiéndole cierto terror los señores

cómicos, vestidos para representar una vistosa comedia de magia: no sin recelo, dejöse besnquear de las cómicas, y, siempre de la mano del abuelo, bajó inquieto y sorprendido al foso, y entró en la concha.

Curioso y azorado, sentóse el nene junto al apuntador, manifestando su rostro de ángel la honda emoción que le producía aquel novísimo mundo de la farsa escénica.

Era función de tarde, y el teatro estaba imponente, según afirmaba la característica.

Fernández abrió el ejemplar de la comedia que iba á ejecutarse, y empezó su cometido: el chiquitín seguía con suma atención el movimiento escénico, y nada presagiaba que acabase el primer acto de la manera deplorable que acabó, por causa de un juego de magia.

Como si surgiese del tablado, apareció en él por escotillón Lucifer, con unos cuernos y un rabo enormes, la cara tiznada; la aparición de la diabólica figura, la roja llamarada que precedió á su salida y el seco golpe de la campana china, de rigor en estas infernales presentaciones, infundieron á Luisín un terror pánico que se tradujo en un desgarrador chillido y en un llanto hiposo y continuado.

Fernández, azoradísimo, sin saber cómo acallar al chicuelo y cómo seguir apuntando á los que había en escena, removíase nervioso en su asiento, diciéndole en los apartes al pequeñín:

—¡Cállate, hermoso!..... ¡Rico, calla!..... ¡No te asustes!..... ¡Si no es nada!..... ¡Si es un diablo de mentirijillas!.....

—¡Abelo!..... ¡Vamos á casa!..... ¡Abelo, á casa! —repetía entre sollozos el pitusín.

Y el respetable público, al oír aquel llanto y aquellas voces infantiles, gritaba enfurecido:

—¡Fuera!..... ¡A la Inclusa!..... ¡Ese niño!.....

Con aquel vocear del público arrecebía el llanto de la criatura: su carita sonrosada iba adquiriendo ese característico color rojo escarlata, precursor de las congestiones: acrecía también el griterío de los del patio para que expulsaran al llorón: el Meístófeles, aturdido, sin saber qué hacerse, plantado en medio de la escena, parecía un pobre diablo; la dama enmudeció de repente, y todo se le volvía alzar los brazos hacia las bam-

balinas: el empresario, desde la primera caja de bastidores, manoteaba furioso y gruñía no sé cuantas barbaridades contra el hombre de la concha.

Fernández, loco, asustado con la cara del niño y con las consecuencias que tal tremolina podría ocasionarle, visto que no cedía el llanto ni con besos ni con palabras consoladoras, cerró el ejemplar de la comedia, y cogiendo en brazos á Luisín, abandonó el agnjero, salió al foso y trepó por la escalera que conducía al escenario.

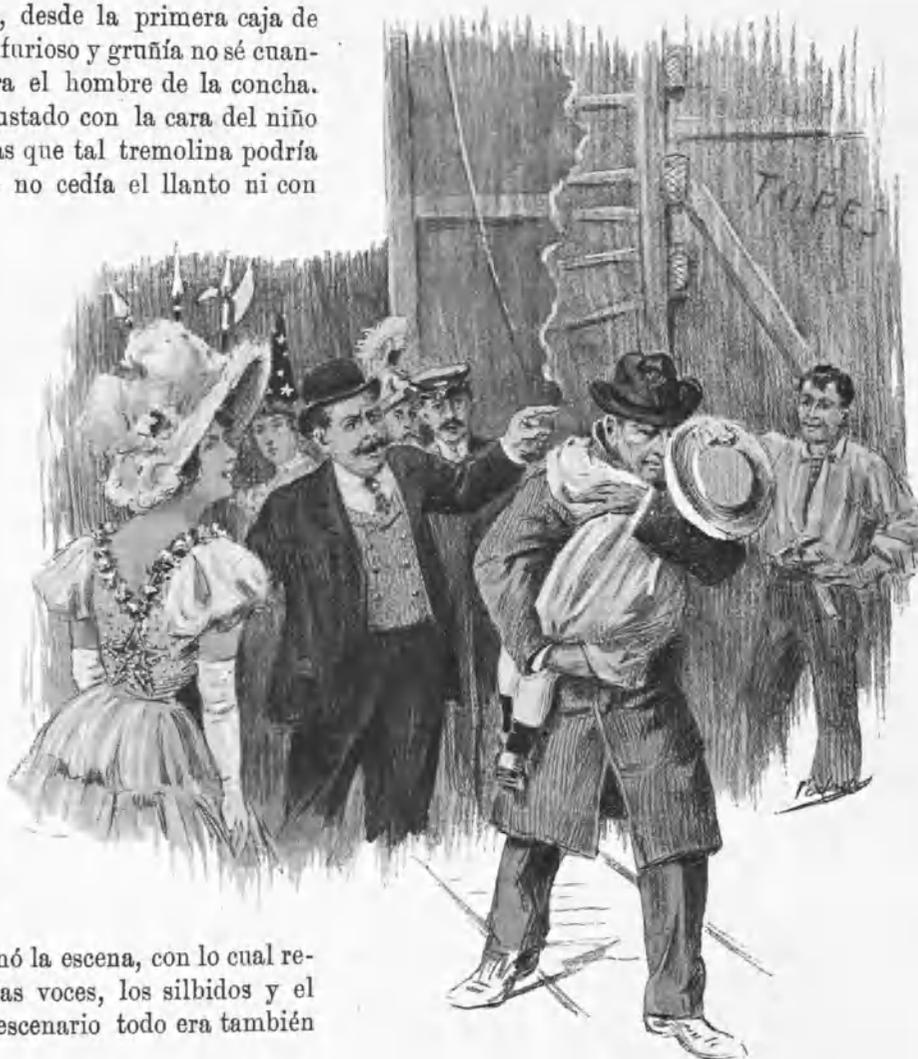
El público, sin percatarse de lo que ocurría, y malhumorado, arremetió contra el Lucifer y su dama, que parecían dos pasmarotes, obsequiándoles con un bastoneo formidable y los silbidos más estridentes. Mefistófeles, descompuesto, hecho una verdadera furia infernal, abandonó la escena, con lo cual redobláronse en la sala las voces, los silbidos y el bastoneo: dentro del escenario todo era también confusión y algazara.

Al aparecer en el escenario Fernández con Luisín en brazos, corrió á su encuentro el empresario, hecho un basilisco, y después de llamarle viejo chocho, le ordenó, rabioso y despiadado:

—¡A la calle ahora mismo, y no vuelva usted á poner más los pies en mi teatro!.....

Fernández no replicó: echó á correr por el pasillo y salió á la puerta del coliseo.

Ya era noche; noche de invierno fría y lluviosa.



Apretando contra su pecho á Luisín, y besándole, se dirigió á su domicilio, mientras le decía estas frases con acento inenarrable por lo amargo, lo triste y lo irónico:

—¡Temprano empieza á meterse contigo el implacable, hijito de mi alma!.....

ALEJANDRO LARRUBIERA.

**Soneto inédito de Federico Balart.**

La opinión

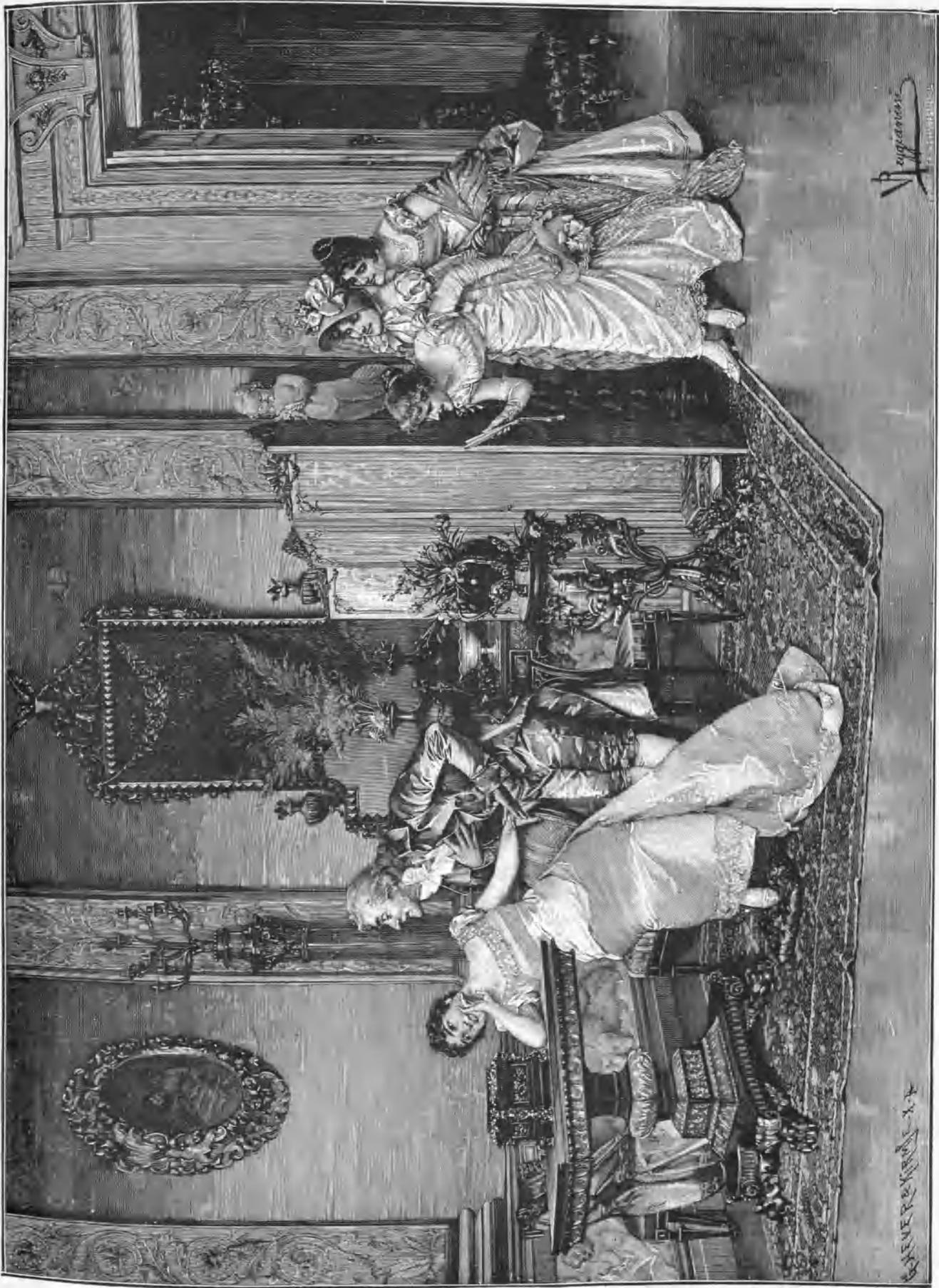
No fundes, no, tu gloria; oh Timoteo!  
En la opinión del vulgo, mal regida,  
Siempre, servil, al éxito atendida,  
Y al propósito nunca ni al deseo.

Ella dió á Otavio belico trofeo  
Y á Marco Antonio escarneció en la huida;  
Ella advió á Herón el parricida;  
Ella encerró por loco á Galileo.

Siñ que de vicio ni virtud se acuerde,  
Si vencedor, de laureos te engalana,  
Y, si vencido, pertinaz te acuerde.

Tal es, en suma, la justicia humana.  
Vida del hombre malo: juega, y pierde;  
Vida del hombre bueno: juega, y gana.

Federico Balart



EN EL GALLITO  
Cuadro de Leotard.



## Arturo I, Rey de España

### I.

No hay que buscar este nombre en los índices cronológicos de los monarcas españoles, no hay que buscarlo en las numerosas obras conocidas de historiadores y cronistas de nuestra nación, no hay que buscarlo en los documentos oficiales ni en las particulares memorias, de que hay noticias, referentes á la historia, mudanzas y vicisitudes de la Monarquía hispana, á los cambios de dinastía, á los empeños de los que, con más ó menos fundamento, se han creído con derecho á sentarse en el llamado trono de San Fernando, ó á los proyectos de los que, en distintas ocasiones, han pretendido disponer de la corona y cetro de España para entregarlos á un nuevo señor de su particular consideración y aprecio.

En esta categoría debe figurar, sin embargo, Arturo I, rey de España, que pudo tener el gusto de ver su nombre impreso en esta forma, y con ese dictado, aunque ni disfrutó de los honores y provechos de la realeza, que á veces no compensan sus riesgos ni disgustos, ni se acercó siquiera á las gradas del trono en que deseaban sentarlo, ni llegó á ver los «regios chirimbolos», según la chistosa frase de D. Juan Valera, con que sus improvisados y leales partidarios trataban de obséquiarlo.

A fines de 1620, en las postrimerías del reinado de Felipe III, hubo en Sevilla una conjuración extraña, de que las historias no han conservado memoria alguna, y de que apenas han quedado brevisimas é incompletas noticias en algunas

memorias y relaciones de sucesos particulares de la época.

En la «Memoria de las cosas notables que han sucedido en esta Santa Iglesia y ciudad de Sevilla, y de otras cosas antiguas: sacadas por el señor canónigo D. Juan de Loaysa del libro del Capataz.....», etc., al llegar al año de 1621, sólo se dedican las siguientes líneas, con el más extremado laconismo, á suceso tan importante:

«Lunes 7 de Marzo de 1621, ahorcaron á cuatro estudiantes, y degollaron otro, porque le querían hacer rey.»

Otro cronista particular de aquel tiempo, don Diego Ignacio de Góngora, ofrece algunos otros pormenores, aunque no muchos, para formar idea de la suma gravedad de la conjuración, si había de corresponder á ella lo terrible del castigo impuesto por los jueces inexorables.

«Enero. Justiciaron en la plaza de San Francisco, en la horca, seis mozos como de veintidós años, hijos de vecinos honrados, y degollaron otro como de diez y ocho, caballero de Córdoba, que fueron presos el día de San Sebastián, encausados y sentenciados por decir, con otros que huyeron, que estaban conjurados para levantar á uno por Rey. Era Asistente el Conde de Peñaranda. Fué caso lastimoso. Dicen que se recurrió al rey don Felipe III, que dió el perdón pero llegó tarde.

»Este hecho lo referían así mis padres y mayores que lo vieron; y decían que había causado mucha lástima y compasión en Sevilla, porque la poca edad de los suplicados, daba prueba manifiesta del ningún fundamento y substancia del delito y de la acusación. Atribuyeron á rigor y

suma celeridad del Asistente la ejecución del castigo; mas como era materia tan grave de suyo y á las voces que corrían se debía dar cumplida satisfacción para escarmiento y ejemplo, su señoría no perdonó diligencia, ni admitió término dilatándola. Se dijo que el padre de uno de ellos, que era muy rico, ofreció sumas considerables de dinero por el perdón del hijo. En fin, la ejecución fué espectáculo que acongojó el ánimo de los que la vieron.»

No tuvieron suerte tan desdichada Arturo I y sus resueltos partidarios, cuyo recuerdo me ha traído á la memoria ese otro, por hallarse las noticias de entrambos en papeles sevillanos, aunque de épocas muy distintas.

De aquel infeliz estudiante á quien sus compañeros trataban de hacer rey, en conjuración á que, á pesar del brutal precipitado celo monárquico del señor Asistente, tenía todas las trazas de una broma estudiantil, ni aun el nombre ha quedado para figurar en las listas de los malaventurados Icaros de la grandeza, ó de las desdichadas víctimas de la política.

Cierto es que las condiciones de unos y de otros eran tan diferentes como las circunstancias y los tiempos.

## II.

Durante la famosa guerra de la Independencia española, esta nación, digna siempre de suerte mejor que la que ha tenido hasta ahora, se encontró nada menos que con tres reyes, una Regencia y unas Cortes soberanas.

Fernando VII, elevado al trono por la forzada abdicación de su padre, aunque prisionero de Napoleón, quien le había obligado á abdicar en él de igual modo, tenía por Rey de España, y contaba en la nación con numerosos y ciegos partidarios que lo apodaban *el Deseado*.

Carlos IV, enojado con su hijo por la violencia de la abdicación, que consideraba un despojo, aunque igualmente prisionero en Bayona y constreñido á nueva abdicación, no dejaba de considerarse el único legítimo soberano español, y también te-

nía partidarios fieles, aunque poco numerosos, entre sus viejos súbditos y leales servidores.

José I, mal sostenido por las bayonetas francesas y apoyado por escaso número de españoles, aunque, á decir verdad, entre éstos se encontraba gran parte de lo más ilustrado del país, veía á cada instante vacilar el trono en que su hermano le había colocado é iba y venía, aturdido y desorientado, desde que, conociendo el resultado de la batalla de Bailén, tuvo que repetir la primera parte de la famosa frase de Francisco I, sin la atenuante de la segunda.

Las Cortes liberales de Cádiz, con la Regencia por ellas nombrada, eran el único poder verdadero que en España existía para gobernar la nación y para sostener la guerra contra las formidables huestes del color que hasta entonces se tenía por omnipotente é invencible. Las Cortes contaban para ello con el valor, el patriotismo y la decisión de los españoles dispuestos á resistir hasta la muerte y con el auxilio de los ingleses, que al mando del célebre lord Wellington, habían venido á Portugal y entrado después en España.

No hay necesidad de recordar los éxitos del general inglés, ni es preciso traer á la memoria sucesos harto conocidos y mencionados.

Los españoles, que algunos años antes abominaban y maldecían á los ingleses, sus enemigos y vencedores, reciente aún la derrota de Trafalgar, los bendecían y aclamaban entonces como libertadores y amigos al venir á la península para combatir á los franceses, que poco antes, aliados y amigos, se habían convertido en contrarios é invasores.

¡Extrañas mudanzas, veleidades y transformaciones!

Un historiador sevillano, D. Joaquín González, describe así la primera entrada en Sevilla de lord Wellington:

«El 11 de Agosto entró en Sevilla sir Arturo Wellesley, con objeto de acordar, con la Junta suprema, los medios de oponerse á la marcha del mariscal Soult hacia la baja Andalucía y tratar de las graves cuestiones que se agitaban en aquellos días. Hízole el pueblo un recibimiento entusiasta, hasta el punto de desenganchar las mulas de su coche y arrastrarlo con cordones de seda

desde el convento de San Diego, extramuros de la ciudad, hasta la casa de los Ponce de León y Vicentelo de Leex, en la plaza del antiguo Colegio y Universidad de Santa María de Jesús, que se le había destinado para su morada.»

Sabido es que ese entusiasmo no fué sólo del pueblo. Las Cortes gaditanas colmaron de elogios, honores y beneficios al valeroso lord. Sabido es que en 30 de Enero de 1812 le concedieron el título de Duque de Ciudad-Rodrigo con grandeza de España de primera clase para él y sus sucesores; en 11 de Abril del mismo año la gran cruz de San Fernando, con las mayores distinciones y sin las formalidades prescritas; en 7 de Agosto el Toisón de Oro, y en 22 de Septiembre el nombramiento de general en jefe de todas las tropas españolas de la península, de lo que protestó el general Ballesteros, que fué por ello destituido de los cargos que desempeñaba y trasladado á Ceuta.

Sabido es que en 12 de Julio de 1813 le adjudicaron para él y sus herederos el sitio y posesión Real conocido en la Vega de Granada por *el Soto de Roma*, con inclusión del terreno llamado de «las Chanchinas», y, por fin, que ya antes se había autorizado la colocación de su busto en la plaza Mayor de Salamanca, pensándose en la erección de otros más importantes monumentos.

### III.

Lo que quizás no sea tan sabido es que por algunos se pensara en colocar en el trono español á lord Wellington, y esta noticia la da en los siguientes términos la *Gaceta Diaria de Londres*, que se publicaba en Sevilla, en su número 5.º, correspondiente al viernes 24 de Septiembre de 1813:

«En el periódico de Dublín titulado *Evening-Post*, se ha publicado el siguiente artículo:

#### «Arturo I, rey de España.

»Sabemos por cartas particulares de España que la popularidad de lord Wellington entre los españoles llega hasta el entusiasmo. Comienza á prevalecer la opinión de que sería interés de la España, de la Gran Bretaña y de Europa el dar á

su señoría la corona de aquel país. Regularmente sería condición el que lord Wellington se hiciese católico, propuesta á que es muy probable accediese su Señoría. Dícese, y se cree, que algunos Grandes de España y caudillos han diputado á Castaños, que es un amigo particular de lord Wellington, para explorar á su señoría sobre esta materia. Castaños hizo caer con mucha delicadeza la conversación sobre el punto, preguntando á su señoría cuál era su opinión sobre la conducta de Bernadotte en haber mudado su religión por la corona de Suecia.—Su señoría respondió que un deber para con una nación era, á su parecer, supremo sobre cualquier otra cosa, y que no era sino una aquiescencia razonable en todo hombre el adoptar la religión de un pueblo, con tal que fuera la religión cristiana, cuando el pueblo le llamaba de la vida privada para ponerle á él y á los descendientes en un trono.

»(*El ciudadano por la Constitución.*)»

No creo que se volviera á hablar de semejante proyecto.

Al año siguiente lord Wellington llegó en triunfo á Madrid, donde quiso ser retratado por el insigne Goya, que había adquirido justa fama por sus retratos admirables y había hecho los de Carlos IV y toda su familia, el de José I y los de casi todas las personas notables de su época.

No conocía el General ilustre el carácter vehementemente del famoso artista, y en una de las sesiones se permitió hacer una observación poco halagüeña referente al retrato que le estaba haciendo. Al oírle Goya cogió una espada, y arrojóse con tal furia sobre el lord, que á no haber separado el arma con rapidez grandísima otra persona que los acompañaba, allí acaba la brillante historia del general inglés. Después hubo francas y afectuosas explicaciones, y fué motivo de risa un arrebato que pudo ser causa de luto.

Si en lo referido por la *Gaceta Diaria de Londres en Sevilla*, periódico absolutista poco afecto á lord Wellington, no había algo de lo que ahora llaman algunos «entrapelia», el gran pintor aragonés bien puede figurar como autor de un «frustrado regicidio» en la persona de un «rey frustrado».

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.



CONTEMPLANDO A UN AMIGO

Cuadro de Leotard.



## I.

Al cumplir los cuarenta y cinco la Condesita de Loreda, conservaba, ya que no llama viva, rescollo de juventud levemente encenizado; aun eran chisperos sus ojos bajo las curvas pestañas; aun tenían húmeda rojez los labios y fresca tersura el cutis pálido, y negror reluciente el cabello, invariablemente recogido en dos airosas bandas; aun era grácil el talle y gentiles los movimientos y gallardo el paso, siempre firme, con firmeza de señorío. Digámoslo pronto: la Condesita aun era hermosa y atraía miradas ardientes, tanto más que su vindez era señuelo de galanes enamoradizos, aunque ninguno pasara del mirar tierno ó del discreteo malicioso, porque dar un paso hacia delante salía al encuentro, atemorizándolos, la fama de la Condesa. Y esto sí que debemos decirlo pronto: su fama era de mujer pródiga, derrochadora de haciendas; entre sus blancas manos el caudal más abundante se desgranaba, el tesoro más pingüe fluía en copiosos chorros; sus bolsones eran cedazos, sus arcas cribas. Decíase que tres veces había pasado ya por la opulencia y otras tres por la indigencia, sin que tales mudanzas de la suerte le hubiesen servido en tiempos prósperos para esquivar los adversos, mediante el razonable empleo de la contabilidad, de la administración y de la economía.

Y ello es que la Condesita se distinguió en todas las cosas de la vida por la madurez de su juicio prudente y sereno; sólo en tocando á los números parecía liquidarse su inteligencia; la suma elemental de dos guarismos era operación suficiente para erizarle los nervios y producirle la turbación del mareo; preguntar en una tienda el coste de cualquier cosa dábale asqueo de acción plebeya; una dama de su linaje pide y paga, sin tantear antes el precio. Total: que en la preciosa cabeza de la Condesita faltaba la casilla de la aritmética. Por eso á cada uno de los tres estados de su vida correspondió con puntualidad la disipación de una hacienda: en tiempos de soltería aventó las onzas carolinas que el padrino, un hermano de su madre, iba sacando de sus arcones viejos para regalo de la bella sobrinita; durante su matrimonio tocó el turno á la paterna herencia, que, con ser sólida y firme, se desmoronó á pedazos, sin que nadie, ni su marido mismo, pudiera contener el derroche; y, finalmente, al encontrarse viuda fué para ella cosa de pocos años malbaratar las riquezas que, por amor ó por lástima le dejó el difunto. Ya eran las fincas abrumadas bajo la triple cargazón de las hipotecas; ya eran los nobles retratos y las cinceladas armas y los tapices flamencos que salían á hurtadillas del señorial palacio en brazos de chamarileros; ya eran las macizas joyas; ya, en fin, la misma rica veta del caudal copioso....

Eso sí, todos estos tesoros se desmoronaban con pompa y ruido; no eran caudales mansos deslizándose hondos; eran más bien cataratas, que al despeñarse levantan estrépito y difunden en la atmósfera polvo áureo. Así en la crónica de los salones el nombre de la Condesita parecía rebrillar con nimbo esplendoroso; las fiestas en su palacio, las jiras en su soto de *la Olmeda*, cercano á la corte, las comidas semanales, en las que le placía sentar á su mesa más que á damas linajudas á varones cuyos nombres resuenan gloriosos..... Todos sus despilfarros, sus caprichos de pródiga, tenían el estruendo de la opulencia, esa suntuosidad derrochadora que las mismas crónicas históricas, tan circunspectas y graves, recogen de las crónicas mundanas para dar color al cuadro de una época. Al fin y al cabo, en aquellos salones del palacio de la Condesa, en aquellas umbrías del soto de *la Olmeda*, se tejieron hilos de la historia entre rumorillos gárrulos.

II.

Corrían para la dama días de poquedad azarosa; y aquella vez sin esperanza de herencia ni de donde resurgiese nuevamente el tesoro. No había ya para la de Loreda adónde volver los ojos; fué llamando uno por uno á sus administradores: quería exprimir la última gota, pero todos iban respondiendo del mismo modo: el caudal estaba extinto, secas las fuentes de rendimientos; ya ni un palmo de tierra sin hipoteca, ni siquiera una finca libre en que buscar refugio. Muy claro se advertía en todos ellos la venalidad astuta, el lucro artero, realizados al amparo de la disipación alocada, pero el latrocinio de los administradores sólo servía para aumentar la desesperación de la administrada.

Hasta llegó á darse el caso de uno de ellos que ni quiso obedecer al llamamiento de la señora; era el más bribón, el más ladino, el más audaz en sus tropelías de administrador redomado. Contestó á la llamada como contestaba siempre: evadiéndose con cuatro líneas de refinada astucia; eran sus epístolas tan socarronas en la intención como torcidas en la escritura, tan tuertas en las razones

como en los trazos. Parecía que al deshacer los resobados dobleces del plieguecillo untoso y amarillento, trascendía del papel tufillo rufianesco. A la Condesa le daba asco poner los dedos ni la mirada en aquellas villanas cartas, trasunto de un hombre avieso, de un espíritu sórdido.

Esta vez, sin embargo, pudo más en la Condesa el enojo por la desobediencia, ó lo que es más probable, el extremo de su penuria, que aquella impresión de náusea hacia el hombre ruín, para ella desconocido, que trazaba tales cartas; y una mañana, en compañía de la servidora única que á su lado afrontó la adversidad lealmente, metióse humilde en un tren mixto, y marchó tal vez ¡ay! con una tibia esperanza de arrancar entre las garras de aquel hombre un pedazo de tierra ó un puñado de dinero. ¡Aquella tierra, siempre yerma, siempre bajo la triste escasez del mal año! ¡Aquel dinero siempre pedido, siempre con cicateras mañas esquivado!

III.

La estación de Pedralba es de esas en las que para el tren, al parecer por gusto de pararse y tomar resuello; en ella no se oye nunca más movimiento que el del azacanedo jefe que va y viene. La llegada de una Condesa con su sirviente, dejando sobre el andén maletas de fino cuero, era lo más inusitado.

Salió al encuentro de las mujeres un viejo de áspera barba, de mirada dura, de paso tardo y mesurado, de hablar lento y algo bronco, de limpia vestimenta, con aludo chambergo, con polaina de cordobán y espuelas vaqueras. Todo revelaba en aquel hombre temple rudo y braveza fosca; era D. Victorio, el administrador de la casa de Loreda en Pedralba. Verle la Condesa y relacionar aquel rostro con las aviesas cartas, fué todo uno; desde el primer momento dió por perdido el viaje, como que ella, la mujer resuelta y animosa, sentíase acobardada ante aquel hombre, cuya vejez no había endulzado la fiereza del ceño, ni aplacó el impetuoso mirar de sus ojillos azules.

En un coche cómodo y limpio, tirado por dos mulas lucías, se acomodaron Condesa y servidora,

por indicación de D. Victorio, el cual fué, como postillón, cabalgando detrás de ellas en una yegua blanca de larga cola. Anduvieron primero por un camino polvoriento, á través de tierras áridas; pero después se emboscaron en un robledal tupido y lleno de pájaros. Era tan fresco, era tan delicioso el bosque, que la de Loreda sacó la cabeza por la ventanilla del coche para preguntar al de la yegua blanca de quién era aquello; pero el de la yegua iba tan zaguero, que la Condesita no pudo preguntar nada. Y salieron del bosque para zigzaguar por unas lomas tan pobladas de viñedos, que era un regodeo cruzar á través de tan pampanosas cepas. La Condesita volvió á sacar la cabeza, con la pregunta de antes entre los labios; pero el de la yegua blanca iba también, como antes, zaguero.

Llegaron así á la casa solariega, en cuyos umbrales esperaba, grave y altiva, la esposa de don Victorio, imponente dama, de rostro tan erizado y mirada tan áspera como su marido. Sin hablar apenas, condujo á la señora á un salón amplio y limpio, con muebles de señorial rancidez, que pregonaban con su bruído el cotidiano esmero. Y es el caso que en todas las estancias que vió la de Loreda observó lo mismo; su admiración era grande; aun era mayor la ira que por los ojos desbordaba tan impetuosa, que en cuanto apareció el administrador ante ella, sin esperar á más explicaciones, con voz enronquecida por la cólera, con las manos crispadas por la violencia de la acometida, le asaeteó á reconvenções, que salían de su boca con restallido de insulto.

—Había llegado el día terrible de la justicia. El instante de rendir estrechas cuentas. ¡Pues qué! ¿habían pensado reírse de ella? Yo, ya sé que sobre esta casa debe pesar alguna hipoteca; ya sé que la tierra de olivar se vendió á pacto de retro y habrá caducado; ya sé que las dehesas deben pastos por diez años. Sí, señor; bueno está todo esto; pero de ahí en adelante vengan cuentas, señor don Victorio, ahora mismo. ¡Cuentas, cuentas!

Don Victorio, en pie delante de la señora, mirando con ojos astutos, contraído el rostro por sonrisa ladina, ni pestañeó ante la fiera del ama; aguardó el final, y entonces abrió un arcón de rica

talla, buceó en él con los brazos, sacó un rollo de papeles, y, desdoblándolos sobre la mesa, sin gastar palabras, sólo con un ademán altivo, le indicó á la Condesa que los viera.

—Nada de papelotes—dijo la dama.—¡Cuentas, don Victorio, cuentas!

—¡Pues á cuentas!—respondió con su voz ronca el administrador de Pedralba.—¡Vamos á cuentas!

Acercándose al papelorio tendido sobre la mesa y desdoblando de aquí y de allá diferentes documentos, comenzó con reposo las cuentas. La de Loreda oíale atónita; lo que aquel hombre decía costaba trabajo creerlo: aparecían canceladas todas las hipotecas, y libres de cargas las dehesas y rescatado lo que ella creía entre las garras de la retroventa; todo limpio, todo exento, y, para mayor asombro, todo en producción sana, fecunda, opulenta. Aquello había sido obra tenaz de entereza. La dama miraba confusa á D. Victorio, y éste, sin perder el garbo de varonil mesura, ni la braveza de la mirada, terminó diciendo:

—Estas son mis cuentas; llegó el terrible día de la justicia, el que esperé tozudo durante veinte años. ¡Había de llegar! Estaba seguro de que llegaría; conforme se desmoronaba el candal de la casa de Loreda, yo me decía: «Va llegando, ya va llegando.»..... ¡Y llegó!..... Defendí las tierras palmo á palmo, y las rentas las defendí céntimo á céntimo; ahora lo confieso todo: fui cruel, fui artero, fui un administrador desobediente..... ¡Señora Condesa, aquí tiene usted un refugio campesino para vivir en paz y holgadamente! Esta es la casa que todos los días se limpiaba como si fuese á entrar en ella mi señora la Condesa; desde aquí — y señalaba al balcón de amplio vuelo — se otean las viñas, los olivares, la dehesa, el robledal por donde vino la señora.....; aquí está todo esperando el ama que ha de vivirlo y gozarlo....., y aquí estamos nosotros para servirla.

Quien hubiese entrado en aquel momento y hubiese visto el cuadro que se desarrollaba en aquella sala, no lo hubiera creído: la Condesa de Loreda, arrodillada á los pies del administrador venal, artero y astuto, lloraba de emoción, lloraba de agradecimiento.

FRANCISCO ACERBAL.



## Los ojos de Bebé.

¿De qué color son Bebé?  
Lo confieso con sonrojos,  
Mas nunca lo averigüé.  
Te juro que yo no sé  
De qué color son tus ojos.

Y paso enormes apuros  
Aunque tú no lo calcules;  
Sé que son grandes y puros,  
Pero ¿son claros ú oscuros,  
Negros, ó garzos, ó azules?

¿Es, tal vez, que sus destellos  
Me ciegan con sus fulgores,  
Ó es que—por eso son bellos—  
Como está el iris en ellos  
Tienen todos los colores?

No son verdes. Apostar  
Puedes por ello y no pierdes;  
Mas se me ocurre pensar,  
Si tus ojos no son verdes  
¿Por qué recuerdan al mar?

Ni azules. Fuera ilusión  
Llamar azul á su velo  
De extraña coloración;  
Pero si azules no son  
¿Cómo parecen de cielo?

Que no son claros diría  
Quien les buscase reparos,  
Y ése mintiera, á fe mía,  
¿Pudieran no siendo claros  
Vencer en fulgor al día?

Mas tampoco, ciertamente,  
Es todo en ellos luz pura,  
Porque se frunce tu frente  
Y el enojo de repente  
Les da sombras y negrura.

¿Qué hay en tus ojos, Bebé?  
¿Cuál es su color? ¿Qué expresan  
Que jamás lo descifré?  
Dímelo. Yo sólo sé  
Que hablan, que arrullan, que besan;

Que hay en tu limpia mirada  
Promesas que tu alma ignora,  
Misterios de flor cerrada,  
Resplandores de alborada  
Y claridades de aurora;

Algo de un amanecer  
Que dora la ancha campiña;  
Luz de un sol que va á nacer...  
Y es que á tus ojos de niña  
Ya se asoma la mujer.

Tu mirada luminosa  
Dice que en plazo cercano,  
Con alas de oro y de rosa,  
De la cárcel del gusano  
Surgirá la mariposa;

Y en sus claras transparencias  
Con que encantas y acaricias  
Juntas iras y clemencias,  
Celestiales inocencias  
Y prematuras malicias;

Pureza que Dios formó,  
Pasión que apuntar se ve,  
Luz y sombra... ¡qué sé yo!  
El ángel que aun no se fué,  
La mujer que aun no llegó...

El pudor con su recelo,  
De amor la futura guerra,  
De vida y goce el anhelo;  
Lo más hermoso del cielo,  
Lo más dulce de la tierra...

No crezcas más, niña mía;  
No pierdas nunca la fe,  
La esperanza, la alegría...  
No empieces á ser «María»,  
No dejes de ser «Bebé».

De tus ojos virginales  
Conserva limpio el encanto:  
Lluvia son penas y males  
En el mundo... y lluvia ó llanto,  
Todo empaña los cristales.

Guarda los tuyos ilesos  
Y en tus divinas miradas  
Ten siempre juntos y presos  
Inocencias, carcajadas,  
Auroras, trinos y besos.

Que no manchen su limpieza  
Negras nubes de afición,  
Ni profanen su pureza

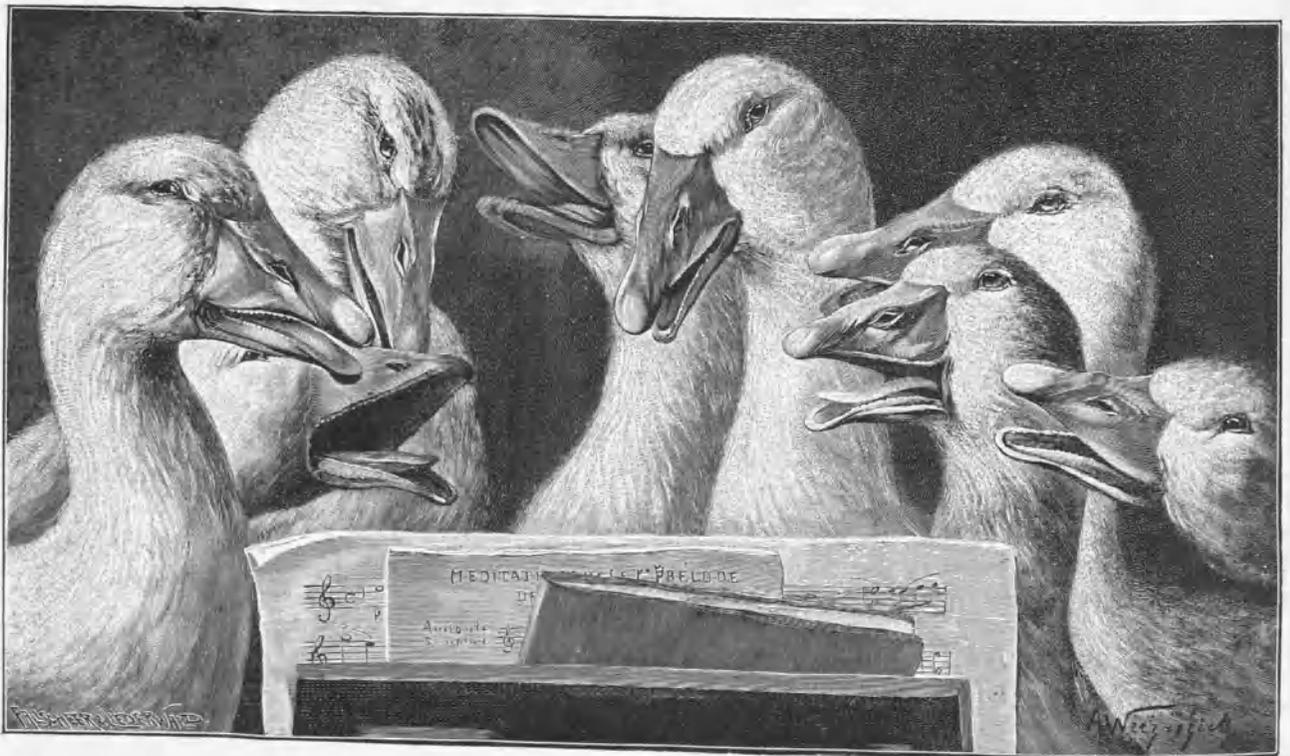
Relámpagos de pasión  
Y lágrimas de tristeza...

Campos alegres y amenos  
Bríndenles goces y halagos,  
Que miren, de flores llenos,  
Siempre serenos, serenos,  
Como el cristal de los lagos...

No crezcas, por Dios; procura  
Evitar penas y enojos;  
Mira que fuera locura  
Comprometer la hermosura  
De esos dulcísimos ojos.

Y pues que de ellos te hablé,  
Conmigo no disimules,  
Dímelo, que no lo sé:  
¿De qué color son, Bebé?  
¿Son verdes, garzos ó azules...?

JUAN ANTONIO CAVESTANY.



CUERPO DE COROS

Cuadro de Weczerzid.



UN BAUTIZO  
Cuadro de V. Paredes.



# GANAR ENEMIGOS

**E**XISTEN naturalezas amorosas, congéneres de aquella del *Cándido* de Voltaire, las cuales no odian sino una cosa, el odio ajeno. Pretenden vivir en atmósfera imperturbable de amor, de paz y de bienaventuranza. Temen á la enemistad más que á sus pecados, y, poniendo todo su arte en ganar amigos, dicen que es bueno tenerlos hasta en el infierno; que no hay enemigo pequeño, y que mejor se caza con miel que con hiel. Han nacido para el sufrimiento, al cual van derechamente, porque aunque ellos sean amantes de todos, todos no son amantes de ellos, y en el des-cuento de esta diferencia suelen salir perdiendo. Aun así, con algo de resignación y un buen genio para soportar la ingratitude y los desengaños, aquella inclinación al amor universal puede ser conveniente regla de vida, dentro del hogar y la familia, ó en lo externo del trato social, para quien busque la quietud del espíritu y las comodidades de la materia.

Pero ya va desapareciendo la vida privada: lo patriarcal es demasiado antiguo. En el moderno régimen de publicidad de las relaciones sociales, sólo la mitad de nuestra vida es nuestra; la otra mitad pertenece á los demás. Hoy casi todo es vida pública. Lo es por naturaleza la política; lo es la literatura, lo es la ciencia, lo es el arte, hasta la industria, el comercio y la fortuna.

No hay persona que sobresalga, bien que no tenga más mérito que el de tocarle la lotería, sin que los periódicos, arrancándola de la plácida obscuridad, la expongan á la luz pública en retratos y biografías.

Y en este caso, cuando se entra en el torrente de la circulación, ya no es tan cómoda la amistad

general. Entonces, aunque esto parezca paradoja, conviene ganar enemigos.

Quien mire á la comodidad de su conciencia, vive mejor y más anchamente entre las iras ajenas, que entre los halagos y dulcedumbre del trato.

Las delicias de Capua afeminaron y reblandecieron á las legiones romanas, incapacitándolas para la victoria. Y de igual manera, los afectos blandos, que enternecen el corazón, doblan á la vez la conciencia, inhabilitándola para la justicia.

La amistad íntima es tacha y motivo de recusación para el juez y para los testigos; porque la amistad es una coacción, coacción noble, pero opresora de la libertad humana.

Los hombres hoscos, huraños, misántropos, suelen ser justos.

Todos los días estamos viendo cómo llegan á la vida pública, en cualquiera de sus caminos y derivaciones, sea la política, sea la literatura, sea la crítica literaria ó política, hombres vírgenes, puros de conciencia, llenos de buenas intenciones, enamorados, fanáticos de la justicia, y resueltos á ejercerla cueste lo que cueste y caiga quien caiga. Es la justicia de Enero, que pasa quizá antes del mes.

Vienen del fondo de su valle aislado, de lo alto de su montaña brava, de la soledad de su pueblo desconocido. Traen los bríos campestres, la nativa inclinación al bien obrar, el concepto del derecho natural, aquel que la Naturaleza, según el texto de las escnelas, enseñó á todo ser animal. No tienen afectos sino los de la familia que dejan en su lejano hogar; no tienen compromisos más que consigo mismos; sus fueros son sus bríos; sus pragmáticas su voluntad.

Su primera salida es gallarda: se parece á la de

Don Quijote cuando se arma caballero para desfac-  
cer agravios y enderezar tuertos y sinrazones.

Pero su misma gallardía les da notoriedad, y su notoriedad les introduce en el círculo de las gentes del oficio, sea político, ó literario ó social. Hacen su primera amistad: con ella hacen su perdición. El amigo gana su afecto; ya está ganada la conciencia. El amigo otorga favores; ya está hipotecada la libertad. ¿Con qué corazón se le ataca, ó con qué ingratitud se le corresponde?

Se le indulta, se le excluye; un amigo inmune puede soportarse; queda campo á la justicia en los demás. Pero el amigo trae otro amigo; el segundo trae un tercero, y así va eslabonándose la cadena en que el ogro vivirá cautivo para siempre. Van apagándose los fuegos, dulcificándose la acidez, domesticándose la fiera.

Quiere el batallador Quijote esgrimir la pluma, espada visible de su espíritu justiciero. ¿Contra quién? Por todas partes encuentra el escudo impenetrable de la amistad, compañera tal vez en las amarguras.

Y entonces suaviza la censura, busca rodeos, hace salvedades, atenúa unas veces, calla cuando no puede atennar, se excede en el elogio, cuando halla ocasión para compensar así el agravio anterior, y al cabo llega á la alabanza inmerecida, y pierde la autoridad con la pasión, la justicia por la gracia, y la conciencia por el afecto. Y, como los enamorados, reniega del amor que le aflige, y no vive sin la mujer que le enamora.

¡Cuántas veces y con cuántos remordimientos recuerda la feliz soledad de su montaña, de su valle ó de su pueblo! Cuando desde allí, á distancia y sin ver ni conocer á los hombres más que por sus obras, los juzgaba con el corazón libre y los insultaba á boca llena de verdades.

La crítica debe ser como la artillería moderna, que funciona á muchos kilómetros del enemigo, sin que el soldado alcance á ver dónde cae, ni á quién hiere el proyectil. La conciencia y la humanidad padecen menos cuando no tienen presentes á las víctimas.

Hay estados y profesiones en que el hombre debe poner su arte en ganar enemigos. Si es censor tiene así la acción más suelta y desembarazada de todo linaje de consideraciones. ¿Caerá

en injusticia por el opuesto lado de la enemistad?

Siendo hombre de verdadera conciencia, hará justicia hasta á sus adversarios. Y para los corazones rectos es más fácil ser justos con el enemigo que con el amigo, porque para faltar á la justicia, con ésta siempre se halla el descargo de un noble sentimiento, y faltando á la justicia con el enemigo, se carga con el doble peso de la injusticia que se hace, y del odio que la dicta.

Y, si en vez de censores, somos parte actora en la vida, ¡cuántas comodidades y qué resignada tranquilidad nos deparan los enemigos!

Como no esperamos nada bueno de ellos, nos ahorran los desengaños, acibar del alma, y como esperamos todo lo malo, nos evitan la sorpresa, asalto del espíritu. Su censura no nos mortifica porque la creemos apasionada, y en cambio su alabanza, por regateada que sea, crece á nuestros ojos y nos satisface y nos llena como triunfo envaneecedor; nos hemos impuesto á viva fuerza. Si el enemigo calla, hasta su silencio es elogio cierto, mientras el silencio del amigo es censura discreta; porque ¡cuánto mordería el uno si le diéramos en qué morder, y cuánto mal no encontrará el otro para obligarlo á callar!

De esta suerte, el enemigo es guía seguro de nuestros pasos, medida de nuestro valer, y á veces estímulo para acrecentarlo. Y, por el contrario, el amigo nos descamina con su amor ciego, y nos desvanece con su lisonja, aun siendo dicha con las intenciones más puras y santas.

¡Ah, espíritus acres que imagináis amargar la vida de vuestros aborrecidos! ¡no sabéis que el veneno es también una medicina, y los amargos un tónico! ¡Cuánto bien hacéis sin quererlo! ¡Cuántas justicias sin pensarlo! ¡Cuántos placeres dais sin desearlos! ¡Cuánto sosiego á la conciencia sin saberlo!

Sois convenientes, sois necesarios. Y el hombre que se viere en trance de tener solamente amigos ó solamente enemigos, debería escoger los enemigos que le obliguen á la rectitud, al recelo y á la defensa.

La conciencia del hombre y la castidad de la mujer peligran más entre los abrazos que entre las bofetadas.

EUGENIO SELLÉS.



LOS MEJORES AMIGOS

Cuadro de Czech.



## EN EL TRONO

**P**ARA el alma cándida de las mujeres de aquel tiempo, la revolución francesa había dejado impresas en su imaginación dos leyendas paralelas; bajo la tiranía sangrienta de la Convención, el suplicio de María Antonieta; bajo la tiranía militar de Napoleón Bonaparte, que al fin y al cabo era revolución también, el cantiverio inhumano de Fernando VII de España en Valençay. Y aquella niña, de apenas diez y seis años, venida de Dresde á ocupar el tálamo, ya por dos veces desierto, de este último Monarca después de su restauración, había traído á Madrid desde el corazón de Alemania, la admiración poética hacia una tan gran víctima del despotismo, que tuvo por largo tiempo amedrentada á Europa, y de quien ella venía á ser enamorada esposa, y el odio inextinguible á aquel espíritu trastornador de reformas violentas que arrojaba á Dios de los altares y á los príncipes de sus solios, y que llevaba al patíbulo la hermosura y la debilidad de la mujer en París, ó dictaba la opresión de las cadenas contra la juventud y la inocencia en Bayona. Tal era María Josefa Amalia de Sajonia cuando, en 1819, vino á España á compartir los esplendores del Trono, y las amarguras del desacato sistemático y de la irreverente opresión, con el rey Fernando VII, que en pocos meses había perdido á su primer hija recién nacida, á la segunda de las hermosas mujeres que elevó al trono en el tálamo Real y á sus ancianos padres, consumidos en su largo destierro de Roma.

Aquellos prejuicios de la joven reina sobre la revolución, confirmados con penosísimas pruebas personales á los tres meses de ceñida la corona y sufridos durante tres años de continuados suplicios, que debían haberle parecido una eterni-

dad, no solamente constituyen la clave de la conducta de los príncipes que se sentaban en el trono de España, durante todo el tiempo que duró aquella existencia tan contrastada, sino que forma el testimonio de la influencia que en el ánimo del Rey ejerció asiduamente la excelsa señora en quien Fernando había trocado el cariño conyugal en verdadera idolatría.

Siempre constituirá un estudio digno de consideración el del influjo que en sus cuatro respectivos matrimonios ejercieron sobre el espíritu y la conducta de los reyes españoles Felipe II de Austria, y Fernando VII de Borbón, las ocho mujeres, cuatro para cada uno, que compartieron con ellos los honores de la Soberanía. De Felipe II se sabe que todas sus cuatro mujeres, María de Portugal, María de Inglaterra, Isabel de Francia y Ana de Austria, estuvieron á puja y á cuál más, enteramente enamoradas de este Príncipe. De Fernando VII se sabe también que él á su vez lo estuvo con la misma vehemencia de las cuatro princesas, con quienes desde Príncipe de Asturias compartió su lecho: María Antonia de Nápoles, Isabel de Branganza, María Josefa Amalia de Sajonia y María Cristina, de Nápoles también.

En sus sucesivos cuatro matrimonios, Felipe II, cuyo carácter personal é histórico es tan conocido, su influjo sobre sus cuatro mujeres fué tal, que ellas le hubieran ayudado, más que consentido, á la realización de los planes que, en su mente de gran político, le hizo concebir cada uno de aquellos enlaces. María de Portugal habría dado gustosa la vida por haber contribuído á engrandecer la corona Real de su marido con la incorporación de Portugal á la de España, como en su augusta bis-

abuela, Isabel la Católica, se habían incorporado Aragón y Castilla. María Tudor soñaba con él en la íntima y permanente unión de España y de Inglaterra, lo que equivalía al dominio universal y despótico del planeta. Isabel de Valois, trocando su apellido de estirpe por el simbólico de la Paz, que tomó, no pensaba en otra cosa que en la sumisión total de Francia á España, como término definitivo de las largas rivalidades de la historia. Ana de Austria, en fin, volvió á despertar en la corte de Madrid, como en tiempos de Carlos V en sus ejércitos, la triple idea de la conquista de Tierra Santa, de la dominación del África por España y del Imperio universal. En estos cuatro matrimonios, las enamoradas eran las reinas, y las reinas no laboraban sino por la exaltación y el engrandecimiento de los poderosos Soberanos á quienes tenían por maridos.

En los cuatro matrimonios de Fernando VII, el enamorado fué el Rey; y el ámbito de sus ambiciones se circunscribió á satisfacer las inclinaciones, casi siempre verdaderamente femeninas, de sus mujeres. María Antonia de Nápoles introdujo en el palacio Real y en el cuarto de los Príncipes de Asturias, rivales de la Reina madre, aquel espíritu de intriga y rebeldía que indujo al príncipe Fernando á tantas empresas descabelladas contra la autoridad y hasta contra el honor de sus padres, y que al cabo, aun muerta María Antonia, le condujo á los procesos del Escorial, á las revoluciones de Aranjuez y á las prisiones de Bayona. Con María Isabel de Braganza, todos sus pensamientos se reducían á vestir de joyas á su mujer, ansioso de descubrir, aun á costa de la tranquilidad y de la honra de su propia madre, las que estuvieron vinculadas por Carlos III en la corona, y que él creía disipadas por la angusta señora á quien debía el ser, estando fuera de su mente que tan gran tesoro hubiera sido totalmente robado por los franceses. ¡Qué angustias las del Monarca, no hallando á mano los brillantes y las perlas colosales que habían de servir para realzar la belleza de la Reina y aumentar los apetitos de su insaciable concupiscencia, las que pasaba y hacía pasar en Roma á Vargas Laguna, porque no daba con el escondite de las que consideraba usurpadas, y al padre

de los Madrazo, porque, en la penuria de las arcas Reales, carecía de todos los medios de que quería disponer, para reemplazar la falta de aquéllas con otras nuevas, en que compitiera el arte con la riqueza! En las persecuciones de la revolución de 1820 á 1823 se acendró tanto su cariño hacia su tercera mujer, la casi niña María Josefa Amalia, que después de la libertad de las cadenas de Cádiz, sólo se ocupó en vengar con el patíbulo las afrentas que aquella triste Princesa con él tuvo que compartir á los tres meses de celebradas sus nupcias, y en deleitarse en sus brazos rumiando los imperfectos, aunque copiosos versos en que aquella Princesa derramaba juntamente las ofrendas de su fe religiosa, su cariño hacia su esposo y su odio insuperable á los factores de la revolución. Y sólo cuando la hermosa María Cristina vino de la vieja Parténope á hacer fecundo aquel lecho, tan tenazmente estéril bajo sus tres anteriores compañeras, su ascendiente, en esfera tan distinta del de las que le habían precedido en el tálamo Real, impregnó el ánimo del Rey de aquellas ideas de redención política, que si hubieran palpitado en su corazón ó se las hubieran hecho despertar desde la restauración de 1814, le habrían convertido, ante el juicio de la historia, en el Monarca más bienhechor de cuantos á la sazón regían Estados en el Continente.

Puede decirse, á pesar de lo que se ha decantado el carácter voluntarioso y despótico de Fernando VII, que desde la juventud jamás fué hombre de voluntad propia, sino de los que se le acercaban y lograban conquistar su confianza. Pero esta docilidad, maliciosamente disfrazada en la aspereza de sus actos, aunque obedecieran á extrañas sugerencias, con ninguno de sus favoritos la extremó como con las que fueron en el trono partícipes de su autoridad, y aun más que con ninguna otra, con la triste María Josefa Amalia, entregada niña á sus apetitos, temerosamente impresionada hasta caer enferma hasta la muerte por las crueldades de la revolución de 1820, y tenazmente atormentada por la idea de que en ella el Rey, como había ofrecido al Emperador, su tío, al elector Maximiliano, su padre, y á la nación española en masa, no hubiera podido dar á los derechos y á la sucesión del trono *una reina á la vez que una madre.*

Esta figura poética, que se ha disipado hasta aquí de la atención y de la crítica de la historia, por el velo de prevenciones irracundas con que el espíritu sectario ha mantenido envuelto el período de tiempo en que vivió, es ciertamente digna de ser más conocida. Nacida en 1803, y á poco huérfana de su madre, la princesa Carolina, fué educada á tenor del alma soñadora de que le había dotado la naturaleza. Precocemente poeta, había compuesto versos religiosos y pastoriles, no sólo en alemán, su idioma nativo, sino en latín, en italiano y en francés, durante el tiempo en que aprendía estos idiomas como elementos de su educación literaria. En menos de un año, cuando su mano fué pedida por Fernando VII, casi simultáneamente al Emperador de Austria, y al rey Antonio Clemente de Sajonia, sus tíos, y al príncipe Maximiliano, su padre, aprendió la lengua castellana, y con tal perfección, que desde que en Agosto de 1819 subió al tálamo nupcial, no sólo hablaba, sino escribía en español, y se asesoraba de Arriaza, que á la sazón era el poeta de corte, para que le corrigiese sus versos en nuestro idioma. Al principio de su matrimonio, la diferencia de su edad con la de Fernando VII, que ya representaba más de la que tenía, tuvo por algún tiempo suspenso su espíritu. Pero tronó la revolución de las Cabezas de San Juan: comenzó la persona del Rey á ser el blanco de todos los desacatos, de todas las injurias y de todas las amenazas; fueron asesinados hasta en el seguro de las cárceles en que se les había ahorrado los que no habían cometido otro delito que ser fieles á las Reales personas, al principio monárquico puro, y odiar los excesos revolucionarios; vinieron las jornadas sangrientas del 5 de Febrero y del 7 de Julio de 1821, y en general el cotidiano motín de la anarquía en su desenfreno y de las groseras milicias ciudadanas desbordadas; las vejaciones al trono se hicieron diarias también en las tormentosas sesiones de las Cortes; y, por último, cuando el grito de las monarquías de fuera dejóse oír en Madrid confederándose los reyes y los gobiernos para salvar la situación crítica de España, se impuso aquella expedición ignominiosa de Madrid á Sevilla y de Sevilla á Cádiz, en que la vida del rey Fernando estuvo constantemente vendida y por minutos ex-

puesta al más brutal de los regicidios, y el alma tierna de la Reina, impresionada por tantos suplicios, reconcentróse apasionadamente en el alma y la vida del Rey, naciendo de aquí en los dos cónyuges la intensidad de un amor veheméntísimo, como nunca el rey Fernando sintió por otra mujer, ni la reina Josefa Amalia había soñado sentir.

Desde entonces el regio hogar fué un idilio. Aun rotas las cadenas de Cádiz; aun restituidos triunfalmente á la corte de Madrid, de la mente del Rey no se borraba aquella canción apasionada que la Reina le había escrito *á los diez y siete meses de la revolución*, y en la que, reseñando todos los dolores, todas las afrentas recibidas y que se seguían sufriendo, cada estrofa terminaba por el estribillo

Siempre bendigo el día  
Que unió mi suerte á ti:

y en tanto que, ya en la amenidad de los Sitios Reales, ya en las expediciones á Sacedón y otros lugares, ponfase decidido empeño en vencer la tisis que se apoderó de aquella débil naturaleza, ya que esta misma debilidad parecía oponer una barrera insuperable á las dichas de la maternidad por todos ambicionadas con las más vivas ansias, el Rey, agitado por las mismas emociones que su joven consorte, se reducía á apurar entre sus brazos las ráfagas fugaces de aquel amor que le disputaba la muerte, ó bien en el gabinete á extremar las medidas políticas del rigor como en venganza del mal causado en la salud y en la existencia de la Reina por tantos tormentos sufridos.

La Historia sólo ha presentado la faz adusta del Rey en la exagerada conciencia coercitiva de su poder soberano, apartando enteramente de sí el espectáculo interior del hombre. ¿Qué retrato moral resultaría de la figura de Fernando VII, del que tan universal es el concepto que se tiene de su personalidad, si el estudio observador le presentase en la intimidad doméstica, siempre rendido á los pies de aquella Reina tan joven, tan bonita, tan poeta y tan nerviosa, recogiendo de sus labios sus versos, sus pensamientos, sus frases más vulgares, para estamparlas por su propio puño en los cuadernos que formó de sus poesías,

de su poema de San Fernando, de sus piezas cómicas y loas, de sus novelas inocentes y de sus inocentes mascaradas, con que distraía su enfermedad ó alegraba el corazón de su esposo con sus buenas camaristas Jacinta Espejo, Joaquina Alesón é Ignacia Urbistondo! Cuando el maestro Lidón componía sus piezas corales para que las cantase la Reina con estas mujeres, el Rey mismo se las acompañaba al piano, que tocaba magistralmente. En su cuarto particular, apenas se servía sino de los objetos que la Reina le regalaba en cada fiesta onomástica y en cada cumpleaños. Estas dádivas decoraban también los lugares de las posesiones Reales de su mayor aprecio, como la Casita de abajo del Escorial. Cada una de estas expresiones de su cariño, iba al Rey acompañada de alguna poesía de remisión y recuerdo, y de ellas, como de todas sus obras, jamás se apartaba el recuerdo y el terror de sus sufrimientos del período de la revolución y la inmensa dosis de su ternura amorosa hacia el esposo que recíproca y frenéticamente idolatraba.

Las umbrías de los jardines de Aranjuez y del Escorial, sus sitios predilectos, si hablaran, repetirían á coro los perpetuos estremecimientos de

aquellos dos corazones que bajo sus verdes enramadas tanto se prodigaron sus amores calenturientos; y hasta cuando la anemia se declaró terrible á los últimos de Abril de 1829 para acabar de devorar aquella vida que tanta influencia había ejercido en el Rey y en el hombre, como un acto de la bondad divina, María Josefa Amalia consideró que la muerte viniera á herirle en aquella amada y pacífica residencia Real de Aranjuez, donde cuatro años antes, en Abril de 1825, viniendo de Toledo con el rey Fernando, su marido, el príncipe Maximiliano, su padre, y uno de sus hermanos, recién llegados de Dresde á consultar, después de las tormentas de 1820 á 1823, el estado de su alma, les declaró con todo el ardor de su pasión calenturienta que en el mundo no existía mujer más feliz que ella lo era con el amor del esposo idolatrado. Su vida se extinguió el 17 de Mayo, el mes de las rosas, repitiendo sin cesar en su larga y penosísima agonía aquel versículo del Cantar de los Cantares: *Fulcite me floribus; stipate me malis; quia amore languo.*

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.



JUGADA DECISIVA

Cuadro de D'Entraygues.



EN EL BOSQUE  
(Fotografía de Underwood.)

# LA VIDA BUENA

Allá en las melancólicas quietudes de la aldea,  
Al pie de una montaña que rudo el aire orea,  
En medio de solemne silencio sepulcral,  
Pensé con repugnancia en la brutal pelea  
Que tiene como premio la pompa mundanal.

Por lucir un instante en la existencia humana,  
Con soberano esfuerzo nuestra razón se afana,  
Se revuelve, se agita, sedienta de poder.  
¡Y puesto en nuestros labios está siempre el mañana,  
Cuando en la vida hay sólo recuerdos del ayer!

El más encopetado mejor suerte mendiga,  
Y como el ansia, loca de imposición le hostiga,  
No puede sus impulsos furiosos resistir.  
Acalla sus deberes; de todo se desliga,  
Y persiguiendo goces, no cesa de sufrir.

Se imponen en la lucha los ímpetus brutales,  
Y sólo en las palabras están los fraternales,  
Los nobles sentimientos de solidaridad.  
¡Al fin han conseguido los hombres ser iguales,  
¡Iguales ante el odio y ante la vanidad!

Se erige en ley suprema la ley del egoísmo,  
Por todos adorada con ciego fanatismo.  
Se acatan sus mandatos con incansable ardor,  
Y van siempre los hombres rodando hacia el abismo,  
Á impulsos de los bárbaros deseos del rencor.

¿Qué importan las venturas, qué importan los favores,  
Qué importan las grandezas, qué importan los honores  
Que alucinados quieren los hombres conquistar?  
¡Fertilísimos campos esmaltados con flores,  
Que el viento de la muerte al fin ha de arrasar!

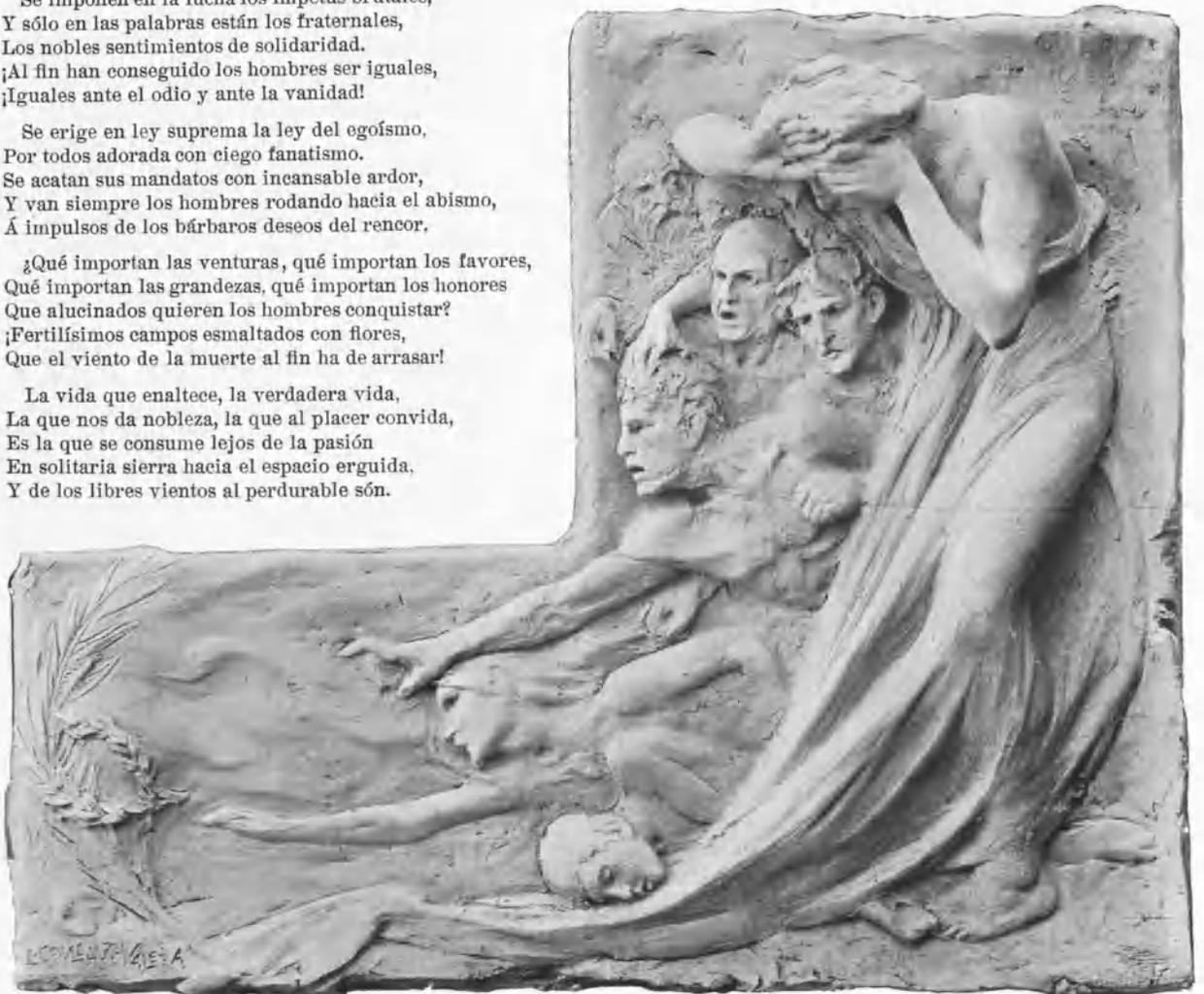
La vida que enaltece, la verdadera vida,  
La que nos da nobleza, la que al placer convida,  
Es la que se consume lejos de la pasión  
En solitaria sierra hacia el espacio erguida,  
Y de los libres vientos al perdurable són.



En ella no hay combates terribles, ni ambiciones,  
En ella no se buscan con ansia posiciones,  
Ridículo resumen del humano poder.  
Allí sólo está el campo cubierto de terrones,  
Que á quien los pisa dicen: «Mira lo que has de ser.»

Por eso en las quietudes sombrías de la aldea,  
Al pie de una montaña que rudo el aire orea,  
En medio de solemne silencio sepulcral,  
Pensé con repugnancia en la brutal pelea  
Que tiene como premio la pompa mundanal.

J. FRANCO RODRÍGUEZ.





## EL TERROR SANITARIO

LA revolución higiénica se había hecho al grito de «¡mueran los enfermos y abajo el arte de curar!» El descubrimiento de la *salutina*, desinfectante tan enérgico que había expulsado de España las moscas, los ratones y los gatos; la pública certidumbre de que cada enfermedad está representada por un microbio malévolo de fácil evasión é introducción en los cuerpos, que los poros tienen agujereados como cribas; el miedo á la muerte, tan natural en el hombre como su conformidad con que mueran los demás; y, por último, el grandioso pretexto de la regeneración de nuestra raza, sólo confiable á las personas sanas y á la destrucción de todo sér doliente, determinaron la explosión. Cada pueblo construyó su lazareto y se prohibieron todas las enfermedades, tolerándose únicamente las jaquecas á las damas, y á los hombres los simples constipados; y se exceptuaron de la ley la calvicie y las berrugas, por haberse establecido que correspondían, como elementos de ornamentación, á las Bellas Artes.

### I.

DE UN PERIÓDICO MINISTERIAL.

«Terrible lección recibió ayer en el Congreso el jefe del partido expectante demostrando la impopularidad de sus ideas; murmullos é improprios corearon su discurso, sobre todo cuando dijo: «No rechazo la higiene racional, que es la previ-

»sión cuerda y razonada de los males que se pueden evitar; el aseo de las ciudades, de las habitaciones y las gentes, pero detesto el terror con que espantáis al aprensivo; la tiranía sanitaria que ejercéis en nombre de vuestras fantasías..... »de vuestros errores higiénicos. Pasarán siglos y siglos sin que conozcáis la causa cierta de la »transmisión de las enfermedades; si saneáis el »aire, caerá el germen de las nubes, le incubará »la luz solar, entrará á traición con el alimento »que ingerís, brotará de la tierra que pisáis, ó »nacera de vuestros vicios. Haréis teorías que »otras destruirán, persiguiendo el fantasma, y »sólo conseguiréis amargar la existencia, entristecer el mundo .... aterrando á los pueblos con el »coco sanitario.....»

»No pudo concluir; la silba ahogó su voz y huyó, abandonado de los suyos, entre una fila de puños enarbolados..... que cayeron más de una vez sobre su espalda.

»Y alzóse colérico y terrible el jefe del Gobierno: «Yo he de sanear el país cueste lo que cueste —exclamó entre aplausos que imitaban el estruendo de las antiguas tinieblas:—Si mi propio hijo enfermara, le arrojaría de mi casa; si »enflaqueciera un diputado de la mayoría, sería »expulsado del partido. En las escuelas médicas »se enseñará patología, porque necesitamos conocer las enfermedades para perseguirlas; nada de »terapéutica, porque no hemos de curar á nadie; »el médico tiene que renunciar á esa función; es

»un agente de policía sanitaria y nada más. No  
»somos tiranos. El individuo es libre de enfermar  
»y el Estado se defiende destruyendo todo foco  
»personal. Con la salutina, que está al alcance de  
»todos, los altos hornos, y la dictadura sanitaria,  
»el que enferma es un delincuente, un enemigo.  
»Aislaré las casas de las casas, los individuos de  
»las familias entre sí, por el sistema celular, y  
»con el guante obligatorio, aislaré los dedos de  
»los dedos. Desde hoy se emplearán las rentas de  
»los hospitales en exterminar á los enfermos.»

(Oración formidable, pero higiénica; los diputados, en vez de acercarse al presidente hacen, un ancho círculo para no contaminarle.)

II.

—Caballero—dijo un guardia deteniendo á un señor que paseaba cojeando, — la cédula de sanidad.

—La he dejado en casa.

—Ya. Pues clávese esta banderita amarilla en el sombrero y eche hacia adelante.

—¿A mi casa?

—Al lazareto.

—Estoy sano.

—Eso dicen todos. ¡Adelante!

—Considere que soy algo cojo.

—Veo que empieza usted á confesar sus podredumbres. ¡En marcha!

—Déjeme saludar á aquel amigo.

—Pero nada de darse las manos, ó detengo también á ese individuo.

No hubo necesidad: el transeunte, que había atisbado la bandera amarilla en el sombrero de su amigo, escurrió el bulto, aprovechando el paso de una sección de bomberos de la Villa.

—¿Hay fuego?—preguntó al guardia el detenido.

—Todavía no; pero le habrá.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Vi dar la orden. Cayeron con pulmonía dos ó tres lectores, y el Gobierno ha mandado á los bomberos quemar la Biblioteca Nacional. Y basta de conversación. ¡Al lazareto!

III.

En los bailes públicos, en vez de tocador hay salas de desinfección para señoras y caballeros. Está prohibido bailar el agarrado. De dama á galán se miden cuatro metros de distancia, moviéndose cada cual en un columpio, danza aérea y ventiladora aprobada oficialmente. Un cordón de médicos rodea á los bailarines y vela por la salubridad de la nación.

En el café sirven con cada taza el contraveneno suficiente para precaver la posibilidad de que enferme el parroquiano.

En los cotillones elegantes, el galán ase á la dama con tenazas de acero para no inficionarse, y se disparan con raqueta trataditos de higiene y otros juguetes salutíferos.

Tan arraigada está la idea desinfectante, que nadie se levanta la tapa de los sesos sin esterilizar antes la bala.

IV.

—Doctor—dice un ex cliente á su ex médico,—¿cómo va la salud pública?

—Inmejorable. No hay en Madrid un solo enfermo: hemos quemado vivos once mil en este mes. Ayer envié diez amigos á la hoguera.

—Sufrirán mucho.

—Todo lo contrario. El horno está á la temperatura de 1.500 grados: hay una montaña rusa, y en la cima un volquete almohadillado, donde colocamos al paciente: rueda el aparato, siente el enfermo un grato cosquilleo, cae en las llamas y pasa al estado gaseoso sin sentirlo.

—Aquí, *inter nos*, ¿no le parece á usted que se exagera?

—Nada de eso. Cuando operábamos antiguamente, era necesaria la asepeia, para que nuestro contacto no inficionase las heridas. ¿Qué deduce usted?

—Nada agradable.

—Que el hombre más sano es venenoso.

—¡Silencio!

— Usted, yo, nuestras familias, somos peores que alacranes. No bastan desinfecciones ni baño diario: el hombre más sano, para ser inofensivo, necesita estar al día cinco horas en remojo.

V.

El teniente alcalde entra en la iglesia, y dice imperiosamente al sacristán:

— ¿Dónde está el párroco?

— Señor, lo ignoro.

— Está bien: rehuye verme. ¿Se han cumplido mis órdenes? ¿Se ha hervido el agua bendita para inmunizarla? ¿Calla usted? ¿Todavía no han retirado esos confesonarios? ¿Y las nuevas leyes?

— Pero, señor, ¿con qué han de confesar?

— La ley es clara: sólo se permitirá en adelante confesar por el telégrafo sin hilos.

VI.

Dos novios hablan á solas.

— ¿Me quieres Lili?

— ¿No te doy la mano sin desinfectarte? ¿Qué más prueba? ¿Te has lavado bien, maridito mío?

— ¿Había de exponer tu vida, firmamento?

— ¿Sólo faltan tres días para nuestra boda.....

— ¡Qué día aquél! De la parroquia iremos al registro; luego al laboratorio municipal; la ley manda que los novios sean esterilizados al casarse. Soy casi tu esposo, y tengo derecho á darte un ósculo en la frente.

— Jamás: mi padre lo ha visto con el microscopio, y cuenta horrores del labio humano.

— Ponte detrás de esa vidriera.

— ¿Para qué? Ya estoy.

— Arrima la frente al vidrio.

— Ya la puse.

El futuro contrayente, colocándose en el lado opuesto de la vidriera, dió un beso en el cristal.

VII.

Las calles, generalmente desiertas, porque los hombres huían de los hombres, se animaron un día: hubo un tumulto: la multitud apedreaba á un extranjero á los gritos de «¡Muera el icterico! No: ¡tiene la fiebre amarilla! ¡Al lazareto!» La protección de la autoridad impidió su linchamiento. Conducido á la montaña rusa, declaró con dificultad que era extranjero; hizo se le observe que estaba sometido á las leyes del país, y en vista de su conformidad, se le colocó sobre el volquete que iba á caer con rumbo para él desconocido. Al decir: «Soy súbdito chino», quedó explicada su amarillez; pero estaba dada la señal, y no se pudo impedir que rodara el aparato hacia el fuego que volatilizaba á los enfermos. ¡Que el divino Fo haya recogido sus pavesas!

Cuando le dieron el parte, dijo el Jefe del Gobierno:

— ¿No le habían reconocido los médicos?

— Como la administración se ha simplificado hemos suprimido toda clase de trámites.

— Está bien: la sencillez ante todo. ¿Luego no había fiebre amarilla?

— No, señor.

— ¿Ni siquiera ictericia?

— Era un chino sano.

— Es sensible..... para él; pero hemos conjurado el peligro amarillo por ahora.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.



ENTRE FLORES  
Cuadro de Novo.

# LA PATRIA DE MIS SUEÑOS

---

## I

Con esa fe magnífica, con esa fe bendita  
Que en los creyentes pechos espléndida palpita  
Y es mágica esperanza y es himno y oración,  
Yo cifro en el futuro fantásticos empeños  
Y aguardo esperanzado la patria de mis sueños,  
¡La patria que ambiciona mi humilde corazón!...

Acaso, cuando nazca mi patria, yo habré muerto;  
No siempre el peregrino que va por el desierto  
Consigue en el oasis tranquilo reposar;  
No siempre en los carbones de la profunda mina  
Encuentran los mineros la piedra diamantina  
Que al transcurrir el tiempo cual sol ha de brillar.

Yo sé que es la existencia cual la perlina gota  
Que en la alborada muere y en la alborada brota,  
Y sé que los que luchan no siempre han de vencer;  
Pero al mirar mis sueños abrirse como flores,  
Recuerdo que en la vida los grandes redentores  
Son héroes de mañana, son mártires de ayer.

Cuando la sangre riega los campos de combate,  
Suspiro por la patria que en mis ensueños late,  
Y temo que los hombres, con furias de Caín,  
Destrocen esa vida que á palpar se atreve  
Como palpita el tallo bajo la blanca nieve  
Que cubre en el invierno la pompa del jardín.

Mas no; que la esperanza con deslumbrante rayo  
Nos muestra los verjeles donde florece Mayo  
Radiante de belleza, de aromas y arrebol;  
Y siempre á la tormenta sucede la bonanza,  
Y al triste desconsuelo la fúlgida esperanza  
Y á la nocturna sombra la majestad del sol.

## II

Mi patria, no nacida, tendrá por liminares  
Todas las anchas tierras y los profundos mares  
De Oriente hasta Occidente, del Sur al Septentrion;  
Y acatarán rendidos sus admirables leyes  
Sultanes y kedives y príncipes y reyes...  
¡Cuantos empuñan cetro! ¡Cuantos señores son!...

En la invencible flota, como la patria fuerte,  
No formarán rapaces las aves de la muerte;  
Los barcos de rapiña, los cuervos de la mar;  
Ni anunciará destrozos ni ostentará cañones,  
¡Será el amante lazo tejido por regiones  
Que viven cual hermanas ausentes del hogar!

Su ejército naciente, ya existe, ya batalla;  
No canta sus victorias la horrisona metralla,  
No empuñan los soldados mortífero fusil,  
No aprestan á la lucha punzantes bayonetas  
No invitan á la muerte gritando las cornetas,  
Ni el hierro se envilece con fratricidio vil.

Cuando despunte el alba, mirad la madre tierra  
Y ved á los que en ella sostienen brava guerra;  
Mirad los que el torruño se afanan por romper;  
Mirad los que trabajan radiantes de alegría  
Y ved en esos hombres la honrada infantería  
Que tiene por cuarteles el campo y el taller.

Seguid, seguid atentos, mirad los escuadrones  
Que avanzan conduciendo riquísimos montones  
De rubicundo trigo, que ha de tornarse pan;  
Mirad los que transportan los frutos sazonados  
Y ved en esos hombres los rústicos soldados  
Que á la bendita patria laureles brindarán.



Mirad, mirad los puentes que encorvan las espaldas;  
 Mirad las carreteras que trepan por las faldas  
 Venciendo de los montes la impávida altivez;  
 Mirad á los que trazan canales y senderos  
 Y ved cómo batallan los nuevos ingenieros  
 Mostrándonos pacíficos su noble intrepidez.

Y en minas y en canteras la pólvora triunfante  
 Pregonará el esfuerzo de la legión gigante  
 Que al hierro y al granito combate con tesón;  
 Y cuando truenen roncós petardos y barrenos  
 Veréis los artilleros impávidos, serenos,  
 Lanzarse á la conquista del bloque ó del filón.

Y acabarán las luchas y cesarán las quejas,  
 Y espadas y cañones se fundirán en rejas,  
 Y, de la nueva aurora á la fulgente luz,  
 Veréis á los soldados con gubias y cinceles,  
 Con picos, azadones, escoplos y troqueles...  
 ¡Con armas del trabajo, que es redención y cruz!...

III.

Mi patria será nido de dichas y de amores,  
 Y en ella no habrá siervos, ni esclavos, ni señores,  
 Ni envidias, ni traiciones, ni llanto, ni dolor;  
 Y, con acento dulce, cual delicado aroma,  
 Fundiendo los idiomas en un hermoso idioma  
 La gran familia humana proclamará el amor.

Y el mundo será un pueblo sin yugo ni frontera,  
 Un pueblo cobijado bajo la azul bandera  
 Que el sol recama y borda con inextinto arder;  
 Y acaso, en noble arranque de mágico embeleso,  
 Hasta la nueva patria, para ofrecerle un beso,  
 El palio de los cielos se digne descender.

Y así ha de ser la patria que nacerá algún día,  
 Y así será la patria que sueña el alma mía  
 En sueños luminosos de soñador tenaz;  
 Y así será la patria, ¡la patria de mis sueños!...  
 ¡La patria en que abrazados los grandes y pequeños  
 Entonen trabajando los himnos de la paz!

M. R. BLANCO-BELMONTE.





LA PRESENTACIÓN DEL INVITADO

Cuadro de Bruck.



## UNA FUNCIÓN DRAMÁTICA EN LA CÁRCEL DE CORTE.

YA que se ha tomado usted la molestia de venir á felicitar á este pobre viejo, voy á corresponder á su atención, refiriéndole un episodio dramático de que fui testigo en unión de mi compañero García Gutiérrez. Frisaba este insigne poeta en los veintiséis años, y yo en los treinta y tres.

Don Juan Eugenio Hartzenbusch se reconcentró en sí mismo, y luego prosiguió:

—El año 1839 se publicaba en Madrid *El Entreacto*, periódico bisemanal de teatros que redactábamos, entre otros escritores y poetas, el autor de *Juan Lorenzo* y mi humilde persona. La noche de San Juan del citado año entró en el café donde nos hallábamos García Gutiérrez y yo un amigo de ambos, hombre de mundo y aficionado en extremo á escudriñar todos los rincones de la villa y corte. — «Vengo por ustedes, nos dijo. — ¿Para qué? — Para que se vengan inmediatamente conmigo. — ¿Adónde? — A la cárcel. — ¿A la cárcel? ¿Le han hecho á usted alguacil? — No es broma. Es que los presos hacen una función dramática, y eso podrá suministrar á ustedes materia sobrada para un artículo de *El Entreacto*. Parece que, desde comienzos del siglo, el día de San Juan Bautista les es permitido á aquellos pobres infelices algún ligero solaz, ya sea canto, baile ó cosa semejante; mas con el maldito progreso de las luces, que amenaza dejarnos á obscuras, hé aquí que hasta á los presos se les antojó hacer comedias caseras, y gracias á que no se les ha ocurrido traducir alguna pieza del *secundo é inagotable* (1), pues según pululan los traductores, no sería extraño encontrarlos hasta

en la cárcel.» Que quieras que no — prosiguió D. Juan Eugenio — no tuvimos más remedio García Gutiérrez y yo que acompañar á nuestro amigo. El presidente de la Audiencia territorial de Madrid, Ilmo. Sr. D. Juan Antonio Castejón, ministro honorario del extinguido Consejo Real, con la intención sin duda de dar algún alivio á los pobres presos, había consentido á los de la cárcel de Corte, existente en aquella época en la plaza de Provincia (hoy ministerio de Estado), en que representasen la obra que más fuese de su agrado.

— ¡Caso más original! No creo que haya habido otro.

— Yo, la verdad, no traspasé sin terror los umbrales de la mansión destinada á encerrar malhechores y periodistas — me dijo con su sonrisita D. Juan Eugenio, — porque al cabo y al fin éramos del oficio (no del de malhechores, del otro); y si entonces escribíamos sólo de teatros, no corriendo de este modo más riesgo que el de rompernos la cabeza un día con cualquier cómico que ejecutase mal su papel y que por habérselo dicho en el periódico quisiera probarnos á balazos que declamaba divinamente; si nos diera la idea de escribir en un diario sobre política, entonces ya corríamos el riesgo de ir á parar debajo del ángel (1). Pasamos por delante de infinitos manojos de llaves, debajo de las cuales se encerraban el hurto, la violencia, el asesinato, los artículos sediciosos, la embriaguez unida con la camorra, la blasfemia, la paliza del marido á la mujer, y, en fin,

(1) Alusión á Mr. Eugenio Scribe.

(1) Alusión al ángel que figura aún en el edificio destinado hoy á Ministerio de Estado.

Cuantas plagas encierra el hondo averno  
Que en la cárcel á un tiempo desplomadas,  
Ocupan todo el ámbito soberbio.

Seguimos nuestra marcha, y al pasar por delante de una ventana que daba á un gran patio, oímos ya la algazara y las risas de los actores presidiarios que iban á ejecutar papeles representados en otros teatros y por *otros actores, que por lo malos, debieran estar en presidio.*

Al ver la cara de asombro que puse al oír esta frase á D. Juan Eugenio, éste se apresuró á decirme:

— Una aclaración, amigo mío. Aludo sólo á los malos actores de aquella época, vergüenza del arte que prostituían con su estúpida ignorancia. Hago historia, nada más que historia, y no debo faltar por nada á la verdad. Tan es cierto lo que digo, que en *El Entreacto*, después de algunos años de periodismo, hartos de reclamaciones necias y de chinchorrería, tuvimos que poner una nota, temerosos de que viniesen á la redacción el mejor día en són de protesta todos los actores del Príncipe, de la Cruz, de Buena Vista y de las Tres Musas; los cuatro coliseos que el año 39 existían en Madrid.

— Todo está igual — dije *in pectore*, mientras D. Juan continuaba:

— Llegamos á un gran patio en que se debía ejecutar la función (si el tiempo lo permitía, porque el teatro estaba al raso); y al ver en él muchos hombres mal encarados, la mayor parte en mangas de camisa, y después de averignar que todos eran huéspedes de la casa, eché mano al bolsillo para sujetarle y evitar que cobrasen por la entrada más de lo que valía, ó que alguno de aquellos nenes se encontrase un reloj en el bolsillo de mi chaleco.

La construcción del teatro costó sobre cien reales; es decir, algo menos que el de Oriente; y, sin embargo, en aquél vimos función, y en el último Dios sabe lo que tardaremos en verla.

Sobre el telón había un letrero con versos en prosa, pidiendo perdón de las faltas que iban á cometer, porque al cabo, según decía el letrero, aquél *no era su oficio*. «Quiera el cielo — exclamó García Gutiérrez — que no hagáis el vuestro por esta noche»; pues hombre había entre los actores

que no tuvo otro en su vida que pegar una puñalada aunque fuese al Niño de la bola.

Una cosa nos tranquilizó: al ver los titulados *versos*, ya conocimos que no había ningún escritor en la cárcel, pues á haberlo, natural era que hubiesen acudido á él. Aunque hombres entendidos habrá usted tratado, amigo mío, que brindan en versos algo peores que los que había sobre el telón del teatro de la cárcel.

La función se compuso de tres sainetes, bailes nacionales y un himno patriótico. Uno de los sainetes fué el que lleva por título *Perico el empedrador*; y la escena del robo de los encuruchos del dinero fué ejecutada con tal naturalidad y maestría, que me río yo de nuestros primeros actores.

Al ver la alegría y la jovialidad de aquellas gentes, nadie creyera que tres ó cuatro de los principales galanes debían hacer pronto los protagonistas en una tragedia cuyo desenlace habíase de verificar fuera de la puerta de Toledo; sin embargo, aquella noche sólo se ocupaban en sus sainetes. ¡Infelices!

Lo que más nos llamó la atención fué uno que cantaba bastante bien; le preguntamos á un preso quién era el cantor, y nos respondió que un sujeto que estaba allí por haber *tomado* alhajas y cantidades de alguna consideración. — «Pues tendrá mala causa — repusimos nosotros. — Ya lo creo; como que el Fiscal le pide los 18 reales. — ¿Y qué son los 18 reales? — Como si dijésemos, el resto.....» En resumidas cuentas, sacamos en limpio que lo que el Fiscal pedía para el pobre cantor era nada menos que la pena de garrote.

Concluyó la función, y la *entrada* se pagaba á la *salida*, como en Barcelona en tiempo del Conde de España. Cada espectador echaba en una bandeja la limosna que su caridad le sugería. Subimos por la escalera, y al pasar por delante de la capilla no pudimos contemplar sin horror aquel lugar, que tantas veces fuera la escena en donde paran muchos de los desgraciados actores de la comedia del patio.

Y así terminó con voz conmovida su relato el bueno y cariñoso de D. Juan Eugenio.

L.

# RECUERDO VIVO

(BALADA SALMANTINA)

Desde la ventana  
De un casucho viejo,  
Abierta en verano,  
Cerrada en invierno  
Por vidrios verdosos  
Y plomos espesos,  
Una salmantina  
De rubio cabello  
Y ojos que parecen  
Pedazos de cielo,  
Mientras la costura  
Mezcla con el rezo,  
Ve todas las tardes  
Pasar en silencio  
Los seminaristas  
Que van de paseo.  
Baja la cabeza,  
Sin erguir el cuerpo,  
Marchan en dos filas  
Pausados y austeros,  
Sin más nota alegre  
Sobre el traje negro  
Que la beca roja  
Que ciñe su cuello  
Y que por la espalda  
Casi roza el suelo.

Un seminarista,  
Entre todos ellos,  
Marcha siempre erguido,  
Con aire resuelto.  
La negra sotana  
Dibuja su cuerpo  
Gallardo y airoso,  
Flexible y esbelto.  
Él sólo á hurtadillas  
Y con el recelo  
De que sus miradas  
Observen los clérigos,  
Desde que en la calle  
Vislumbra de lejos  
Á la salmantina  
De rubioeca bello,



La mira muy fijo,  
Con mirar intenso.  
Y siempre á su paso  
Le deja el recuerdo  
De aquella mirada  
De los ojos negros.

Monótono y tardo  
Va pasando el tiempo  
Y muere el estío  
Y el otoño luego,  
Y llegan las tardes  
Plomizas de invierno,  
Y la salmantina  
De rubio cabello,  
Desde la ventana  
Del casucho viejo,  
Triste y sola siempre,  
Rezando y cosiendo,  
Ve todas las tardes  
Pasar en silencio  
Los seminaristas  
Que van de paseo.  
Pero no ve á todos,  
Ve sólo uno de ellos...  
El seminarista  
De los ojos negros.

Cada vez que pasa  
Gallardo y esbelto,  
Observa la niña  
Que pide aquel cuerpo,  
En vez de sotana  
Marciales arreos.  
Cuando en ella fija  
Sus ojos abiertos  
Con vivas y audaces  
Miradas de fuego,  
Parece decirla:  
— Te quiero, te quiero.  
Yo no he de ser cura,  
Yo no puedo serlo:  
Si yo no soy tuyo,  
Me muero, me muero.—  
Y á la niña entonces  
Se le oprime el pecho;  
La labor suspende,  
Olvida los rezos,  
Y ya vive solo  
En su pensamiento  
El seminarista  
De los ojos negros.

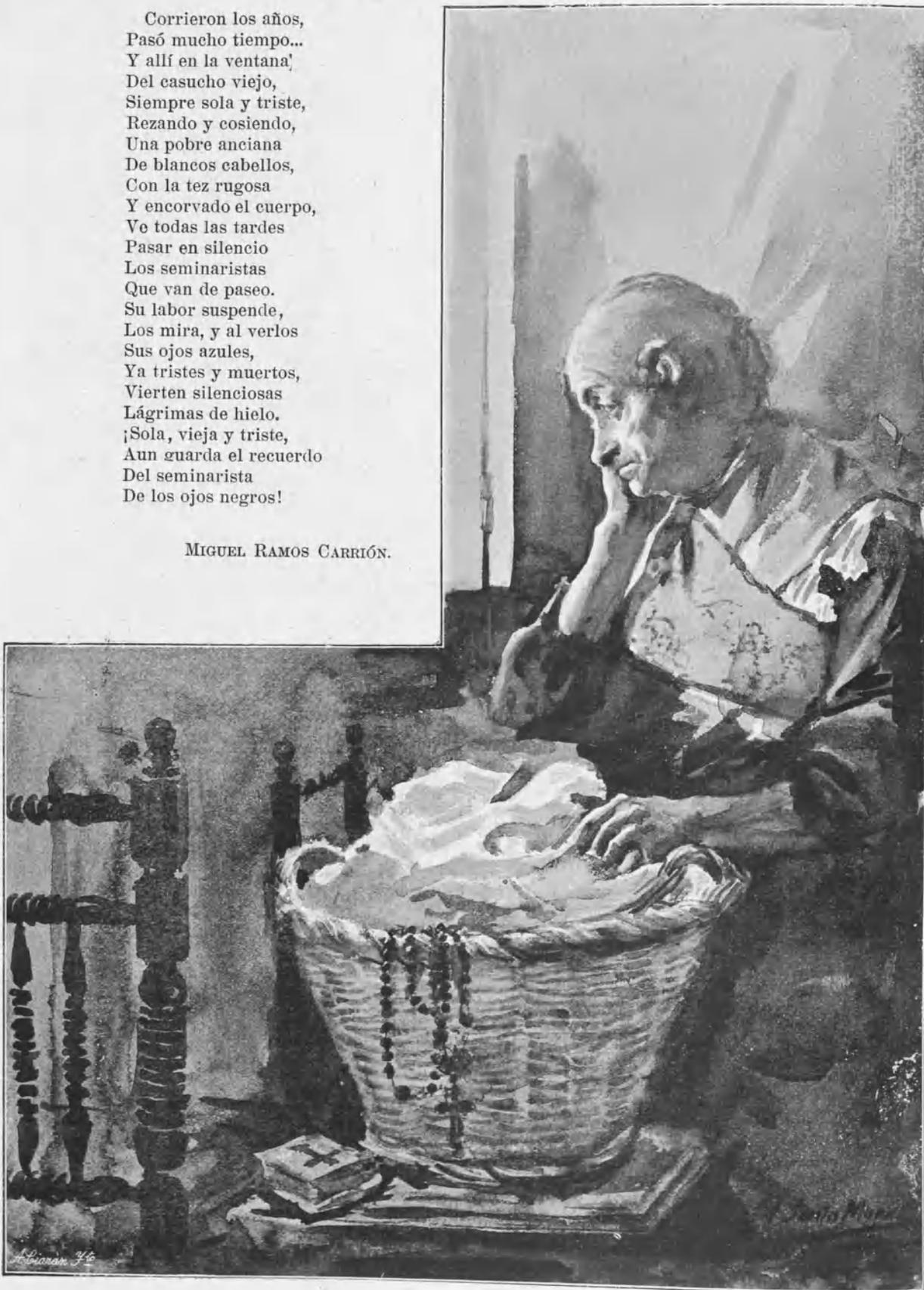
En una brumosa  
Mañana de invierno,  
La niña, que alegre  
Saltaba del lecho,

Oyó tristes cánticos  
Y fúnebres rezos:  
Por la angosta calle  
Pasaba un entierro.  
Un seminarista  
Sin duda era el muerto,  
Pues cuatro llevaban  
En hombros el féretro,  
Con la beca roja  
Por cima cubierto,  
Y sobre la beca  
El bonete negro.  
Con sus voces broncas  
Cantaban los clérigos;  
Los seminaristas  
Iban en silencio,  
Siempre en las dos filas  
Hacia el cementerio,  
Como por las tardes  
Al ir de paseo.  
Miraba la niña  
Con terror el séquito:  
Los conoce á todos  
Á fuerza de verlos...  
;Sólo, sólo falta  
Entre todos ellos  
Su seminarista  
De los ojos negros!



Corrieron los años,  
Pasó mucho tiempo...  
Y allí en la ventana,  
Del casucho viejo,  
Siempre sola y triste,  
Rezando y cosiendo,  
Una pobre anciana  
De blancos cabellos,  
Con la tez rugosa  
Y encorvado el cuerpo,  
Ve todas las tardes  
Pasar en silencio  
Los seminaristas  
Que van de paseo.  
Su labor suspende,  
Los mira, y al verlos  
Sus ojos azules,  
Ya tristes y muertos,  
Vierten silenciosas  
Lágrimas de hielo.  
¡Sola, vieja y triste,  
Aun guarda el recuerdo  
Del seminarista  
De los ojos negros!

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.





¡RICO!

Cuadro de Charlemont.



Es en extremo singular el contraste que en el idioma castellano ofrece la más cabal y perfecta colección de frases soeces y groseros vocablos con el opulento y pingüe repertorio de fórmulas figuradas y mentirosas locuciones de urbanidad y de cortesía. Ningún otro pueblo civilizado puede competir con el nuestro en punto á frasear ordinariéces, ni ninguno tampoco, conversando, hace mayor ostentación de amabilidad y rendimiento.

Abandono, por inconveniencia de lugar, el análisis del abundoso vocabulario inculto y bajo, y entro en el terreno de la urbanidad, declarando ingenuamente que, desde que tengo uso de razón, trato de averiguar la causa que nos mueve, en nuestras conversaciones, á faltar *cortésmente* al octavo mandamiento, empleando *frases hechas*, cuyo sentido recto es contrario en un todo á la intención con que las proferimos y aun no he logrado darme cuenta del porqué fingimos con tal desenfado, en perjuicio de nuestra seriedad y sin ventaja alguna para el prójimo.

Pasamos una gran parte de nuestra corta vida *ofreciéndonos* á todo el mundo para *todo lo que guste mandar*, y una vez ya en este ancho, liberal y dadivoso campo de los OFRECIMIENTOS, *ofrecemos nuestros hijos* al nacer; *ofrecemos nuestra casa* á todo bicho viviente; *ofrecemos nuestros modestos servicios* á quien quiera utilizarlos, y por *ofrecerlo todo*, basta que oigamos elogiar un objeto cualquiera de nuestra pertenencia, grande ó pequeño, bueno ó malo, rico ó modesto, para que

nos aprestemos á *ponerlo á la disposición* del que nos halaga con la cortés lisonja.

Probada quedaría en el acto la absoluta falta de conformidad entre las palabras y las ideas si alguien *se atreviese* á aceptar nuestros ofrecimientos.

¡Tendrían que ver y que oír los espléndidos oferentes, si tomando sus interlocutores al pie de la letra tan ridículas muestras de mal llamada urbanidad, reclamaran el *nuevo servidor* (recién nacido) para emplearlo en su servicio; si perdieran la propiedad de los objetos que *ponen á la disposición* del primero que los encomia, ó si al volver á su casa se encontraran posesionado, y con ánimo de instalarse permanentemente en ella, alguno de los amigos á quienes repetidas veces, y con sincero acento, dijeran: «*Conque ya sabe usted donde tiene su casa. ¿Eh?*»

¡Tendrían que ver!

Estas mal entendidas muestras de agrado ó atención nos conducen á incurrir en verdaderas atrocidades, como la cometida por una pobre madre á quien otra mujer preguntaba si un niño que estaba presente era hijo suyo.

—Y DE USTED—respondió la rutinaria y *bien educada* co-madre del angelito.

¡Un hijo adjudicado de *bóbilis bóbilis*, por la *exquisita urbanidad* de una madre espléndida y dadivosa!

Tampoco somos parcos ni moderados en el uso que hacemos del *beso*, en señal de amistad.

*Besos por aquí, besos por acullá; no se nos va galán sin que le besemos la mano, ni cruzamos la palabra con dama á quien no besemos los pies.*

Y al llegar aquí me asalta la misma duda que expone tan galanamente mi querido amigo y maestro el Doctor Thebussem en uno de sus artículos. (Primera ración.)

¿En qué se funda la costumbre de que ahora se besa la mano generalmente en singular, y los pies siempre en plural?

Á falta de mejores razones, se me ocurre atribuir esta práctica á un nuevo exceso de galantería, que obliga á ofrecer á la mujer doble dosis de respeto y acatamiento que al hombre, y creo también, que aun tratándose de fórmulas, como éstas, engañosas, los dos besos adjudicados al bello sexo deben de constituir así como una especie de indemnización ó reparo, justamente concedido, al besucador de manos masculinas.

\* \*

Ignoro en qué época tuvo origen el signo de suma veneración que se representa cuando á los Pontífices romanos se les besa el pie ó la sandalia apostólica; pero no tengo duda alguna de que éste fué el principio del acto de acatamiento que ora se ejecuta materialmente, besando pies ó manos á una autoridad sagrada ó soberana, ora se convierte en fórmula de mero afecto, atención ó respeto.

La cortesía que consiste en besar los pies á las damas, adoptada en el alto mundo social, debió empezar á usarse cuando el culto de la mujer en los castillos de los señores feudales vino á romper el poderío absoluto de los magnates, rindiendo su espada y sus privilegios á los pies de la mujer, divinizada por la poesía y por el amor.

Los Condes de Provenza, herederos de Ramón Berenguer III, llamado *el Grande*, y de su esposa D.<sup>a</sup> Dulcia, quien con su casamiento agregó á Cataluña el célebre país de la gaya ciencia, trajeron á la Península aquellas cortesés costumbres; injertaron en el reino de Aragón, donde se hicieron permanentes, y más tarde, en 1469, pasaron á Castilla, al hacerse la unión de todos los reinos españoles por el enlace de D. Fernando de Aragón con D.<sup>a</sup> Isabel.

En los documentos del Archivo de la Corona de Aragón, publicados en la Colección que formó Bofarull, la cortesía de *besar los pies*, juntamente con *las manos*, se encuentra en muchas cartas de la época de D. Pedro IV, *el Ceremonioso*.

En una carta, data Barcelona VI dias de Octubre de 1340, dirigida al rey D. Pedro por el almirante D. Pedro de Moncada, la dirección dice así: «Al molt alt et molt poderós príncipe et senyor en Pere, por la gracia de Deu rey Daragó, de Valencia, de Cerdenya et de Córcega et Compte de Barchelona, En Pere de Monchada almirall.»

Al final de esta carta, la cortesía es la siguiente: «P. de Monchada (firma) almirall vostre me comano senyor humilmente en la vostra gracia ab quanta mes pasch reverencia et honor, besan vostres mans et vostres peus.»

En 1343 los administradores de la Almoyna de Valencia dirigieron al mismo rey D. Pedro unos informes acerca del estado de la escuadra. Decían al firmar: «Les administradors de la Almoyna en lo regne de Valencia generalmente ordenada ab besaments de mans et de peus, nos comanan, senyor, en la vostra gracia.»

Colón en sus cartas á los Reyes Católicos solía terminar: «VV. AA. me ayan por encomendado y quedo rogando á nuestro Señor Dios por la vida de VV. AA. y acrecentamiento de muy mayores estados.»

Pero, Américo Vespucio, piloto mayor, escribiendo al cardenal Cisneros en 1508, terminaba: «De vuestra reverendísima señoría humylment beso las manos.»

Hasta la época imperial de Carlos V no se generalizó la cortesía de *besar las manos y los pies* á los monarcas, y esta forma cortesana de saludar á las personas de distinción, no se extendió á la práctica de las relaciones con las damas hasta los últimos años del siglo XVI. Los ejemplos eran todavía muy raros en 1590; se hicieron más frecuentes bajo el reinado de Felipe IV á mediados del siglo XVII, cuando florecieron Lope, Tirso, Calderón, Góngora, Quevedo, Rioja y otros preclaros ingenios que tanto brillo dieron á España; y la cortés costumbre se propagó y vulgarizó desde el advenimiento de la casa de Borbón al trono, el año 1701. El primer acto de Felipe V al llegar á

la capital de la Monarquía, fué, después de dar gracias á Dios, por su feliz arribo, en el templo de Nuestra Señora de Atocha, celebrar un *besamanos* en el palacio del Buen Retiro (18 de Febrero de 1701.) Con todo, la atención de *besar mano y pies* no ha sido importada de Francia, como podría suponerse al coincidir su propagación con la entrada en España del Duque de Anjou, nieto de Luis XIV, sucesor de Carlos II, sino esencial y genuinamente española.

Y sólo por tratarse de una fórmula de buena casta, sin mezcla alguna de extranjerismo, tribútote homenaje de sumisión y respeto, y me avengo, en lo que me reste de vida, á continuar *besando la mano y los pies* de mis conciudadanos de ambos sexos.

\* \* \*

El *pie*, tan besnequeado en el trato social, es uno de los vocablos que origina mayor número de modismos vulgares en nuestra dialéctica familiar.

Estos modismos tienen, por lo general, dos intenciones opuestas: la de la humildad, hasta la bajeza, los que se emplean en el concepto de *bajo el pie* (á los pies de los caballos) y la de la elevación en el sentido de *sobre el pie* (el pie del amigo).

Hay ocasiones en que el concepto *bajo el pie* sirve para elevar *sobre el pie*, como en la siguiente redondilla:

Uva, si quieres subir  
 Á la cabeza después,  
 Haz que te pisen *los pies*;  
 Que no hay medrar sin sufrir.

Se echan á *los pies* del altar los que imploran la misericordia divina; á *los pies* de Su Santidad los que le rinden este tributo de veneración; á *los pies* del Rey los que piden justicia ó clemencia; á *los pies* del sacerdote los penitentes.

Á *los pies* de la mujer los que solicitan sus favores.

Un ejército deja *el pie de paz* para ponerse en *pie de guerra*.

Un buen artillero muere *al pie del cañón*.  
 Cervantes se hallaba:

«Puesto ya *el pie* en el estribo  
 Con las ansias de la muerte»,

al dedicar su última obra al Conde de Lemus.

Al villano se le *da el pie* y se toma la mano.

Juzga asegurada la fortuna el que entra con *el pie derecho* ó con *buen pie* en alguna empresa, y si la realiza con buen éxito suele sacar *los pies del plato*.

Los que agouizan están con *un pie en la sepultura*, y los que esperan, en *un pie* como las grullas.

En todos los asuntos de la vida hay que andar con *pies de plomo* y no *perder pie*.

El que no tiene coche ni automóvil ni otra clase de vehículo, como sucede á la inmensa mayoría de los mortales, camina *un pie tras otro*, y los tenaces nunca vuelven *pie atrás*.

Unos ponen *pies en pared*; otros en *polvorosa*.

Hay quien *arrastra los pies*; algunos marchan á *pie llano* y otros.... á *cuatro pies*.

Se *nace de pie*, y por *buscar tres pies al gato* ó no *asentar el pie*, se *echa el pie atrás*, se *pierde pie* y se acaba por no *dar pie con bola*.

El que obedece debe *andar en un pie* y ceñirse *al pie de la letra* para no exponerse á que le *den con el pie* ó verse obligado á *echar pie á tierra*.

El que se encuentra próximo á emprender un viaje, está *con el pie en el estribo*, y al llegar al punto de su destino puede *caer de pies* ó estar *con el pie en el aire*, según averigüen ó no *del pie que cojea*.

Y temeroso de que se me hayan *ido los pies*, hago aquí punto; me *echo á los pies* de los lectores del uno y del otro sexo, *beso la mano* de los caballeros, *beso también los pies* de las damas y encomiendo á su benevolencia estos *pedestres renglones*, sin *pies ni cabeza*.

ANTONIO GARRIDO.



## UNA «INTERVIEW»

¡Oh don Zoilo Aristarco del Censor,  
Mi respetable amigo,  
Va usted á hacerme el singular favor  
De celebrar una *interview* conmigo!  
¿Debo decirle que seré discreto?  
No: me conoce usted lo suficiente,  
Y sabe cómo guardo yo un secreto  
Para después... contárselo á la gente.  
Es preciso, don Zoilo, y hasta urgente,  
Que el crítico eminente  
Que tiene facultades portentosas  
Y siempre se calló muy buenas cosas,  
Hable explícitamente.  
¡Nada, don Zoilo! Usted está obligado:  
Usted que se ha leído y estudiado  
Todo lo que se ha escrito;  
Pues sí en lo de escribir hubo un *Tostado*,  
¡Usted, como lector, resulta el *Frito!*  
No me diga usted nada. ¡Basta el gesto!  
¿Le molesta el elogio? Pues lo omito.  
Pero usted no debiera ser modesto,  
No, señor; porque, aun dando por supuesto  
Que el genio soberano...  
¡No me diga usted nada! Al ver su mano  
Agitarse impaciente, dejo aparte  
Toda divagación y voy al grano.  
Este grano es el Arte.  
Y lo que me interesa  
Es saber la opinión que usted profesa  
Sobre el arte, que dicen que atraviesa  
Por una de esas crisis laboriosas  
Por que han pasado una porción de cosas,  
Y seguirán pasando  
Hasta sabe Dios cuándo,  
Porque las cosas nuevas y las viejas...  
¡Ya! Ya veo que enarca usted las cejas,  
Marcando las arrugas de su frente.  
¡Oh! Le comprendo á usted perfectamente,  
Y á sus indicaciones me someto.

¿Quiere usted que concrete? Pues concreto.  
Seré breve, don Zoilo, casi exiguo;  
Pero vamos por partes:  
Hay un arte moderno y otro antiguo:  
¿Cuál juzga usted mejor de entrambos artes?  
Ahí tiene usted el tema,  
Hecho en forma concisa.  
Ya veo su opinión en su sonrisa.  
Don Zoilo, esa sonrisa es un poema.  
¿Encuentra usted el tema peliagudo?  
No lo dudo, don Zoilo, no lo dudo.  
Porque, vamos á ver, ¿no está uno harto  
De saber que en la Grecia el gran Apeles  
Logró fama inmortal con sus pinceles  
Allá en el siglo cuarto  
Antes de Jesucristo?  
Pues bien: sus obras no las hemos visto,  
Y mientras no veamos y juzguemos,  
¿Qué sabemos, don Zoilo, qué sabemos!  
Y lo dicho de Apeles  
Podríamos decir de Praxiteles  
Y de Fidias también, mi noble amigo,  
Y al Partenón le pongo por testigo,  
Sólo quedan retazos,  
Y un autor de esculturas en pedazos,  
Por mucho que valiera, considero,  
Que hoy no es un escultor de cuerpo entero.  
Pues ¿en dónde me deja usted á Homero,  
El que *alicuando bonus* dormitaba,  
Como decía Horacio?  
Y Horacio mismo, viéndolo despacio,  
Y Virgilio Marón y el propio Ovidio,  
¿De qué modo sentían la belleza?  
¡Ay, mi señor don Zoilo! ¡Usted bosteza!  
¿Es bostezo de sueño? ¿De fastidio?  
¿Quizás de todo junto?  
Don Zoilo, sea de ello lo que fuere,  
Usted decirme quiere  
Que tomo de muy lejos el asunto.

Saltemos, pues, á siglos más cercanos.  
 ¿Me detengo en los vates italianos,  
 El Petrarca y el Dante?  
 ¡Bosteza usted don Zoilo! ¿Es que me quedo  
 Todavía distante?  
 No me diga usted más: salto á Quevedo,  
 A Lope, ¿no es bastante?  
 ¿Salto más todavía?  
 ¿Quiere usted que me plante en los del día?  
 Pero advierto que oscila su cabeza  
 Como haciéndome un signo negativo,  
 Y que observa el reloj con extrañeza.  
 Y con este motivo  
 Veo que mi *interview* debe dar punto.  
 Pues que usted lo prefiere,  
 Mañana si Dios quiere  
 Seguiremos hablando del asunto.  
 Corro á desarrollar las impresiones  
 Que las declaraciones  
 De usted me han producido.

Yo creo que nos hemos comprendido.  
 ¿Que no? ¡Que calle! No he de decir nada.  
 Don Zoilo, esta *interview* está anunciada,  
 Todo el mundo la espera,  
 No podría callarme aunque quisiera.  
 Yo lo siento muchísimo,  
 Mas no puedo callarme,  
 Lo que yo podré hacer será encerrarme  
 En un término medio prudentísimo.  
 Yo que gano mi vida dando palos  
 A artistas y escritores,  
 Diré que los antiguos eran malos,  
 Pero que los modernos son peores.  
 ¿Tampoco? Pues ¿qué quiere usted que escriba?  
 ¡Ah, ya tengo una fórmula evasiva!  
 Como el arte es eterno,  
 Se ríe del antiguo y del moderno,  
 Por lo cual yo ni inquiero ni averiguo  
 Si es mejor el moderno ó el antiguo.

CARLOS LUIS DE CUENCA.



LA DUQUESA DE CHATEAUROUX

Cuadro de V. de Paredes.

# LA MODA ELEGANTE



PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Año LXIV. — Núm. 20.

Madrid 30 de Mayo de 1905.

Administración: Arenal, 18, Madrid.



1.—Elegante traje de tarde.

2.—Traje de hechura sastrero.

AÑO LXV

# La Moda Elegante Ilustrada

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

### EN MADRID

#### EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 36 pesetas;  
Seis meses, 18; Tres meses, 9;  
Un mes, 3.

#### EDICIONES ECONÓMICAS

##### SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;  
Seis meses, 12; Tres meses, 6;  
Un mes, 2.

##### TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;  
Seis meses, 9; Tres meses, 4,50;  
Un mes, 1,50.

##### CUARTA EDICIÓN

Un año, 12 pesetas;  
Seis meses, 6; Tres meses, 3.  
Un mes, 1.

### EN PROVINCIAS

#### EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 40 pesetas;  
Seis meses, 21; Tres meses, 11.

#### EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal.)

##### SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;  
Seis meses, 12; Tres meses, 8.

##### TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;  
Seis meses, 9; Tres meses, 5.

##### CUARTA EDICIÓN

Un año, 14 pesetas;  
Seis meses, 7; Tres meses, 4.

### DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, 50 francos.— Seis meses, 26.— Tres meses, 14.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las suscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.  
Tanto de *La Moda Elegante Ilustrada*, como de *La Ilustración Española y Americana*, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Arenal, 18, Madrid.



